Beato Manuel González

Partiendo el pan a los pequeñuelos

Dos palabras para la 2º Edición

Se han comparado y yo creo que con razón, los libros con los hijos y sus autores con los padres.

Y la verdad es que en el libro propio; como en el hijo, hay transmisión de ser, prolongación y reproducción de vida y misteriosa profusión de ideas y cariños.

Y cuenta que esto reza aún con los libros viejos y desmedrados: que no por feos y enclenques son menos queridos los hijos de los padres.

Echase de ver, sin embargo, una diferencio entre las relaciones de padres y autores con sus respectivos engendros.

Nada teme tanto un padre como que se le separé o se le acabe un, hijo, y` nada desea tanto el padre de libros como verlos volar muy lejos de sí, hasta perder de vista el último de su tirada. La alegría de éste ante la desaparición de sus hijos de papel en manos de lectores desconocidos, sólo es comparable en intensidad a la tristeza de aquél por la desaparición de sus hijos de carne y hueso.

Pues bien: este pobre hijo mío, **Partiendo el pan,** coloradote en sus portada como niño vergonzoso, juguetón y picarillo en sus adentro, sano en sus intenciones como sincero en su decir, ha querido el bonísimo Corazón de Jesús, Autor y Padre de todo lo mío, que me ponga en el alegre trance de padre de niño de papel prontamente desaparecido.

En menos de Medio año, y casi sin dar parte de nacimiento, más que por medio de su hermano mayor El Granito de Arena, volaron los cinco mil de la edición, que ya puedo llamar primera por la misma, razón que a ésta llamo segunda.

¿No he de estar contento por el primer vuelo de mi rapaz, y agradecido al Corazón de Jesús porque le regaló las alas, y a tantos venerados Obispos y celosos Sacerdotes y Maestros y Padres buenos por el cariño con que le han abierto sus puertas y por los piropos con que le han agasajado y mimado?

¡Que siga, pues, en nombre de Dios, volando y desapareciendo de entre mis manos para ir a posarse sobre muchos hogares y escuelas y catequesis, y como gota de bálsamo que sin ruido empapa y perfuma, y como risa de niño que alegra el corazón y llega al alma, «vaya despertando ganas y enseñando modos de llevar a los niños al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús que vive en el Sagrario!»

Ahí tienes, lector amigo, esta segunda edición, corregida sólo en lo que la flaqueza de vista del corrector dejó sin corregir en la primero, y únicamente a aumentada con la narración de la deliciosa manera con que un niño, en nombre de todos, me ha pagado el interés que por sus almas tengo.

Una palabra para la 3ª edición

Al fuego encendido par el odio a la doctrina cristiana, se han quemado los ejemplares que quedaban de la anterior edición en el almacén de mi palacio de Málaga.

A la luz de este incendio, en el que, con los libros y mi palacio, ardieron hasta sesenta y dos iglesias y casas religiosas de mi Diócesis, he visto con más claridad, si cabe, que antes, que hay que dar al pueblo, que todavía se llama cristiano y obra como pagano, Catecismo a todo pasto y en todas las formas y por todos los medios conocidos y por conocer..., y dárselo en público y en privado y, sobre todo; practicado y vivido por el que se lo da... Es decir, que si los católicos no hemos de dejar que a esta pobre sociedad se la lleven los gusanos de los vicios y de los errores al pudridero, hemos de convertirnos todos, los de arriba y los de abajo y los de en medio, en catequistas perennes con el ejemplo y con la palabra, en partidores al menudeo del «pan» de nuestra Doctrina cristiana.

A la luz, repito, de esos incendios, he temido ver esta acusación terrible: «¡quemamos lo que no nos habéis enseñado a saber para qué sirve!»

¡Ojalá a ninguno de nuestros pueblos pueda inculparse con verdad de esa acusación!

¿Vamos a verlo?

Gibraltar, primer viernes de noviembre de 1931.

MANUEL GONZÁLEZ

Obispo de Málaga

Un saludo desde el destierro para la 4ª edición

Como pavesa (¡un poguilla pesada en verdad!) de aquel gran incendio del 11 de mayo de 1931 que consumió mi palacio de Málaga y cuanto dentro de él se cobijaba, ando desde entonces volando a merced del viento del odio de mis amables y clandestinos incendiariós.

Como a esta pobre pavesa han quedado por gracia de Dios mano para escribir y corazón para amar y vengarse perdonando, se complace en poner en la fachada de esta obrilla de amor al menudeo al Corazón de Jesús y a las almas de los niños, el más cariñoso saludo a los amigos que no se cansan de serio buscando mis paginillas y agotando las ediciones, y a los enemigos que tampoco se cansan de serio ¡pobrecillos! ¡Qué cansados van a quedar!

Madrid (por ahora), primer viernes de noviembre de 1933. (Año santo de la redención).

Manuel González

Obispo de Málaga

Para la 5ª edición

Y ¡siguen los incendios!

¡Por segunda vez se han trocado en pavesa ejemplares que de la cuarta edición quedaban en el depósito de Málaga durante la tiranía roja del 36 al 37!

Corazón de Jesús, incendiario divino, di a los fogoneros del Infierno que estos libros no se han escritopara arder, sino para hacer arder...

MANUEL GONZÁLEZ,

Obispo de Málaga.

Mi aguinaldo de Catequista

¡Y no como persona agente, sino paciente!

Aunque sea muy toro eso de recibir aguinaldos, con la fama de Cresos que padecemos los que andamos por estas alturas... de Calvario episcopal, quiero contaras, pasra vuestro recreo y mi satisfacción, el aguinaldo con 'que me obsequiaron Pascuas atrás.

Es de una delicadeza y gracia, que bien merece los honores de la publicación.

En vísperas de Navidades se me presenta un buen caballero fidelísimo de su Obispo y de su Religión, con un papelito en la mano y una sonrisa en sus labios.

—¡El aguinaldo para el Sr. Obispo, de mi Federiquín (un angelical y despierto malagueñito de seis años, a quien había yo tenido la satisfacción de bautizar, confirmar y dar su primera Comunión, y, por añadidura, entusiasta oyente de los cosas que cuenta el «El Granito» de los chaveítas[1]). No puede figurarse lo que nos ha traído y llevado a su madre, a mí y a todos los de casa con ¡que yo quiero darle los aguinaldos al Sr. Obispo!, ¡que yo quiero! Hasta que, por último le hemos dicho: —Pero ¿tú tienes con qué comprar ese aguinaldo?... ¿Qué le vas tú a regalar al Sr. Obispo? —¡Una cosa muy bonita, muy bonitaaaa que yo tengo! —¡Sí, sí, la falta que le hará al Sr. Obispo esa cosa bonita! —Pues sí, sí, que le hará falta y mucha falta, y que ¡es más bonita.. —Pero, chiquillo, ¿me quieres decir lo que es?... Y de dos saltos fue y volvió con su regalo. ¿Qué querrá usted creer que era? Un catecismo de Ripalda de a diez céntimos, con portada de colores chillones! —!Chiquillo! ¿Esto vas a regalar a todo un Obispo? Y con cara de estupefacción me dice: —Pero ¿usted cree que él puede tener en toda su vida un libro más bonito que éste? Y, además, mire usted que como el Sr. Obispo siempre está hablando y escribiendo a los

[1] En enero de 1931 tuve la pena y el consuelo de darle la última comunión por Viático, en Madrid, ya estudiante de Medicina.

chaveítas de mi Catecismo, de mi Catecismo, pues lo tendrá ya muy estropeado y gastado y le hará falta uno nuevo... Y no había más remedio que tomar el librito, envolverlo en un papel y guardarlo en esta cajita, para que parezca algo, y traérselo de eguinaldo.

Abrí la caja, y el placer con que había oído el relato se trocó en emoción y en lágrimos, al ver que con el flamante y gracioso obsequio del hijo venía una rica pluma del padre para que siguiera escribiendo DE MI CATECISMO.

El libro quedó sobre mi mesa de trabajo; la, pluma... voló o volará en un día de apuro, no precisamente por ser pluma, sino por ser de oro; pero el recuerdo y el aliento de aquella delicadeza siguen y seguirán muy guardados en mi corazón.

A LO QUE VENGO

Parvull petierunt ponem et non eral qui
frangeret eis. (Thre. 4, 4.)

«Los pequeñuelos pidieron pan y no
había quien se lo partiera»

Sinite parvulos venire ad me; tallum est
regnum Dei. (Mc. 10, 14.)

«Dejad que vengan a mí los niños; de los
que se asemejan a ellos es el reino de Dios»

¡El Corazón de Jesús y las almas de los pequeñuelos tienen hambre!

¡A enseñar modos y a despertar ganas de satisfacer esas dos hambres vienen estas páginas!

¡Bendígalas El y sirva de provecho a aquéllas!

Prólogo

Mi gran deseo

¿Que quiero que mis queridos diocesanos, y mis amigos y mis enemigos, y los de dentro y los de fuera, y los chicos, y los grandes, y los pobres y los ricos sepan el Catecismo?

¿Que para que lo sepan es menester que se les enseñe?

¿Que el abandono del Sagrario, fuente árdea de vida, la inconsistencia y falta de arraigo de la piedad que padecemos y la paganización de las costumbres, que se nos mete por las puertas, viene de la ignorancia del Catecismo?

¿Que la ignorancia religiosa es, en frase viva de nuestro Santísimo Padre Pío XI, la mancha más grande que afea las naciones católicas?

¿Quién puede dudar de ninguno de estos extremos? ¡Enseñar Catecismo!

¡A chicos y grandes!

¡A todas horas y en todas formas!

¿Puede un Obispo y un Sacerdote y un hombre de celo abrigar deseo más vehemente, voluntad más decidida, empeño más sostenido?

.La obra del Catecismo —dijo Pio X, de santa memoria— es la más excelente a que podemos dedicarnos: mejor que predicar y confesar y dar misiones y enseñar en el Seminario y otros ministerios.

Pero tan firme COMO la voluntad de enseñar catecismo debe ser la de dar esa enseñanza adecuadamente; es decir, que no basta dar el pan de la doctrina a las muchedumbres hambrientas, sino

que hay que darlo partido en pedacitos, en mignitas, mascado, si la debilidad de bocas y de estómagos espirituales así lo piden, y aun en forma de leche, como a los recién nacidos, según la delicada frase del gran Catequista San Pedro. ¡El pan partido para los párvulos!

Y cuenta que ante la Doctrina cristiana son párvulos casi todos lose hombres de nuestro tiempo.

Desmenuzar el Catecismo para que llegue a todos y a todos alimente, ¡cómo me halaga y aguijonea ese deseo.

Y, sobre todo, respecto a los niños.

¡Salvemos las almas de los niños!

¡Pobres almas de los niños que, sin culpa suya, han nacido en un siglo que les tiene declarada guerra a muerte!

Yo no creo que haya habido tiempo en la Historia en que coa más saña se haya combatido el alma de los niños.

Como que la divisa de la impiedad moderna es esa: ¡Corromper al niño!

¡Pobres niños! ¿Y qué habrá para defenderse de estos herodes modernos de la escuela laica o de catecismo rutinario, del cuento y de la revista, inmorales para niños, del cine corruptor y enloquecedor, de la coeducación sexual, etc. etc., que hacen bueno al Herodes de la historia?

¿Quiénes los defenderán? ¿Sus padres? ¡Ay! Si muchos de ellos encuentran en sus mismos padres y en sus ¡mismas madres! ¡los verdugos de sus almas!

Yo me lo digo a mí mismo muchas veces: «Si nosotros los Sacerdotes no amamos y defendemos las almas de los niños, ¿quién las defenderá? ¿Quién las va a querer?»

¡Qué hermoso lema para la bandera de un Sacerdote! ¡Salvemos las almas de los niños!

Pero en su estilo

A esto vienen estos renglones; a enseñar a dar pan partido y desmenuzado a los párvulos cristianos y a los cristianos párvulos de Fe rutinaria, sin lógica, ni conciencia de ella, cristianos de sólo tres Sacramentos: el Bautismo, la primera Comunión y el Matrinzonio; cristianos que piensan como librepensadores y obran como paganos, contra éstos, o mejor, en favor de éstos y en contra de esas ignorancias e inconsecuencias, voy.

Quiero darles a ellos, si me leen, o mejor, a las almas de acción y de celo que sienten las mismas ansias e inquietudes que yo, unas lecciones de Doctrina ta como las doy por los pueblos de mis visitas pastorale y como en mis tiempos de Cura las daba en mi Parroquia.

Cuando termino las Confirmaciones, como an s cuando terminaba mi Misa parroquial, siento en tor mío delante del Presbiterio a todos los niños del pueb que son corte inseparable del Obispo desde que entr hasta que sale, de día y de noche. Coloco a los varones a la izquierda y a las hembras a la derecha; pido a los mayores que, atraídos por la curiosidad, se agolpan sobre los niños, que formen círculo en torno de ellos y vean, oigan y callen y... no empujen, comienzo mi lección: de Catecismo a los pequeños con miras a los grandes, en estilo desde luego infantil, puesto que a niños directamente hablo, andaluz[2], ya que vivo en Andalucía, intuitivo, gráfico y juguetón, en cuanto Se puede, como único medio de que estén callados, atentos y... sin descomponerse trescientas o cuatrocientas cabecillas, bocas, manos y pies andaluces, cosa más difícil que mantener el orden entre trescientos mil niños ingleses...

Pedagogía o gramática parda catequística

[2] Ahora que estoy en Castilla, todo lo castellano que puedo.

¡Vaya si hacen falta pedagogía condensada y *agilibus*, y recursos inverosímiles para imponerse! Bueno, pues en ese estilo, que tiene ya en su favor la prueba de la experiencia y del buen resultado, voy a dar unas lecciones de pedagogía catequistica, o quizá más propiamente, de gramática parda catequistica.

El Papa manda a los Obispos que abran cátedras de catequistas y yo gustoso abro esta cátedra ambulante sin seriedades académicas y sin aparatos didácticos, y, atento sólo a vulgarizar, condenso esta mi Pedagogía en un principio, tres refranes y un secreto.

¡Quiera el Amo bendito que logren enterar a muchos de sus bautizados y, enterados, se decidan a vivir de acuerdo con su Catecismo: con todo su Catecismo, y con cada una de sus cuatro partes: Credo, Mandamientos, Oración y Sacramentos!

¡Quiera también que estos modos míos despierten y sugieran en ingenios más agudos y almas de más celo nuevos modos de dar pan partido de catecismo que produzca en los alimentados aumentos incensantes de conocimiento, amor e imitación del Amigo que tienen los niños en el Sagrario!

¡Que una Catequesis que no termine por tener chiflados por el Corazón que late en el Santo Copón, presenta muchas probabilidades de haber perdido el tiempo!

Previniendo extrañezas

Para salir al paso de los que las sientan o puedan caer en la tentación de consentirlas, al ver tratadas materias tan altas, en forma tan vulgar y estilo juguetón, y nada menos que por un Obispo, recordaré un ejemplo y laza anécdota.

Nuestro Señor Jesucristo dió sualtísima doctrina en el lenguaje y en el estilo del pueblo que lo oia. El estilo del Evangelio es el más popular de todos los estilos.

Se cuenta de Luis XIV de Francia, el Rey famoso de «el Estado soy yo» que aconstumbrabaa distroer sus ocios jugando con su hijo

pequeñuelo, llegando hasta a pasearlo sobre sus espaldas arrastrándose por el suelo a modo de caballo.

Sorprendido un día en esta postura por uno de los nobles de su corte, el Rey, mirando hacia la puerta de su cámara por donde asomara aquél, le preguntó: —¿Sois padre? —Sí, Majestad. —Pues entonces, prosigo... ¿Podré yo proseguir también?

I
El principio

Para mí todo lo que sobre pedagogía catequística hay que decir se encierra en este sencillísimo principio:

La catequesis es el catequista.

Si se ha dicho que la escuela es el Maestro y que será mejor escuela aquella que tenga no el mejor local, ni el más rico material pedagógico, sino el mejor Maestro, por la misma razón puede afirmarse que una catequesis es su catequista. Dadme un catequista con vocación, ya sea por deber, ya por caridad, con la preparación intelectual adecuada, que trate primero con el Corazón de Jesús en el Sagrario lo que va a tratar después con los niños y que, sobre todo, ame a éstos con el amor que se saca del Sagrario, dadme un catequista así y no me digais ya que ese catequista no puede enseñar, no puede cumplir su oficio, porque le falta material docente, como cuadros murales, proyecciones cinematográficas, valiosos premios, jiras atrayentes, etc., etc.

Ese catequista que os he descrito, ya sabrá arreglárselas para que los ademanes de su cara y las figuras y contorsiones de su cuerpo, sustituyan con ventaja a los cuadros murales o de proyecciones y avalorará y aun suplirá con creces con su sonrisa y su palabra caldeada por el cariño, la bagatela o fruslería de que en su pobreza disponga para premio.

Y no tened miedo, que si alguna de esas otras cosas ricas necesita algun día, su trabajo, su oración y su amor a los niños sabrán dar fuertes y seguros aldabonazos, aun sin decir palabra, en el Corazón de Jesús y en el corazón de la gente buena...

En resumidas cuentas, el problema dula instrucción y educación cristiana del pueblo más que problema de leyes, de organismos o de obras, es de hombre.

Dadme cristianos llenos y rebosantes del conocimiento, de la imitación y del amor de Jesucristo y yo os daré muchedumbres de verdad cristianas.

Dadme técnicos, oradores, especialistas, pedagogos, derrochadores de premios, de reglamentos y de planes y de procedimientos gráficos, pero vacíos de Cristo o más llenos de otras cosas que de Cristo, y os empeño mi palabra duque se ha perdido el tiempo, la saliva, .y el dinero y la muchedumbre no se ha encontrado ni se ha hecho cristiana.

¡Hay que formar catequistas de verdad! ¿Cómo? Esos refrancillos que pongo y explico a continuación os lo dirán.

II
Los refranes

¡Le tengo una antipatía a la reglomanía! ¡Me hacen tan poquísima gracia esos autores, libros y tratados que *auctoritate qua fungor* y sin otro título quizás que su atrevimiento, se empeñan en *hartar de bienestar* a sus prójimos cargándoles de reglas para evitar tropiezos y traerles todas las ventajas imaginables!

¿No es verdad que no pocos de nuestros escritores y directores de la opinión están un tantico tocados de *reglomanía?*

Curándome en salud

He echado por delante de estas reglillas pedagógico-catequéticas, que voy a dar, estas protestas aunque no sea más que para evitar que me echen en cara lo mismo que yo afeo a los demás.

Válgame siquiera para disculpa y benevolencia, la forma de refranes con que trato de dorar las píldoras de mis reglas.

PRIMER REFRÁN

«Nadie da lo que no tiene»

¡Oh! ¡si se tuviera en cuenta este refrán por el Catequista! ¡qué frutos tan sorprendentes obtendría! Y cuenta que como aquí no hablo más que can Catequistas, nada digo de predicadores y Maestros de otras disciplinas.

Yo me permitiría, para meter no ya en la cabeza, que ahí está seguramente, sino en el corazón y hasta en los nervios de mis

amigos los Catequistas la transcendencia de este refrancillo, hacerles unas preguntas, si quereis del mismísimo señor de Perogrullo, cuyas son todas las observaciones y advertencias que aquí se van dando: iSuum cuique!

Dígame, amigo o amiga Catequista, ¿qué pretende usted dar a sus catequizandos? ¿Conocimiento claro y cabal de un punto del Catecismo, de un pasaje o un rasgo de Nuestro Señor Jesucristo?

¿Tiene usted en su cabeza ese conocimiento claro y cabal? Es decir, ¿estudia usted? ¿Sí? Siga adelante. ¿Quiere usted además de ese conocimiento, dar a sus discípulos un popuito de gusto de paladeo de ese punto, de ese pasaje que les excite el cariño a lo que van aprendiendo?

¿Tiene usted en el paladar de su alma y en el gustó de su corazón ese sabor, ese cariño? Esto es, ¿ora usted sobre lo que enseña, que es como se adquieren ese sabor y ese cariño?

¿Si? Pues ¡adelante!

¿Quiere usted, además, que imiten lo que usted les va dando a conocer, a gustar y a amar?

Dígame: ¿Se parece usted a lo que enseña?

¿Sí? ¡Loado sea Dios!

¡Adelante, siempre adelante!

¡Otra preguntita! ¿Quiere usted que sus niños acudan con ganas, le oigan atentos sin miedo y alegres, sin disipación ni alboroto y se vayan con ganas de volver?

¿Usted enseña así también? ¿Sí? ¿Sí?

Pues entonces voy a decir. Usted con toda mi boca y con los rasgos más fuertes de mi pluma que es un ¡Catequista con tratamiento de Excelentísimo Señor! ¡Un Catequista, que como la barca y las redes de la pesca milagrosa, estará a punto de sumergirse y romperse ¡de tanta pescal

Quien no posee a Jesús no puede dar a Jesús

¿Que no puede responder sí a todas mis preguntas anteriores?

¿Que estudia poco o nada, que ora menos todavía, que a lo mejor predica de Cristo manso de corazón con un genio de perros, o de Cristo casto con un traje inmodesto, o de Cristo amigo, paciente con los niños, repartiendo bofetadas o pellizcos a los suyos, etc., o, por último, que es Catequista puramente por compromiso, por temor, por salir del paso, porque se lo pagan, porque se lo afearían si no lo fuese o por otras razones tan... sobrenaturales como estas?

Pues en cualquiera de estos casos sepa usted que por ley inexorable e inapelable de la lógica cae usted y su Catequesis bajo el abrumador y humillante anatema de la esterilidad promulgada en mi refrán: "Nadie da lo que no tiene".

IAsí, así! Sin necesidad de echarle la culpa o el muerto a los tiempos presentes, a los niños del día, a la falta de recursos, a la índole de los pueblos, a los gobiernos, a... ¡qué se yo cuántos enemigos mást

¡Cuánto tira de mi lengua y de mi pluma el tema! Pero *intelligenti pauca*.

En suma

El que quiera cosechar trigo, que siembre trigo; el que manzanas, manzanas; el que aspire a obtener a Cristo en las almas, que siembre a Cristo, y el que recoja tempestades de disipaciones, irreligiosidades y hastíos u odios de Religión, esté cierto de que sembró vientos...

Esa es ley de Dios, de gracia y de naturaleza.

El problema de la atracción[3]

[3] No estará de más leer en mi librillo *Lo que puede un cura hoy*, 6ª edición, los artículos que dedico a la «Obra del Catecismo.»

Unido al refrán explicado y como efecto de su causa, surge el problema de la atracción de los niños a la Catequesis. ¡Se ha hablado y se ha insistido tanto en que hay que atraer ofreciendo premios y pagos y en que hay que dar mucho a las muchedumbres, especialmente inapetentes, para que nos hagan caso y vengan siquiera a ver!, que después de decir que «nadie da lo que no tiene», parece que hay que excluir del oficio de Catequista a los pobres, porque como no tienen qué dar no darán nada y no atraerán, ¿es esto verdad?

Quejas de apóstoles y catequistas

Oigo decir frecuentísimamente y en todos los tonos: «Yo no doy Catecismo porque no vienen niños, ni sé cómo atraerlos.»

Otros: «Yo sé atraerlos, pero cuesta caro; ¡hay que dar tanto premio!»

Otros: «Yo he ofrecido premios y ¡ni aún así vienen! o si han venido, en cuanto se los repartí, volvieron las espaldas y no volvieron más, si no es para zaherirme porque les dí menos de lo que esperaban o dí más al que merecía menos, etcétera, etc., y muchos etcéteras muy molestos y ofensivos.»

Otros: «Pues yo no doy nada; el que quiera venir que venga y el que no, para sí hace.»

Y usted ¿qué dice?

Digo en primer lugar, que el atraer a los niños y a los rudos al Catecismo y al templo en tierras en que los padres no se meten en eso o se meten para que no vayan, y en que por añadidura abundan los espectáculos gratuitos o baratos como cines, teatrillos, juegos de pelota, etc., constituye un verdadero y serio problema de muy difícil solución.

Y en segundo lugar digo que mi experiencia de largos años de catequista y la observación de los niños y de los que están lejos me llevan a reprobar el sistema de atraerlos con premios materiales.

¡Que no, se me asuste ni escandalice ningún pedagogo ni catequista! ¡Me explicaré!

Yo también he pecado

Comienzo por decir que también he pecado, es decir, ofrecido y dado premios para llenar mi Parroquia de catequizandos.

He usado todos los procedimientos conocidos hasta el día de ofrecer premios: el premio ganado a fuerza de vales por cada asistencia, el premio distribuido *inter presentes*, como estampas, medallas, libros, etc., o rifa de un objeto de más valor, cada día de catequesis con los vales o papel moneda ganados, el premio de jira, meriendas o comidas a los que se lo habían ganado, etc.

Dos conclusiones

Además he visto y seguido muy de cerca Catecismos y Obras en los que se han gastado muchos miles de pesetas en premios y de todo eso he deducido las siguientes conclusiones sobre el valor pedagógico y educador del premio como medio de atracción de los Catecismos y Obras similares.

1ª Conclusión: La virtud de atraer de los premios materiales para cosas espirituales será siempre a costa de la influencia de estas mismas cosas espirituales.

O en otra forma:

Cuanto más suba en una Catequesis u Obra de celo la influencia del premio material, tanto más baja la eduación religiosa o catequización de los asistentes.

2ª Que el modo eficaz de atraer hay que aprenderlo en el Evangelio y tomarlo en el Sagrario.

Me explicaré, si no se me enfadan los del sistema.

Más quejas.

¿Que esto es espantosamente desconsolador? Quizás sí, pero no es por eso para mí menos cierto. Tengo formada la convicción de que el ofrecimiento de premio material para atraer niños o grandes a aprender Doctrina, oír Misa, comulgar, etcétera, produce, desde luego contra la intención del que los da, estos tres malos efectos: desorienta y estraga al educando o asistente, rebaja la Doctrina y el Culto y descalifica al Catequista. ¿Tanto? Sí, amigos. Aduciré primero hechos y después razones.

Hechos propios.

He aquí un caso que he observado multitud de veces en mis tiempos de Málaga.

He ido a los pueblos a practicar la Santa Visita: a pesar de los vientos de indiferencia de casi todos, la visita del Obispo despierta la Fe apagada o dormida, resucita entusiasmos y arranca vivas y adhesiones de las masas y, mientras dura la visita, el pueblo no sabe hablar de otra cosa que del Obispo, ni tener otra preocupación que ir a donde él vaya o estar donde él esté.

Los niños y el Obispo.

Ni que decir tiene que los más unidos y pegados al Obispo en los pueblos son los niños. Son ellos los que salen a pie por fa mañana a esperarlo lo más lejos que pueden del pueblo, para que antes que los mozos y Autoridades, que en lucida cabalgata han salido a recibirlo en el término municipal, puedan ellos tirar al aire con sus gorras o sombrerillos el primer ¡viva! y el más fuerte a su Obispo.

Entusiasmo gratuito.

Pues bien, el Obispo puede contar con compañía infantil abrumadora y avasalladora de día y de noche en la Iglesia, en la calle, y en la casa en que se hospede, que sin cansarse ni pedir paga ninguna lo mira y remira, canta y recanta su repertorio sagrado y profano, juega y salta en torno de él, le besa el anillo siempre que

lo tiene a su alcance, sabeis hasta cuando? hasta que el Obispo dé la primera medalla. ¡Se cambió totalmente el cuadro!

Comienza el pago y se va el entusiasmo

Al ¡viva! Espontàneo, al cantar y al bullir alegre y a la adhesión desinteresada y al seguir al Obispo a todas horas *de balde*, sòlo porque era el Obispo, se han sucedido las caras mohinas, las manos levantadas, los gritos de protesta y queja de – a mì no me han dao nà – pos mìa tu a mì que despuè de habè comulgao y tò después de habé ido hasta el río a esperarlo — y ¡qué sé yo cuántas y cuántas reclamaciones no sólo de los niños sino de sus papás y mamás y de toda la parentela, por lo que se dio a su niño, por lo que no se dio a los que no habían venido y a los que se fueron sin nada... Y ¡claro! como no es posible dar a todos ni dar en la medida de los deseos o ambiciones de cada cual, por arte de encantamiento resulta que el pobre Obispo pasa de objeto de todas las alabanzas y adhesiones a blanco de quejas, recriminaciones, desaires y piques de los niños, papás, parientes y adyacentes infantiles.

Es decir, que el premio material no sólo ha sido inútil, sino que ha dado ocasión a que a la Fe, en lo que significa el Obispo, y al cariño y entusiasmo, por lo que representa su visita, haya sustituido la codicia; y a que el servicio que con gusto se prestaba de balde, deje de prestarse cuando de algún modo se paga.

La contraprueba.

Intrigado, extrañado y apenado por ese cambio tan irracional e injusto, he hecho la contraprueba en la visita de otros pueblos.

¡Comprobación completa! He cumplido mis ministerios lo mejor que he podido, he repartido sonrisas y buen trato a todos; pero no he dado como premio ni una sola medalla a los niños que me recibían, acudían a la Catequesis, o que se confirmaban, y he sido despedido con el mismo o mayor entusiasmo, con la ventaja de una mayor y más desinteresada aproximación.

Otras comprobaciones.

En mis tiempos de Párroco, ¡cuántas veces pude observar ese fenómeno!

Cuando se acercaba la fecha del reparto de premios de mi catequesis, ¡qué inundación de chiquillos! ¡Cuántas caras desconocidas!

Se hacía el reparto con equidad irreprochable y gastando un buen puñado de pesetas obtenidas con mi/ apuros, y después... ¡qué desastre! De un concurso de 300 y 400 niños pasaba a otro de 5 o 6 ¡sin exageración! En cambio, por la calle y en la pueda de la Parroquia ¡cuántas veces herían mis oídos y mi corazón agradecimientos y piropos como éstos:

— Pae Cura, ¿no ha tenìo osté otra cosita peó que darle a mi niño? ¡Unas alpargatas despué de habé venlo casi todo el año a Misa! ¡Vaya unos pantalones que le 'ha dao usté a mi Selipe! ¡al muerto le estaban mejón — , Ya pué desí que viene a comurgá mi Juan, ¡pa que luego le den lo que le han dao!... y ¡qué cosas, Dios mío!

Recuerdo que muchas veces para endulzar la amargura que estos desplantes y fracasos me producían y para disculpar a mis pobres feligreses, me hacía esta reflexión de descargo:

El *premio* con que yo brindaba a los niños, cuando tuvieran tantos o cuantos vales, si en mi intención era el cebo para pescarlos, en la de ellos y, sobre todo, en la de sus pobres madres, tan faltas de ilustración como de ropa y de dinero, era un estimulante y un torturador de su ya grande hambre de tantas cosas como necesitaban.

— Mamá, me representaba yo al niño en su casa de vuelta del Catecismo, dice el padre Cura que por cada vez que vayamos a la Doctrina nos va a dar un vale y que luego con esos vales ponemos comprar pañuelos, pantalones, chaquetas, botas, libros, ¡de todo!

Y me volvía a representar la casa de estos niños y oir diálogos parecidos a éste:

— Mamá, ya tengo cinco vales.
— A ver si te puedes comprar un pañolito.
— ¡Ya tengo doce vales!
— A ver si sacas para una chaqueta.
— ¡20 vales!
— ¿Te darán unas botas?
— ¡30, 40, 50!

Y a medida que van creciendo los vales, como la necesidad es siempre grande y las ilusiones crecen de balde y sin trabajo, cuando llega la hora soñada del reparto de premios, objeto de tantos estirones en la imaginación y en el deseo estimulado por la necesidad, los vales se espera que valgan un ¡Potosí! o cosa parecida; y como ni los pobres Curas ni las Obras catequísticas están en la situación económica de repartir Potosís, es la ley de todos estos repartos el desencanto y sus acompañamientos y consecuencias de quejas y murmuraciones no sólo contra las personas que enseñan y con tanto sacrificio atraen, sino, hasta contra la Doctrina. 'Unas y otras caen envueltas en la misma ola de murmuración, desprecio y desencanto! Diríase que la codicia del vale ha impedido o secado la germinación de la buena semilla.

Hechos de otros.

A multitud de amigos y compañeros, Directores y coloboradores de Obras catequísticas y similares, he oído contar, no sin amargura y desilusión, hechos semejantes, ¡Cuántas veces he oído exclamaciohes parecidas a éstas: este año ha habido que cerrar o no abrir la Catequesis, porque el reparto de premios del año anterior nos dejó arruinados..! Y a mi pregunta de por qué no se había seguido con los que hubiesen venido sin esperanza de premios o los que ya estuvieran ganados por lospremios anteriores, me han dicho: — ¡Ah, no, sin premio no viene nadie y con premio vienen sólo cuando llega el reparto o la adjudicación! Después, ¡nadie! Como si nada se les hubiera enseñado ni dado. ¡Cuántas con fesiones he oído y oigo del poco o ningún fruto espiritual definitivo y sólido de estas atracciones interesadas!

Un testimonio de valor.

Al famoso y tantas veces celebrado y admirado Misionero R. P. Francisco Tarín, S. I., que con su predicación y ejemplo de austeridad ablandaba hasta las piedras de los innumerables pueblos que misionaba, oí decir muchas veces en sus últimos años respecto a atraer niños y gente mayor a sus Misiones y Catecismos con premios y regalillo: «Las cosas se aprecian según el trabajo que ha costado el ganarlas... lo que se da, ordinariamente se desprecia o se tiene en menos que lo que se compra. Estoy viendo que esto de dar a las gentes Doctrina y Sacramentos; no sólo de balde, como debe ser, sino pagándoselo encima con rosarios, estampas, medallas y libros, es exponerse a que lo desprecien todo, lo espiritual y lo material que tan de balde se les da».

Y como consecuencia, sin duda, de este cambio en su mildo de opinar sobre este punto, recordarán los que le conocieron, como lo recuerdo yo, que en sus últimos años el P. Tarín no daba, en general objetos de piedad iél tan rumboso antes! sino que los vendía.

Los negocios del Padre Tarín.

Y subrayo estas palabras porque eran unas ventas graciosas y originales las del P. Tarín ¡no había peligro de que lo tomaran por mercader! Vendía a unos precios locamente baratos: Rosarios a perra chica el par; medallas vistosas y medallones, a dos y cinco céntimos; Catecismos con estampas, a cuarto; devocionarios empastados, a cinco céntimos, etc., etc

— Pero, P. Tarín, le preguntaba en una ocasión en que misionaba y negociaba a este tenor en mi Parroquia, ¿cómo puede usted vender a esos precios?, ten dónde compra usted tan barato?

— Calle, calle, me respondía, yo compro al mismo precio que usted y que todos; pero es un negocio por partida doble el que yo hago con los amigos que me dan limoánas para comprar esas cosas; porque con esas perillas que recojo de las ventas, alargo sus limosnas y compro más cosas, y con las gentes, porque por la

perrilla o el centimillo con que ellos se hacen la ilusión de que compran su Rosario o su libro, lo estiman muchisimo más que si lo recibieran regalado...

Hechos sobran

Sí, abundan y sobran los ejemplos o hechos que demuestran que al procedimiento de atraer y retener a los chicos y a los grandes con premios y pagos temporales, hay que ponerle una interrogación que diga: ¿Sirve? si no es una interjección rotunda que diga: ¡Atrás rl procedimiento!

Pero en materia tan transcendental yo no quiero contentarme can una argumentación empírica, cuyo valor estuviera quizás condicionado por las circunstancias de tiempos, lugares, personas, costumbres, etc., y que, por consiguiente, no sirva para dar sólido e inconmovible fundamento a una proposición general y perinanente.

Yo quiero preguntar a la razón y la razón va a estudiar serenamente con el auxilio de la observación y la psicología de los niños y de las muchedumbres.

¿Cómo entiende y recibe un niño y, en general, el pueblo el ofrecimiento de nuestros premios o pagas materiales de su asistencia al Catecismo, a la Misa, a la Comunión etc.?

Un poco de observación y de psicología barata nos va a dar la respuesta.

Razonemos

Entre dos bienes, uno espiritual o moral y otro material, la recta razón indica que debe ser preferido el primero al segundo.

La experiencia, sin embargo, enseña que los hombres dan su preferencia más veces a lo que cautiva o halaga sus sentidos o les remedia necesidades materiales que a los bienes superiores del alma.

¿No es esta la razón de los premios materiales para hacer aceptar y pasar los bienes superiores espirituales?

Se dice: si nos limitamos a invitar a los niños a la Catequesis ya la Santa Misa y a la asistencia al templo por los bienes que a sus almas les reportarían, no sólo no vendrán, sino que ni nos entenderán; pero si les decimos: venid, que os vamos a dar una prenda, un regalo, por codicia, siquiera, vendrán y se pondrán a nuestro alcance y por lo menos se enterarán.

La razón del anzuelo

La Doctrina y las prácticas religiosas que hay que enseñar es el anzuelo que pesca al alma para darle muerte a su ignorancia y a su apartamiento de Dios y meterla en la vida cristiana; pero decís: no hay anzuelo que pesque peces sin ir envuelto en cebo o carne; luego, si no cubrimos el nuestro con el cebo de los regalillos, los niños y los malos no se pescarán.

¿No es este nuestro caso?

Pues vamos a examinarlo en el mismo ejemplo.

Supongamos en el pez, siquiera por un momento, un poquitín de inteligencia o al menos de picardía.

Si le preguntáramos al pescador por qué pone carne al acero del anzuelo, nos dirá tranquilamente: ¡Para engañar a los peces!

Y, si preguntáramos a éstos, ya cogidos, nos dirían: finos engañaron!

Y pregunto de nuevo: Si un pez de esos que suponemos pícaros, pudiera deshacerse de su anzuelo, ¿qué conducta seguiría en adelante?

No arrimarse en jamás de los jamases a un hilo de pescador, y en caso de necesidad o hambre mayor, procurar comerse la carne dejando el anzuelo, es decir, pagar un engaño con el desprecio o con otro engaño.

Apliquemos el cuento

Pues bien, señores amigos pescadores de almas, con con lo que creéis y fingís inocentes engaños de premios y pagos materiales, sabed que por muy rudos y groseros que sean vuestros catequizandos, tienen la inteligencia, la libertad o la picardía que faltan al pez y que con llamarles a que reciban bienes espirituales con el cebo de pagos materiales, corréis uno de estos dos riesgos: el desprecio de vuestra doctrina, o sea el anzuelo, y de vuestros premios, o sea el cebo Con que lo revestís, o el engaño con que se os acerquen a comer el cebo, no dejándose clavar el anzuelo.

Fórmula de esos dos riesgos son estas expresiones que sin duda habréis oído entre vuestros premiados:

— Después de todo, lo que querían era pescarme, para beato... ¡Cualquiera me pesca a mí ya..!

Es la fórmula del recelo y del desprecio del chasqueado.

— Dame pan y dime tonto...; que me regalen cosas, y me corno a los santos de devoto que me hago...

Es la expresión de los peces vivos que se comen la carne y burlan el anzuelo.

¡Hay tanto pez vivo por esas obras de propaganda e instrucción!

Sugestión más que razón

Sugestionados por el triunfo fácil y pronto que proporciona el procedimiento de pagos y premios materiales, pues indudablemente con él se llenan en número nuestras Catequesis o actos religiosos, no nos hemos preocupado del fruto que a la larga producirá ese modo de hacemos de números grandes, hasta que los tristes desencantos de la realidad nos muestren esas muchedumbres que tanto nos halagaban, faltas de espíritu cristiano, vacías de gratitud y de fidelidad, que se van

murmurando al punto que cesaron los premios o que se los olieron mayores o más apetitosos en los cercados del demonio...

Sugestionados por el número también, no se cuidaron de estudiar cómo deberían lógicamente los niños o el pueblo recibir nuestros premios.

La razón de la lógica

Y subrayo la palabra lógicamente, porque los niños y los pueblos, por muy degradados que estén o rudos que sean, no están, en definitiva, fuera de la acción de la lógica, y sí digo, mientras mayor es su inconsciencia más irresistiblemente quedan sometidos a ella.

Ante el fracaso de los premios, por mí tantas veces visto y tocado, y después de las indagaciones y experiencias que he hecho para explicármelo, he descubierto y comprobado que los niños y el pueblo, que con esos atractivos materiales intentamos atraer, ven en el procedimiento de hacerles tomar, pasar y querer dones espirituales como. Doctrina, Misas, Comuniones, etc., a fuerza de premios y pagos materiales, una de estas cosas.

Lo que el pueblo ve en los premios

Un engaño, una cobardía o un desprestigio.

1º. **Un engaño.** El que ya os expliqué, todo lo inocente que se quiera, pero engaño que presetna el fin como medio y el medio como fin, o sea el del anzuelo y el cebo, que los peces pagan, cuando lo descubren, con *desencanto,* yéndose, o con la cuquería de comerse el cebo sin dejarse pescar.

Es un observación que he hecho en la psicología de los niños, y cuenta que casi no hay más que niños más o menos educados en el mundo.

Los niños y los pueblos teienden siempre a creer al que les habla con formalidad; abundan más entre ellos los crédulos que los suspicaces o incrédulos.

¿No veis que a pies juntillas creen y admiten los contertulios del *remendón* del barrio cuando éste les lee en el periódico del día, y los curiosos que se agolpan en torno del *Tío de la hoja suelta* o del cartelón horriMlante que anuncia crímenes cometidos o profecías fatídicas y espantosas?

Sí, los niños y la gente sencilla no toman por embustero a nadie mientras no se le pruebe o se le haga sospechoso; pero una vez que se sienten engañados, casi imposible volverlos a la credulidad.

Pues bien, educadores de niños, si les decís: venid a la Iglesia para ganaros una estampa, una prenda, un regalo cualquiera, os creen, se fían de vuestra palabra y vienen.

Pero en ese llamamiento había un engaño, si quereis, inocente, inofensivo y, según vuestra intención, necesario y provechoso. Está bien: ponedle el abjetivo que os plazca, pero engaño al fin; que consiste en que habeis tratado de presentar como fin el regalo, lo que en realidad y en vuestra intención misma es sólo medió, y como medio, a la asistencia a la Catequesis, a la. Misa, a la Confesión, la Comunión, etc., lo que en realidad es el fin.

Pues sabed que cuando llegue la hora de decirles cual es el verdadero fin para que los llamabais, deis los que deis, hagais lo que hagais, toqueis los resortes, que toqueis, no podreis evitar que se os llame a engaño y el desencanto del engaño descubierto los ponga en perpetuo recelo no sólo contra la rectitud de vuestra generosidad, sino contra la verdad de vuestras enseñanzas.

Y entonces surgen los dos partidos de que os hablaba: el de los desencantados o recelosos que se van con aire de engañados y molestos, y el de los vivos, que se quedan dispuestos a hacer todo lo posible para sacar el mayor provecho a la candidez o al negocio de sus posibles pescadores.

Resultado: que se han gastado muchas pesetas y muchas horas de trabajo y hasta se ha conseguido ver el templo 'rebosante y Comuniones generales nutridísimas, pero los cristianos.., no parecen.

2º. **Una cobardía**. El corazón humano, aunque más veces sea cobarde que valiente, tiene una simpatía por todo lo que se le presente eón el valor de la convicción firme, de la lealtad y de la sinceridad, tan irresistible como la antipatía o deprecio que le despierta la timidez tomada e interpretada por cobardía; las segundas intenciones aunque sean buenas; los fingimientos, aunque vayan con buen fin; las reticencias, las ocultaciones de los fines a que se les quiere conducir y demás formas bajo las que se les presenta el procedimiento que estudiamos.

3°. **Un desprestigio**. Es un aspecto también muy interesante de cómo son recibidos y estimados estos medios de atracción.

El corazón humano, sea de niño, sea de hombre, sea de rudo o sea de sabio, procede invariablemente conforme a esta regla verdaderamente paradójica: *darse en proporción inversa a la facilidad con que se sienta correspondido;* entre lo fácil o lo difícil de poseer, prefiero lo difícil; entre lo imposible y lo difícil se empeña en lo imposible..., lo que se le entrega de balde, y mucho más si con pago encima, tiene mucho arida& para el desprecio de nuestro corazón. ¡Así somos!

Lo regalado, aunque sea bueno; tiene más probabilidades de ser despreciado que lo comprado, aunque sea inferior o malo.

N'o me meto ahora a investigar si la razón de ese desprecio de lo fácil y de lo gratuito está en la índole egoísta de nuestro corazón, que ordinariamente no da sino lo que no le sirve o porque espera a cambio cosa mejor y mide la intención de las dádivas ajenas por la intención suya; lo cierto es que lo que seda, como en frase vulgar se dice, metiéndolo por los ojos, tiene un buen trozo de camino andado para llegar desprestigiado a aquellos a quienes se les ofrece.

¡Cuántas, cuántas veces esta misma observación me ha hecho formular, en mi experiéncia de catequista y de amigos de chiquillos, este principio: si los niños y los perros son los seres que más pronto adivinan quién los quiere, son también los que quieren menos a los más seguros y más a los que sienten menos seguros!

Es decir, los niños quieren en proporción inversa a la seguridad con que cuentan con el cariño ajeno.

De donde deducía yo esta regla práctica para los Maestros: queramos a nuestros niños como padres a hijos; pero, por bien de ellos, no les: demos la evidencia de nuestro cariño, querámosles de modo que les dejeMos el trabajo de que lo adivinen.

Sí, indudablemente, ese afán nuestro de colmar de regalos y premios a los que se dignan' venir a nuestros Catecismos, Misas, Cultos y demás actos y deberes religiosos, los pone contra nuestra intención, desde luego, en grave peligro de, desprestigio ante los ojos de la muchedumbre.

Un ejemplo

Que aunque no es prueba tiene a veces fuerza de tal.

Y aunque en asunto bastante extraño al que trato, buena fuerza tiene.

Repetidas veces he visto anunciada en los carteles de corridas de toros la rifa de un billete de 500 o 1000 pesetas entre los asistentes al espectáculo.

Extrañado de que en una ciudad tan de sangre y tradición torera como Málaga hubiera que acudir a estos acicates y atractivos externos a la afición, he preguntado la explicación y, aunque variadas todas, convienen en una misma cosa.

Que si los toreros son malos, que si los toros son flojos, que si el fútbol es preferido ahora, que si la competencia de empresas y qué sé yo cuántas razones, que todas vienen o van de o a esta frase:

mal debe andar eso de los toros cuando han tenido que echar mano a pedir y a pagar el favor de ir a ellos...

¿No es esto un gran desprestigio?

En suma

Que, porque sea tomado como engaño, como cobardía o como desprestigio, o por todo junto, por los niños y las masas del pueblo ese premiar o pagar la asistencia al templo, resulta, repito, contra toda la buena voluntad e intención de los que lo dan, que si no de un modo absoluto y fatal, que al fin y al cabo se trata de seres, aunque ignorantes y rudos, libres, el tiempo y el dinero y el trabajo invertidos en buscar, comprar, distribuir esos premios, son poco menos qué cosa perdida, y, lo que es peor y más deplorable, que pone en grave riesgo de malogro e inutilidad y aun Profanación la enseñanza y aún los Santos Sacramentos a que con esos premios se invita,

Espanta la consecuencia, ¿verdad?, y quizás a más de una y de dos ponga en trance de discutírmela o negármela antes que decidirnos a decretar la muerte y el enterramiento en la fosa del olvido de procedimientos quizás años y años seguidos y prometedores, sin duda, de triunfos fáciles, rápidos y ruidosos.

Pero ni lo llevaré a mal, ni me extrañaré siquiera de que no se me haga caso; ahora ni legislo, ni levanto la palmeta de maestro, sino que caritativamente apunto observaciones t experiencias de Catequista, ecos, a su vez, de muchas quejas de Catequistas, Propagandistas y Párrocos, del mucho dar y poco coger y murmuraciones enconadas e injustas y de descontentos de la poca paga recibida por la Doctrina con que se ilustraron, los preceptos que cumplieron y los Sacramentos con que se deberían enriquecer.

Y a los empeñados en el procedimiento por mí denunciado, me limito a hacerles este mego: si con cosas materiales obteneis cristianos que, *cuando les falte eso*, sigan siéndolo buenos, ¡adelante! y ¡sin miedo!; pero si son de los que *non van cuando non dan*, os invito a que cambieis de procedimiento:

¿Qué solución?

Y ahora sin las socaliñas de los regalitos y de los repartos y de las rifas, que tanto desatinan a los niños y a los que no lo son, paréceme que me preguntais:

¿Cómo vamos a atraerlos a cosas y actos que, por ser espirituales, tan poco o ningún interés les han de despertar? ¿Cómo nos resuelve usted el problema de la atracción hacia la Iglesia a una gente que tan distraída, apegada, y prevenida vive fuera de ella?

Pues para atraer a. esa gente tan poco estimulada para venir y tan solicitada y trabajada para que no venga, tengo la solución que en el Santo Evangelio nos dejó enseñada con su ejemplo nuestro Maestro: Jesús.

Para explicarlo mejor, os diré *lo que no hizo* para atraer y *lo que hizo*.

1º. Cómo no atraía el Maestro.

Jamás *plegó, enfundó o disimuló* su bandera.

A dondequiera que iba, en dondequiera que se presentaba, cualquiera que fuera el motivo o la ocasión, en público o en privado, ante ignorantes o ante sabios, perseguido o aclamado, desconocido o reconocido, Jesús no hablaba ni predicaba más que para dar a conocer el Reino de Dios, ni se ocupaba ni se preocupaba más que de establecerlo y arraigarlo.

El pudo decir con rigurosa exactitud ante el Tribunal: Ego palam locutus sum mundo... Yo he hablado siémpre delante del mundo; no he enseñado una doctrina en público o ala masa y otra solo a los iniciados.

2°. El Maestro no atraía halagando pasiones.

Entre mil ejemplos de su vida, valga éste: iQué fácil le hubiera sido atraerse y formarse un gran partido con sólo haberse

pronunciado un poco en favor de estas causas tan simpáticas y hondamente queridas de su pueblo: la independencia del yugo de la opresora y tiránica Roma o de la ominosa e erritante esclavitud de los Fariseos.

¡Qué dos filones de simpatía popular llevada hasta el delirio!

El Maestro no los roza siquiera; cuando se le obliga a hablar sobre algo con esos puntos relacionado ¡qué majestuosa libertad!

«A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César»

«Sobre la Cátedra de Moisés se sentaron los Escribas y Fariseos... dicen y no hacen..., imponen cargas insoportables...; haced lo que os dicen, pero no lo que hacen...»

3°. El Maestro no atraía prometiendo cosas materiales a cambio de que se le oyera o se le siguiera

Registro el Evangelio y no encuentro ni un solo caso de éstos; por el contrario, encuentro promesas y anuncios a granel de cosas desagradables y amargas para la naturaleza.

«Si alguno quiere venir, en pos de Mí, niéguese así mismo, tome su cruz.»

Al que le preguntaba por su casa y como que le pedía condiciones para seguirlo, el Maestro respondia:

«Las zorras tienen guaridas, las aves del cielo nidos; más el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.»

¿Cómo atraía?

En una sola palabra se puede decir: Amando. En varias se puede explicar:

A los Apóstoles: Orando toda la noche y llamando por la mañana a los que quiso, sin hacerles milagros ni prometerles nada.

A las muchedumbres: Ordinariamente, mandando por delante parejas de discípulos que las preparaban, o sea por el apostolado

del pueblo por los mismos del pueblo, y después por su presencia y su predicación.

Los discípulos iban con encargo de no llevar provisiones ni alforjas, ni dar más que la paz a los que les recibieren y comer lo que les pusieren.

Los milagros que tanto el Maestro como los discípulos en su nombre hacían, más que para atraer, se obraban para confirmar la doctrina y su misión.

El Maestro no prometió que daría de comer milagrosamente a los que le siguieran por el desierto, sino que multiplicó el pan en favor de los que se olvidaron de él por oírlo.

Y icuántas veces atraía pidiendo! A la Samaritana, agua; a Zaqueo, de comer, y a tantos y tantos pecadores, haciéndose invitar por ellos.

¿Cómo hemos de atraer?

Con este ejemplo a la vista, la respuesta es muy obvia: *Amando a las almas*. ¿Cómo?

Primero: Orando mucho y asiduamente para que vengan los que Dios quiere que vengan.

Segundo: Llamando a cara descubierta, a Catecismo, a Misa, a Confesión, a Comunión, a Escuela católica, etc., por todos los medios limpios y aptos para llamar conocidos y por conocer. Es decir, no contentándose con el toque de campana o con el anuncio escrito en la puerta de la Iglesia o hablando en la plática a los que todavía la oyen, sino llamando pía impudentia a todo niño, niña, joven, viejo o vieja con quienes se tope, poniendo, en el llamamiento el atractivo del buen trato y del buen ejemplo.

Don Bosco, para atraer niños, llegó hasta hacer títeres. De bastantes Párrocos y Catequistas sé yo que atraen a los niños jugando en la puerta de su iglesia a los soldados, a la rueda, etc.

Tercero: Dando buen género a los muchos o pocos que vengan, iaunque no sea más que uno! Esto es, si de Doctrina se trata, *enseñando bien*, no sólo a la memoria, sino a la inteligencia, al corazón y hasta a los sentidos y al estilo de los que la reciben como en su lugar dije; si de Confesiones se trata, *confesando bien*, es decir, no contentándose con absolver atropelladamente pecados, sino dejando buen sabor del Sacramento y valiéndose de él para informarlos en la vida de piedad; si de escuelas se trata, enseñar bien, esto es, sin rutinas, con métodos probados, sin pegar, con cariño; y lo que de estas obras, digo de las demás similares.

Cuarto: Tendiendo siempre a establecer el apostolado del niño por el niño, del joven por el joven, del pobre por el pobre... ¿Cómo? Fijando la atención particularmente, de entre los muchos o pocos que vengan, en los que por sus luces, bondad, aptitudes o circunstancias puedan ejercer mayor ascendiente sodre sus compañeros y trabajando por hacerlos sólidamente piadosos y caritativos. Enséñeseles a reunir las perritas de sus sacrificios para visitar y socorrer al compañero enfermo y necesitado.

¡Qué gran medio de atracción es este del apostolado del niño por el niño!

¡Qué finamente están ejerciendo este oficio de selección, perfeccionamiento y formación de niñas apóstoles unas Manías, que yo conozco, que después de sus Catecismos o en días distintos, llevan al campo o a la playa a sus escogidos, o a sus casas, y entre el cariño de predilección para con ellos, las instrucciones al me nudeo, el buen ejemplo y la gracia de Dios, están sacando unos apostolitos que meten miedo al demonio por las almas de amigos y vecinos que le arrebatan!

Quinto: Y después de haber hecho esto y dispues to a no dejar de hacerlo por fracasado que se sienta uno, confiar tranquilamente en que la gracia del Corazón de Jesús hará lo suyo, que será siempre lo mejor y más inesperado.

¿Qué os parece?

¿Qué es más difícil este procedimiento de atracción que el de los premios y pagos?

Cierto, pero también es más barato y más seguro y de más rancio abolengo.

¿Que ahora los tiempos, las gentes, los pueblos son *especiales*...?

Pues con toda su especialidad digo y afirmo y empeño mi palabra: que conozco muchas obras católicas en las que se gasta mucho dinero sin obtener *un solo* cristiano de verdad y convencido, y no conozco un solo caso en que la práctica *sincera y fiel* del procedimiento que acabo de exponer no haya producido a la corta o a la larga, abundantísimo fruto, no sólo de aproximaciones a la Iglesia, sino de maravillosas transformaciones y prodigiosas sorpresas de almas y de pueblos.

Yo invito a los Directores de Catequesis, Patronatos, Escuelas, Círculos y demás obras de instrucción y propaganda católicas, a que hagan un serio examen de conciencia sobre los cinco puntos o partes de mi solución, que no es mía, sino del Evangelio, y vean si no merecen, por lo menos, la pena de ser puestos en ensayo.

En resumen.

El último reparo: Entonces a los que acudan al Catecismo y demás obras de propaganda, ¿no se les puede dar nada material?

Distingo para responder: *Como pago estipulado o premio ofrecido*, NADA; como *añadidura*, como da el Señor a los que primero buscan su reino y su justicia, podemos dar *cuanto queramos y podamos y si nos damos a nosotros mismos*, mejor que mejor y mas seguridades de buen éxito.

Precisamente el contacto con necesitados que traen aparejado estas obras abre un extenso campo a la caridad; pero, repito, dése con la delicadeza, con las modestas ocultaciones de la caridad. Pero

¡por caridad!, no por PAGO de Comuniones, Confesiones, Misas, etc., etc.

Y perdónenme cuantos lo hagan.

Respeto y hasta venero sus intenciones; pero creo un deber poner, por lo menos, una interrogación al procedimiento.

III
Segundo refrán

«No hay que pedir peras al olmo», o sea que: los niños son niños.

Sí, señores pedagogos; cuando ecabeis de reiros de esta salida de pie de banco, os diré con toda formalidad, que el primer tropiezo serio que sufre todo maestro en sus intentos de penetración en el alma de los niños está en el olvido de que los niños son niños.

¡Se vienen a los puntos de mi pluma tantos y tantós casos por mí presenciados y, ¡por qué no decirlo!, por mí perpetrados, de infracción de esa ley, llamémosla de alguna manera, y de castigo inmediato de la misma!

Explicar la Doctrina, sea la materia que sea, en ono y en dimensiones de sermón; mantener sentados y con los brazos cruzados a cuerpecillos más de azogue que de plomo; empeñarse en entendérselas directamente con inteligencias adormiladas o empezándose a descedimientos, eficaz en sus resultados, amena en su ejecución y sorprendente en sus alcances.

Pues bien; yo procuro enseñar el Catecismo a mis niños haciéndome cuenta que voy a echar un rato de juego con ellos.

En mi Catecismo, los niños hacen de predicadores del Evangelio del día, reproduciéndolo por sí mismos, haciendo uno el papel de Jesús (deseado por todos), otros de enfermos, pecadores, turba, fariseos, escribas, etc. (cargos los últimos no muy apetecidos); representan o practican el Catecismo oficiando de peticiones del Padrenuestro, de Mandamientos de. Dios o de la Iglesia, de Sacramentos, de virtudes, de vicios o de tentaciones y

hablando, discutiendo o portándose cada personaje según su papel; y como en todo esto los niños se levantan, se sientan, andan de un lado para otro, ejercitan la propia inventiva en perfilar el tipo que representan, y sobre todo se ríen a más no poder, he conseguido, entre otras ventajas: primera, que se enteren del Evangelio, del Catecismo y de la vida cristiana con solidez y con esperanzas muy fundadas de que lo practiquen; y segunda, que las personas mayores; dejándose llevar del atractivo y de la amenidad del cuadro, seuficionen a asistir al Catecismo Parroquial.

¡Qué biencaería en el oído de estos maestros que tratan de curar o encubrir sus fracasos o tropiezos con la *palmeta vengadora* o el denuesto injusto e iracundo; qué bien, repito, caería en sus oidos en esos momentos de cólera, no en verdad muy pedagógicos que digamos, el refrancito de manas: «No hay que pedir peras al olmo!

Ese niño juega, diablea o se duerme, mientras tú explicas, porque está perfectamente convencido de que no es a él a quien tú hablas, sino a *otro*; él no ha faltatado, el que faltó o se equivocó fue el maestro.

Los niños, a pesar de la fama de juguetones, inquietos y desatentos de que gozan, suelen ser *muy corteses y muy sentidos*, ¡no lo olvideis pedagogos! Es muy raro el caso en que, hablando un niño como a tal, deje de responder con la más fina y cortés atención.

Y esta es una de las razones (¡y tengo tantas!) que yo tengo para mirar con prevención y hasta con lástima tanto empeño en formar maestros estudiando libros y despreciando o relegando a lugar muy secundario el libro de los libros de un maestro: iel niño! Y aquí isi que diría cosas! pero...

Recuerdo una frase, que es todo un tratado de pedagogía, de un gran Catequista, Obispo y Santo, San Juan Crisóstomo: «Niños —decía con frecuencia a los de sus Catequesis— niños, estaos quietos... *si podeis*».

¡Esto es saber bien que un niño es... un niño!

Es decir, que el refrán «No hay que pedir peras al olmo», pedagógicamente se debe traducir así: «Hay que enseñar a los niños jugando como ellos».

Y esto nos lleva como de la mano a tratar de otro gran problema pedagógico, problema de problemas, verdadera piedra filosofal para muchos y tormento de Tántalo para no pocos.

El problema de la atención.

Y le llamo problema de problemas porque con él resuelto, todo, aun lo más difícil y abstracto, se aprende, y sin él lo más llano y asequible se trueca en matemáticas sublimes.

Diríase que el alma, como el cuerpo, tiene su boca; a así como éste, con la boca cerrada, ni come ni bebe, el alma, si no abre su boca, no recibe ni pasa nada, y así como la necesidad o el apetito hace abrir la boca de carne, la atención abre la boca del alma.

Por eso, el primer problema del maestro, del catequista, del predicador, de todo el que enseña, es este problema de abrir y mantener abierta la boca del alma de los que van a recibir sus enseñanzas.

¡Qué ya es tarea y habilidad!

Y como no voy a escribir una disertación sobre la atención, sino sencillamente a decir cómo me las arreglo yo para excitarla y sostenerla en mis auditorios *infantiles y andaluces*, ¡dos circunstancias más que agravantes! me limito a dejar sentado esto que pudiera llamar principio fundamental de pedagogía *casera*:

La atención de los niños está en proporción directa del SILENCIO y del GUSTO *con que asistan.*

Silencio y gusto

Es decir, la boquita de carne cerrada y la cara alegre, ¡cómo abren de par en par la boca del alma! Pero, oídio bien: iras dos cosas juntas!; una sin otra no producen el resultado apetecido.

Silencio sin gusto pudiera ser idiotismo, miedo, adormecimiento, enfermedad... Gusto sin silencio es... una *juerga*.

Silencio sin gusto

De mis tiempos de maestro de escuela, allá en Huelva recuerdo un caso pintoresco y que por sí solo vale un tratado de pedagogía. Una de mis pesadillas en aquellos primeros tiempos de las Escuelas del Sagrado Corazón era el sielencio de la clase de párvulos. Había puesto al frente de ella un maestrito todo miel y el *non plus ultra* de bonachón. «Así –me decía yo– no ehcarían tanto de menos a sus madres esos angelitos».

¡Pobre de mí! A los dos o tres días de clase, aquello no era una corte angélica, sino de diablos del mismísimo infierno. ¡Qué gritos! ¡Qué estrépitos de bancos que caen, de cuerpos que ruedan, de llantos y rabietas!

¡Y qué espectáculo!

En un rincón, tres o cuatro ciudadanos dedicados a la no plácida tarea de arañarse o pellizcarse; en otro, una especie de sala de *inválidos de la guerra*, dormidos éstos sobre los laureles; llorosos o con cara de ofendidos aquéllos por la derrota, y en medio de la clase los restantes, entregados al *asalto* de la regular joroba con que adornara la espalda del paciente maestro la esquiva Naturaleza.

Tuve qué *dimitirlo*, como era razón, y lo sustituí con otro maestro joven, arrogante, enérgico y con instrucciones mías, además de severidad y *catonismo*. ¡¡No faltaba más que la clase de los *muñecos* armara más ruido que todas las clases juntas de la casa!

A los pocos días me acerco de puntillas a la puerta de la clase de párvulos y... respiré tranquilo. ¡El triunfo era total y espléndido! No se oía ni una mosca.

Deseoso de felicitar al maestro y a los discípulos, penetro en el interior y... ¡qué cuadro! Los chiquitos inmóviles, con sus brazos

cruzados, los ojos entornados por la modorra, las caras comidas de moscas y embargados los sentidos por una especie de vapor que daba a la clase el aspecto de un *velatorio*, en que, por cierto, no faltaban ni las velas —bien brillaban cabe las fosas nasales de los adormilados *velantes*!— ni el muerto, que allí estaban de cuerpo presente la alegría infantil, la atención intelectual y la pedagogía...

¿Qué había pasado?

Que el maestro se había impuesto por el terror; éste trajo, sí, el silencio, pero el *silencio del miedo* primero, del *aburrimiento* después, de la *paralización idiota*, del *sueño* por último...

Ved aquí dos extremos viciosos representados en esos dos maestros: el del gusto sin silencio y el del silencio sin gusto. Ni uno ni otro enseñarán nunca nada. Les falta siempre la atención.

¿Cómo obtener la virtud del buen término medio? ¿Cómo conseguir que los niños, aun los más revoltosos, guarden silencio y estén a gusto?

Porque sólo así, no lo olvidemos, abrirán la boca de su atención y comerán el pasto de nuestra doctrina.

Pero, y éste si que es un señor pero, ¿quién le pone los cascabeles al gato? ¿Quién es el mago o cuál la varita de virtud que logre reunir en una misma retorta ingredientes tan incompatibles y heterogéneos?

¿Un niño, y por añadidura andaluz, callado y alegre? ¿Agradable en silencio?

Yo evocaría las caras ceñudas y cansadas de todos los pedagogos nacidos y... por nacer, y todas, una a una, me irían confesando en el más desalentado de los tonos las derrotas y revolcones sufridos y los fracasos ga, nados en la busca o en la realización de la consabida receta.

INDUSTRIAS PARA GANAR ATENCIÓN:

HABLAR CON LA BOCA CERRADA

¡Dientes tapados!

—Lo primero que os pido (hablo ya con mi infantil auditorio), lo primerito que os pido es que... os tapéis los dientes. ¡Ni uno quiero ver! (Movimiento súbito y, unánime de taparse la boca con la mano). No; con la mano, no, sino con los mismos labios...

Y como al fin y al cabo, son niños andaluces y como tales exagerados, hay que ver los estirones de labios y muecas de caras de los unos, apretamientos de boca y hasta los ojos de otros; de tal Modo que instantáneamente quedan todos los dientes tapados y un silencio encantador, que era lo que se buscaba, reinando por dos ámbitos de la iglesia.

—¡Ajajá! ¡Qué obedientes y qué listos son los niños de este pueblo! Ahora, hasta que yo avise, no me respondereis más que con la cabeza, con los ojos o con las manos; cuando yo quiera oír la voz de alguno, ya lo mandaré.

(Esta treta me vale por *diez minutos*, ¡no más!, de silencio y atención, que son muy preciosos para lograr ponernos en comunicación pedagógica y dejarlos interesados en la explicación restante)[4].

El ángel y el diablillo.

Cuando veo o temo que se van cansando de la *tirantez de labios*: les propongo esta cuestión:

—Yo quisiera saber quién es la niña más buena y el niño más malo, porque necesito nn *ángel* y un *demonio*, y, aunque ya por la cara y por los ojillos de cada uno de vosotros sacaría yo quiénes

---

[4] Nota.— Será útil leer «Métodos de enseñar el Catecismo», «El problema de la atención», «Una lección práctica de Catecismo por el método intuitivo», «Indicaciones útiles», de mi librillo «Lo que puede un cura hoy», 6ª edición.

eran la más buena y el más malo, quiero que seais vosotros los que señaleis; pero ¡cuidado con los dientes! ¡No vale hablar, sino señalar con las manos o con los ojos!

La escena más graciosa y movida se presenta en este momento; cientos de manitas levantadas y cientos de codos que empujan y de ojos centelleantes que sé abren y guiñan, y hasta de pies en giros vertiginosos, dicen más y mejor que el más elocuente discurso.

¡Aquello es una gran batalla en el más pintoresco silencio! Miro y remiro en todas direcciones y, como Convencido por sus indicaciones, escojo a la niña de mirada más inteligente y aire más tranquilo, la nombro *ángel de la guarda* y la hago sentar a mi derecha.

No es tan fácil y llana la *elección del diablillo*, pues ninguno de los asistentes se conforma con ser el más malo de la concurrencia; pero escojo al de cara más traviesa y al que en los diez minutos anteriores ha dado más empujones a sus compañeros y lo halago haciéndole saber que va a ser diablillo y no *diablo*, y esto por una hora y sólo de *mentirijillas*.

Lo siento a mi izquierda, y por lo pronto el orden gana perdiendo un *enemigo*, y... ¡qué bien hacen su papel de ángel y de diablillo, y qué interés prestan a mi lección de Catecismo!

Varios oficios.

Les asigno, unos activos y otros pasivos.

Para los primeros, les hago aprender *su cara*, y es cosa que entretiene y emboba a los pequeñuelos ver este aprendizaje.

—Y como quedé con vosotros que, más que reglas o teorías, os iba a dar prácticas de enseñanza de Catecismo, voy a lo prometido. Vamos a ver, ángel de mi guarda; tú siempre no tendrás puesta la misma cara. Como yo unas veces soy bueno, otras malo y otras... entreverado, tú pondrás la cara según te la hagan poner Mis obras, ¿no es verdad? Así que, cuando yo hago una cosa muy buena, por ejemplo, no enfadarme cuando tenga mucha gana, o me dan

mucho motivo, o doy una limosna a un pobre muy antipático con muy buen modo, ¿cómo pondrás tu cara? Di.

Y ¡son de ver las caritas de mis *ángeles*! Unas, con timidez, las menos; otras, con las solturas de un *ángel* viejo y con la gracia del buen ángel de la tierra, me son: den, me tiran un besito con la punta de los dedos, y hasta én el desbordamiento de su alegria *angélica* casi dan los primeros saltos de un fandango en toda regIa...

Sigue después d ensayo de la cara triste (el pañuelo, las manos en los ojos, los pucherillos de la boca etc. etc.), y de la cara medrosa o fastidiada para mis obras malas o en peligro de serlo.

A este tenor, aunque por motivos opuestos, ensayo también la cara del diablillo, buena; si soy malo; desesperada, si bueno, y triste y recelosa, si me inclino más al ángel que a él.

Ni que decir tiene que estos ensayos, en los que se van diez o quince minutos y todos los que se quieran, además de ser lección perfecta, porque se hacen sobre ejemplos y observaciones que voy poniendo, son una delicia para los chicos, que ante las distintas caras y variadísimos visajes de mis ángeles rien como benditos y... aprenden sin sentir y sin peligro de que se les borre a ellos ni a sus familias.

¡Y que no se comenta luego y se remeda por la casas del pueblo la cara que puso bikini o Fulanilla y ylo que dijo el *Obispo* y *el langue* y lo que el diablillo se *enfurruñó* o el angelito se alegró, etc., etc.!

A las veces, sólo con esta inocente industria se nos pasa la hora sin damos cuenta.

He aquí un medio de repasar todo el Catecismo, convertido en vida práctica cristiana. Así les digo, por ejemplo: fijaos bien el modo cómo voy a persignarme a ver a quien le toca ponerse triste y contento; y unas veces me persigno muy mal y *mi* ángel se pone triste y mi demonio *baila* de gusto; otras me persigno bien, y se cambian las caras, y lo mismo hago con la recitación de oraciones,

y poniendo casos de cumplimiento de Mandamientos y parecidamente de las demás partes de la Doctrina.

Otros oficios de *mi* ángel y *mi* diablo.

Y estos son los que he llamado pasivos: el representar e inculcar de este modo la idea fundamental, cristiana, de la presencia y asistencia de Dios a nuestra vida, no sólo como juez severo y fiscalizador de cada torpeza o miseria nuestra, sino principalmente como Providencia paternal nuestra, que por medio de su Angel de nuestra guarda, está siempre a nuestro lado para sostenemos, defendemos y conducimos al cielo.

Sírveme también este gráfico para mantener muy dentro del alma de los niños la devoción, reverenda e intimidad para con el Angel de la guarda y el horror y la cautela contra el demonio, así como para hacerles entender la parte de uno y otro en las tentaciones.

Con lo dicho y con lo que el ingenio de cada cual sugiere, aumente o cambie, doy por explicada esta sencillísima, al par que fructuosa, industria para comprar atención de pequeñuelos, que diz es de lo más caro y raro que se vende en los mercados infantiles.

CUENTOS DE COYUNTURA REPRESENTADOS AL VIVO

DE MI LECCIÓN PRÁCTICA DE CATECISMO EN EL CONGRESO CATEQUÍSTICO DE VALLADOLID

Llamado por la bondad de aquel venerado y querido Cardenal Cos a dar unas lecciones prácticas de Catecismo en aquel memorable y fecundo Congreso, quiero copiar este ensayo que hice allí con niños castellanos.

(HABLO A LOS NIÑOS)

¿Sabeis lo que acaba de pasarme?

Venía yo para esta Iglesia, y, como es natural, venía pensando en vosotros, cuando de pronto me topo con un diablejo más tiznado que el cisco picón y con más cuernos que un venado y, sin más ni más, me dice:

— Yo también voy al Catecismo de San Miguel. —La falta que tu harás allí que me la claven en la frente — le contesté yo.

— Sí, sí; yo siempre voy a todos los catecismos, y por cierto que no voy solo, que llevo conmigo unos cuantos sobrinitos de mi real tiznada familia que me sirven de cuadrilla.

Y mientras ésto me decía, iban saliendo, como de entre las piedras del suelo, otros diablejos tan feos como su tío, y tan apañados como él para darle un susto al miedo:

— ¿Y cómo se llaman los sobrinitos da la cuadrilla? —le pregunté yo, con más ganas de echar a correr que de aguantar aquella indigesta compañía.

— Mira —me replicó el tío de los cuernos—, éste se llama el domonio de la *Distracción*, éste el de la *Bulla* (¡y qué ruido venía armando!), ése el de los *Malos pensamientos* y aquél el de la *Desobediencia*; con esta gente me meto en cualquier catecismo y ino es nada la que armol Ningún niño atiende a las explicaciones; todos hablan y refriegan los pies por el suelo para armar mido, se ponen a pensar maneras de hacer daño a los compañeros, y si el Cura manda que se callen, ni le escuchan ni le hacen caso. ¡Valiente zafarrancho vamos a armar en el Catecismo de San Miguel! ¡Vamos, sobrinitos míos, vamos de prisa a dar la corrida!

Eché a correr yo también para tomarle la delantera al *tiznado* y poneros en guardia contra él, cuando, de manos a boca, me encuentro con un grupito de ángeles, vestiditos de blanco, con las caritas y las manos muy limpias y una sonrisita más dulce y unos modos más agradables; mirad, se parecían a esta niña chiquita que está aquí junto a mí, con sus bracitos cruzados, oyéndome con mucha atención..., esta niña... (mostrándola) así eran los ángeles que me encontré (todos miran con un palmo de ojos). ¿Pues sabeis

a dónde iban aquellos angelitos tan bonitos? Aquí; al Catecismo de San Miguel; venían, según me dijeron, a darles una paliza a los diablejos aquellos y a defenderos a vosotros. ¿Sabeis cómo se llamaban?

—Uno se llamaba el *Angel de la Atención*, otro el *Angel del Silencio*, otro el *Angel de los Buenos pensamientos* y el otro el *Angel de la Docilidad*.

¡Vaya si eran bonitos!

A lo vivo.

Y como, tanto los demonios como los ángeles, son espíritu y no se ven con los ojos de la cara aunque estén a dos dedos de uno, vais a representarlos a lo vivo para que os entereis bien de los amigos y de los enemigos invisibles que os están acompañando aquí.

Conque vamos a ver si hay entre los niños quien se atreva a hacer de diablillo aunque no sea más que por cinco minutos.

¡Cuidado, que son diablillos de *mentirijillas*! Serlo de verdad, ¡ni un segundo, hijos míos! ¡Y hay tantos niños que son diablos no un segundo sino muchos segundos y muchos minutos, muchas horas y muchos días..!

¡Maldito el pecado mortal que hace a los niños diablos!

¡Conque vengan cuatro diablillos de mentirijillas!

(Se me acercan los cuatro que señalo en medio de la expectación regocijada de todos los demás niños, y les distribuyo oficio).

Tú vas a ser el *diablo de la Distracción*. Pones las manos atrás y meneas mucho la cabeza mirando a todas partes sin fijarte en ninguna.

Tú serás el *diablo de la Bulla*. Tú oficio será refregar, arrastrar mucho los, pies por el suelo, sobre todo si este es de madera, tirar los bancos para que armen ruido y hacer con la boca hueca: *juun, juun, juun*...

Tú, el de los *Malos pensamientos*, pones los dedos tiesos sobre la cabeza de los niños, como si los fueras a a arañar.

Y tú el de la *Desobediencia*; vas con la cabeza muy levantada, y de cuando en cuando subes la mano derecha, con el dedo gordo tieso, hasta el hombro, diciendo: ime importa un comino!

Y ahora.

¡Cuatro ángeles! digo a las niñas.

Y escojo a cuatro de las más chiquitas, vestidas de blanco y les doy su *papel*.

Tú, el *Angel del Silencio*; te pones el dedo sobre los labios.

Tú, el *Angel de los buenos pensamientos*; pasas por entre los niños levantando las manos hacia el cielo y bajándolas sobre las cabezas sin tocarlas.

Y tú, el *Angel de la Docilidad*; vas con los bracitos cruzados y la cabecita baja, como diciendo: aquí hay que hacer lo que se mande.

Y ahora, ¡en marcha!

Angeles del Señor, salid a acompañar a estos niños en esta hora del Catecismo; corred, corred mucho, que los demonios vienende camino a meter, la pata y el cuerno en esta obra tan buena.

¿Qué regalos traes a estos niños?

— Yo, la atención.

Muy bien, para que se enteren de todo lo que se les enseñe.

— Yo, el silencio.

Perfectamente, así no tendré que ponerme ronco de tanto gritar como algunas veces.

— Yo, los buenos pensamientos.

Ajajá; mientras yo hablo por fuera, el Señor irá hablando por dentro.

—Y yo la docilidad.

Eso es, para obedecer fielmente todo lo que aquí se manda.

Mirad, mirad, niños, cuántas cosas buenas os traen los Angeles del Señor.

Ea, corred al Catecismo que ya me está dando en la nariz el tufillo a azufre de los diablillos.

Bajan de la plataforma los ángeles improvisados, e internándose por entre las filas de los niños, van haciendo su *papel*, por cierto con naturalidad y gracia.

Los alumnos exteriorizan su alegría y su atención con sus sonrisas que me dicen que se van enterando…

¡Los diablos!

¡Que ya van! Mis diablillos, tan simpáticos como inquietos, tienen unas ganas atroces de entrar en faena y al grito mío intentan correr hacia sus *víctimas* dispuestos a hacer una… diablura.

Hijos míos, los diablos están al llegar, y yo antes quiero enseñaros a matarlos.

¿Sabéis cómo se mata un mosquito?

A ver, ¿cómo se mata un mosquito que anda silbando Off alrededor de la cara?

Los niños, que ya han entrado en el sistema de hacerlo todo a lo vivo, se dan sonoras palmadas en la cara, que les hacen reír a todo lo largo.

¿Y un toro? ¿Cómo se mata a un toro? ¿Hay por aquí algún torero? Y contra lo que yo esperaba de aquellos serios castellanitos, surgieron a montones los discípulos de Cúchares brindándose a lucir sus conocimientos en el arte.

Di la alternativa al que me pareció que respiraba más aire taurómaco — ¡y vamos a ver cómo se mata un toro!

Y con un desparpajo singular comenzó a dar pases altos, bajos y en todas las direcciones al aire hasta que a mi indicación se lió el capote hipotético y se arrancó a matar tan en serio, que por poco no mete el puño que le servía de espada en la misma boca abierta de uno de los pequeños espectadores.

Después de una buena ración de «bravos» al precoz espada, vuelvo a mi cuento.

—Bueno, ya veo que sabéis matar desde un mosquito hasta un toro; a ver si sabéis matar al diablo, que es un bicho con más cuernos y más mala intención que un toro de Miura.

¿Cómo se mata al demonio y se le deja patitieso? Y con una unanimidad que honra la instrucción de aquellos chicuelos, me responden:

— ¡Haciendo la señal de la cruz!

Muy bien, muy requetebien; con la señal de la cruz se mata a todos los demonios habidos y por haber; pero que no se olvide que tiene que ser con la Cruz *bien hecha*.

¿A que no sabéis de cuántas maneras hacen los cristianos la señal de la cruz? Yo os lo voy a enseñar.

Hay cristianos que se persignan *picando* su cara: son esos que se persignan con el puño cerrado y el pulgar tieso y como pinchándose la cara y el pecho.

Hay otros que se persignan pasándose de muleta: son los que con toda la mano abierta se hacen unos cuantos garabatos delantede la cara.

Y los hay que se persignan matando de verdad al bicho negro, que son los que se persignan como enseña la Doctrina.

Conque ¡preparen las armas! que los diablos van para allá y hay que meterles el resuello para adentro.

(Empujo a los diablejos, y haciendo cada cual su papel, van a meterse entre las filas de los niños).

¡El enemigo está encima! ¡De pie todos! ¡Apunten! ¡Fuego!

Y todos los niños, con voz enérgica, la mano derecha colocada en la frente, la mirada radiante de triunfo dicen a una:

Por la señal de la Santa Cruz... en tanto que los diablillos caen redondos al suelo haciendo deliciosamente el papel de demonio vencido y muerto por la Santa Cruz...

Acto tan sencillamente ejecutado emocionó tanto a los Congresistas, que no pudieron sustraerse a dar un aplauso cerrado a la victoria de la Santa Cruz sobre el demonio.

Cantose una coplilla al Corazón de Jesús para celebrar el triunfo, dar descanso y cambiar de ocupación.

JUEGOS PEDAGÓGICOS CATEQUÉTICOS

PERSONIFICAR EN LOS NIÑOS MANDAMIENTOS, VIRTUDES, VICIOS, ETC. Y HACERLES REPRESENTAR SU PAPEL.

Encuéntrome ante un auditorio de unos doscientos chaveítas masculinos y femeninos, rodeado de una regular muchedumbre de personas mayores, atraídas por la curiosidad de oír y ver al Obispo enseñar Doctrina, y pongo en práctica el siguiente procedimiento para interesar a grandes y chicos, dejándoles bien arraigado en la memoria y en el corazón el tercer Mandamiento, harto desconocido, olvidado y pisoteado por los cristianos.

Comienzo por recordar sumariamente los Mandamientos y hacerlos decir aisladamente y en coro, me fijo después en el tercero, y empieza mi juego.

—Necesito un niño que *haga de Dios*, una niña que *haga de Iglesia*.

De entre la multitud de ofrecimientos, que al punto y a gritos me hacen, escojo los que me parecen más listos.

— Ahora necesito cinco niñas buenas más y cinco niños malos...

Alboroto de ofrecimientos en los bancos de ellas y silencio sepulcral en los de ellos.

Diciéndoles que no van a ser malos más que de *mentirijillas*, y por un ratito, obtengo los seis niños, que coloco a mi izquierda, y a las cinco niñas, que con *Dios* y la *Iglesia*, se ponen a la derecha.

Con un interés por momentos creciente de parte de mi auditorio, comienzo a distribuir oficios.

Digo al primero de la cuadrilla izquierda:

— Tú eres el *demonio de la Profanación de las fiestas*; y estos cinco son tus regalos: tú te llamas *Microbio*; tú, *Botica*; tú, *Taberna*; tú; *Huelga*, y tú, *Infierno*. A las niñas de la derecha asigno el oficio de regalos de la *Santificación de las Fiestas*.

Una se llama *Pan,* otra, *Paz*, otra, *Salud*, otra *Progreso* y otra *Cielo*.

Después explico el oficio de cada uno.

Pregunto a *Dios*:

— ¿Cuántas cosas has mandado hacer a los hombres?

— ¿Qué has mandado hacer en tercer lugar?

— Pero, ¿tú hablas con los hombres como las demás perscalas con palabras que se oigan?

—Entonces, ¿cómo vamos a saber lo que tú quieres y mandas? ¿No te has hecho una boca para hablar con nosotros? ¿Cuál será la boca de Dios en la tierra? La Iglesia, ¿verdad?

De modo que tú, Iglesia, hablas de lo que te dice Dios, y oyéndote a ti se oye a...

Así que para saber cómo hay que santificar las fiestas de Dios ¿a quién se lo preguntaremos? ¿Y cómo dice la Iglesia que se santifican las fiestas? ¿En qué mandamiento tuyo? ¿Y qué dices tú, Iglesia, que dará Dios a los que santifiquen sus fiestas oyendo Misa

entera y no trabajando en las obras prohibidas? Pregunto a la primera niña:

Tú te llamas *Pan*, ¿verdad? ¿Y cómo da Dios pan o medios abundantes para comprarlo a los que santifican las fiestas? Y pausadamente sigo preguntando a los otros Regalos de la santificación, metiendo en mi pregunta el cómo y el por qué Dios hace que al que santifique sus fiestas no le falte el pan de la semana, la *paz* de su alma y de su casa, la *salud* de su cuerpo para seguir trabajando en los demás días, el verdadero progreso que tiene que resultar del equilibrio entre el trabajo y el descanso y entre los cuidados del cuerpo y la solicitud por el alma que proporciona este precepto y por añadidúra la gimió: Dirigiéndome después a la izquierda pregunto al *Demonio de la profanación* qué achaques y pretextos pone en el oído y en la voluntad de los hombres para que no oigan Misa, o la oigan mal o a medias y trabajen o hagan trabajar las fiestas y con qué regalos obsequia a sus *favorecedores*; y entre él, los de su cuadrilla y yo vamos diciendo los achaques y pretextos de la pereza, avaricia, indiferencia, impiedad, etc., y los regalos que les hace hasta dejar tan claro como el sol que el dinero que se gana profanando fiestas se pierde en las *plagas* de los campos, en la *botica* (por enfermedades de exceso de trabajo), en la *taberna*, que es donde santifican las fiestas del demonio los que profanan las de Dios, en las *huelgas* o desequilibrios económicos que produce el trabajar sin descansar y el constante olvido de Dios y del alma y, por último, el *infierno*...

Para hacer el resumen del cuadro, tomo un niño y lo coloco entre las dos filas, y le pregunto: Si haces caso de los de la derecha, ¿a quién das gusto? A Dios. — ¿A quién oyes y obedeces? —A la Iglesia. Después pregunto a todos: ¿Qué hay que hacer los domingos y días de fiesta para tener contento al Señor y obedecer a Nuestra Madre la Iglesia? Oír Misa entera y no trabajar. ¿Qué te regalará el Señor? Que se pongan alrededor de estos niños los regalos de la *Santificación de las Fiestas* y que digan lo que les dan...

¿Y si te vas por la izquierda?

Preguntas parecidas y una coplita.

Y asegurándote, lector amable, que sin fatigas, ni cansancios y con interés y gusto se nos ha pasado nada menos que una hora, y creo que no en balde.

OTROS JUEGOS SOBRE EL TERCER MANDAMIENTO

Como lo que a los niños cansa hasta el aburrimiento y quita la atención es la inmovilidad corporal, a la que se les condena al explicarles cualquier lección, sigo sugiriendo procedimientos que rompan esa sostenida inmovilidad y alejen sus desastrosos efectos.

En el juego anterior convertíamos a los chaveítas oyentes en personajes y personillas que hablaban, gesticulaban y se movían como representantes de los autores de la Santificación y de la Profanación de las fiestas. (Dios hablando por su boca, que es la Iglesia, y el Demonio) y de las resultas de una y otra acción.

El *principal motivo de la Santificación de las fiestas* puede explicarlo hasta la evidencia el juego de los *siete días* de la semana; diciendo cada uno de los del trabajo *lo que nos da* de parte de Dios y el festivo lo que nos pide en agradecimiento.

Esto quiere decir que hay que escoger a siete niños y bautizar a uno con el nombre de Lunes, a otro con el de Martes, y así hasta con el Domingo o día de fiesta.

Los seis días feriados (o sean los personajillos que los representan) se colocan formando un semicírculo, en cuyo centro queda el Domingo. Se escoge a otros dos niños que vayan pasando por los días de la semana, o sean, los representantes de los que andamos por la vida.

El interrogatorio

Puestos los niños delante del *Lunes*, pregunto en nombre de los dos:

— ¿Tú quién eres?

— El lunes.
— ¿Quién te trae al mundo?
— Dios.
— ¿Cuántas horas de vida te ha señalado?
— Veinticuatro.
— ¿Y cuántas medias horas?
— Cuarenta y ocho.
— ¿Y cuántos minutos?
(Ajustamos entre todos la cuenta 60 x 24)
— 1440 minutos.
— ¿Y qué te ha encargado Padre Dios que hagas o des en cada uno de esos minutos...?

Ahora ¡todos! vamos a contar las cosas que nos da Dios en cada minuto de un día, la ver a quién se le ocurre más cosas.

— ¡El aire! ¡EL agua! ¡El pan! ¡La salud! ¡La ropa! ¡El cuarto para vivid la familia! ¡Trabajol ¡Buenos pensamientos! ¡Su providencia! ¡El Sagrario!.. (En el último pueblecito en que propuse este juego, un ciudadanillo gritó en este concierto de cosas buenas: el *arró* con leche y las *natiya*).

Aquí se puede apretar cuanto se quiera, pues despertados la atención y el interés, los niños adelgazan hasta lo inconcebible.

— De modo que ¿cuántas cosas buenas da el Corazón de Jesús a estos dos niños por cada minuto del Lunes?

— ¡Tantas! (Las que hayan salido).

Y como el día, dijimos, que tenía mil cuatrocientos cuarenta minutos, ¿cuántas cosas buenas da al cabo del día este señor Lunes de parte de Dios? Nuevo ajuste de cuentas y comentario a la suma total).

— Pues ¡vaya si eres dadivoso tú, amigo Lunes! O mejor dicho, ¡cuidado si es bueno y rumboso el Corazón de Jesús, que solamente en un día da tantas cosas buenas a sus hijos!

— Oye, Lunes, ¿y te ha dicho Padre Dios lo que tienen que pagarte los hombres por todas esas cosas buenas que les traes? ¿Tendrán que dar algún dinero, alguna limosna, ir a la Iglesia…?

No, el Señor ha sido tan generoso que no se ha acordado más que de darnos cosas, se contenta con que no seamos malos y con que nos acordemos de Él siquiera al levantarnos y al acostarnos. ¿Y tú, Martes? Se hace sumariamente una relación parecida a la del Lunes.

¿Y tú, Miércoles… Jueves… Viernes… Sábado…?

De modo que ¿cuántas cosas buenas ha dado el Corazón de Jesús en los seis días de la semana…?

Cada día fueron… seis por… a ¡…! ¡Cuánto rumbo! ¡Qué generosidad! Y mientras tanto el Señor sin exigir nada en pago. A ver tú, Domingo, o día del Señor, ¿tú traes algún mandato de parte de Dios para que los hombres puedan pagarle tanto agradecimiento como le deben? ¿Qué mandas tú en nombre de Dios?

— Mando que se santifiquen las fiestas.
— ¿Cómo?
— Oyendo misa y descansando.
— ¿Cuánto tiempo se echa en una misa?
— Media hora.
— De modo que, en resumidas cuentas, lo que pide Dios para Él es media hora, ¿verdad? Porque las otras cuarenta y siete nos las regala para descanso de nuestro cuerpo y recreo e instrucción de nuestra alma; vamos a ver, ¿es mucho lo que pide o poco?
— ¿Cuántas horas nos da el día?
— Veinticuatro.
— ¿Y medias horas?
— Cuarenta y ocho.

— ¿Y cuántas medias horas nos da a la semana?
— Trescientas treinta y seis medias horas.
— Y después de darnos el Corazón de Jesús trescientas treinta y seis medias horas cada semana y tantas cosas buenas en cada una, ¿será Pedir mucho iuna! para El?
— ¿Cómo merecen llamarse los que no le dan esa media hora?

Aquí los chaveas, rebosantes de evidencia y de razón, se despachan a su gusto contra los transgresores del tercer Mandamiento.

Un Padrenuestro ante el Sagrario, o mirando hacia él, de arrepentimiento de las faltas propias contra este Mandamiento, desagravios de las ajenas y propósitos de la enmienda y un beso muy fuerte hacia allá con una cophta, mientras salen de la iglesia...

JUEGOS CATEQUÍSTICOS EN FORMA DE CASOS

El caso de luanico

Propuse el siguiente caso en mi Catecismo de Huelva:

«Juanico era un muchacho de doce años. Su padre, mal aconsejado por los malos periódicos y los malos amigos, no había querido bautizarlo; su madre era buena cristiana y rezaba por la conversión del padre y por el bautismo del hijo: Juanico entró en la Escuela del Corazón de Jesús porque a su padre le habían dicho que allí enseñaban muchas cosas bonitas y que lo hacían a uno sabio. Juanico no dijo al maestro que no estaba bautizado, y cuando estuvo preparado confesaba y comulgaba con los demás niños».

Un día se enteró un compañero, que se llamaba Joseliyo, de que no estaba bautizado y le dice a Juanico:

— Oye, ¿tú por qué no te bautizas? ¿No te da pena de estar moro? Y Juanico se puso muy colorado y le dijo: No se lo digas al Maestro, no me vaya a echar del Colegio.

Joseliyo le dijo que no le echarían y se puso a explicarle lo bueno ciñe era ser cristiano.

Juanico dice: Bueno, yo me bautizaría, pero como mi padre no quiere, yo debo obedecerle.

Joseliyo le aprieta y le da más razones, y Juanico, que tenía, como su padre, muy mal genio, le da una bofetada que lo tiró al suelo.

Joseliyo se levanta con la cara señalada y las rodillas echando sangre de la caída y le dice:

— Bueno, para que veas lo que vale ser cristiano yo te perdono y te vuelvo a pedir que te bautices. Entonces Juanico, al ver la generosidad de su amigo, se echó'a llorar y le dijo: Yo quiero ser cristiano como tú, para ser tan bueno como tú eres.

Se fue a su casa y le contó a su padre, todavía llorando, lo que le había pasado con Joseliyo.

Cuando acabó de hablar, el padre disimulando las lágrimas le dijo: Sí, hijo mío, yo también quiero que te bautices. Y después dijo a su mujer: Tus oraciones han salvado a tu hijo y a mí.

— Virtudes, vicios, pecados, comparaciones con cosas del Evangelio, obras de misericordia, bienaventuranzas que hay en este caso. —

Más de 80 respuestas

he recibido ¡y bien disfrutarían los lectores hojeando estos papeles! Y lo que sobre todo les agradaría, sería la abundancia de comparaciones con casos del Evangelio.

¡Qué bien se van enterando mis chiquillos del Evangelio!

La angustia del papel no me permitirá publicar más que una sola respuesta sabrosa entre las sabrosas que recibí.

La respuesta

Allá va la respuesta que sacó más cosas del *Caso de Juanico,* y certifico que es auténtica.

Y aunque es larguilla, la copio en la seguirdad de que agradará a los lectores ver esa buena muestra de talento catequístico de un niño.

EXPLICACIÓN DEL CASO

Virtudes que aquí hay

Su madre cuando rezaba, cumplía con las tres virtuudes: primera, Fe, porque creía que Dios haría cristiano a su marido y a su hijo; Esperanza porque esperaba de Dios esta gracia. y Caridad porque lo hacía por el prójimo; la Caridad, cuando después de haber herido Juanico a Joseliyo, éste le perdonó; la Prudencia, porque en vez de Joseliyo devolverle la bofetada, se contuvo; la Fortaleza en la madre que era fuerte y no desmayaba nunca pidiendo la conversión de su marido e hijo; la Templanza porque cuando Juanico vió al otro herido y le perdonó, refrenó sus malas costumbres. La Fe, porque creyeron en la Religión Católica. (Total, 8).

Los vicios que aquí hay, son:

La soberbia de Juanico cuando dijo: «yo me bautizaría, pero como mi padre no quiere, yo debo obedecerle», pero no sabía que hay que obedecer a Dios antes que al padre. La soberbia de Juanico cuando le dió la bofetada a Joseliyo. La soberbia del padre que hacía lo que leía en los *periodicuchos* y no quiso bautizar a Juanico. La ira que le nació a Juanico cuando Joseliyo le apretó más sobre el bautismo. La envidia que le tomó Juanico a Joseliyo cuándo éste le daba razones para que se bautizara. La pereza que tuvo el padre de Juanico en no bautizarlo cuando nació. La pereza que tuvo Juanico en decirle a su padre lo bueno que era ser cristiano, para que lo bautizara. (Total, 7).

Las virtudes que aquí hay en contra de los pecados, son:

La Humildad que tuvo Joseliyo cuando le dio Juanico la bofetada y se quedó callado. La Paciencia de la madre que no cesaba de pedir a Dios por sus gentes. La Paciencia de Joseliyo cuando viendo la ira de Juanico siguió poniéndole razones. La Caridad de Joseliyo cuando después que Juanico le dio la bofetada, le perdenó. La Caridad de Joseliyo que no dijo al maestro que Juanico no estaba bautizado, para que no le echara de la escuela. La Paciencia que tuvo Juanico para estar tanto tiempo sin decirle al maestro que no estaba bautizado. La Paciencia (3) que tuvo, el padre para tener tanto tiempo a su hijo sin bautizar. (Total, 7).

Los pecados son:

La desobediencia del padre a Dios cuando no lo amaba leyendo los periódicos prohibidos. La desobediencia de Juanico para con Dios, que teniendo que obedecer a Dios antes que a su padre, obedeció a su padre antes que a Dios. El mal proceder del padre no queriendo bautizar a su hijo, cosa que Dios quiere que se haga para la salvación eterna. Cuando Juanico le dió la bofetada a Joseliyo faltaba al 5° Mandamiento. Cuando Juanico le debió haber dicho al maestro que no estaba bautizado, y no se lo dijo, y por último, el sacrilegio que cometía comulgando en pecado mortal y original, que es un compendio de todos los pecados y vale por siete pecados capitales, que a la vez son mortales. (Total, 12)

Las obras de misericordia son:

Espirituales; cuando Joseliyo le explica a Juanico lo bueno que es ser cristiano, cumplía con la primera obra de misericodm. que dice: «Enseñar al que no sabe.» Cuando Joseliyo le decía que se bautizara, cumplía con la segunda, que dice: «Dar buen consejo al que lo ha de menester.* Cuando Juanico le dijo a Joseliyo que no le dijera al maestro que no estaba bautizado y éste le dijo que n'o lo echaba, cumplía con la tercera, que es «Corregir al que yerra.»

Cuando después que Juanico le dió la bofetada a Joseliyo y éste le perdonó, cumplía con la cuarta que dice: (Perdonar las injurias.» Cuando Joseliyo se contuvo y no le dió, otra bofetada a Juanico, cumplió con la sextarque es; «Sufrir con paciencia las flaquezas y adversidades de nuestros prójimos.» Cuando la madre. Rogaba por su marido e hijo, cumplía con la séptima, que dice: «Rogad a Dios por las vivos y los muertos (Total, 61)

Las bienaventuranzas son:

Cuando Juanico le dió la bofetada a Joseliyo y éste se quedó quieto, cumplía con la segunda, que es: «Los mansos, porque ellos poseerán la tierra.» Cuando Joseliyo era piadoso con Juanico, cumplía con la quinta, que es: «Los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». Como la madre era buena cristiana y nunca tenía pecados cumplía con la sexta, que dice: «Los limpios de corazón; porque ellos verán a Dios:» Cuando Joseliyo perdonaba a Juanico y le daba consejos, cumplía con la sexta que es: «Los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.» (Total, 6.)

Comparaciones con cosas del Evangelio

1° Así como cuando fueron los ángeles a darle buena nueva a los pastores de que había nacido el Salvador del mundo, así Juanico llorando, fue a su padre y le dió la nueva de que quería ser cristiano.

2° Se parece Joseliyo cuando le predicaba el bautismo a Juanico, a San Juan Bautista cuando iba por la ribera del Jordán predicando el bautismo de penitencia.

3° Cuando Joseliyo le daba instrucciones a Juanico, se parecía al Señor cuando le daba intrucciones a Nicodemus acerca del bautismo.

4° Cuando Joseliyo curó el mal del alma o sea el pecado original por medio del bautismo, se parece cuando Jesucristo curaba a cualquier enfermo.

5º Se parece a la pesca milagrosa la salvación de las almas de Juanico y su padre, porque éstas fueron salvadas por el milagro que hizo N. S. J.

6° Se parece Juanico, cuando no le quería decir al maestro que no estaba bautizado, a N. S. J. cuando curaba uno y le decía que no lo dijera a nadie (?).

7° Cuando Joseliyo tenía tanta Fe en querer bautizar a Juanico dándole razones y perdonándole la bofetada, se parecía a los que llevaban al paralitico que aunque vieron la casa llena, no desmayaron y lo subieron por el tejado.

8° Se parece el bautismo a la piscina probática, que para la curación del alma en uno y el cuerpo en el otro necesitaba la influencia del agua.

9° Se parece este caso al sermón de la montaña, porque habla de las bienaventuranzas.

10º Cuando Joseliyo se cargó la bofetada, se parece a los que por creer en Dios son perseguidos, porque Joselillo se la cargó por causa de Dios.

11º Cuando Joseliyo le perdonó la bofetada a Juanico, se parece cuando el Señor, en la oración dominical dijo: «Si no perdonáreis a vuestros deudores, vosotros tampoco seréis perdonados.»

12º Cuando Joseliyo trabajaba para que Juanico se bautizara, se parece cuando el Señor dijo de los bienes materiales, «Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, porque donde está tu tesoro allí está tu corazón».

13º Cuando la madre no se cansaba de orar, se parecía al Centurión, que primero por los servidores; después, por los amigos, por último, él mismo, fueron a pedirle a N. S. J. la curación de su criado.

14º La madre se parece a la viuda de Naín; porque ésta era materialmente viuda y de muerte material murió su hijo, pero la

otra era viuda, porque tenía a Su marido muerto espiritualmente y a su hijo lo mismo porque estaban en pecado mortal.

15º Cuando Joseliyo le explicó el bautismo, se parece al sembrador cuando siembra en buena tierra y da doble fruto.

16º Cuando calmó el furor de Juanico y Joseliyo perdonándolo, se parece a N. S. J. cuando calmó la tempestad ahora que una es tempestad del mar y la otra es del corazón.

17º Cuando el padre teniendo a su hijo en la Escuela del Corazón de Jesús y siendo su mujer buena cristiana no se refrenaba con las malas pasiones, se parece al energúmeno, que ni con cadenas podían aguantarlo.

18º Cuando Idseliyo le perdonó a Juanico, se parece al Señor cuando puso la mano sobre la hija de Jairo y la resucitó de la muerte natural y Joseliyo espiritual

19º Cuando Joseliyo se levantó del suelo con las rodillas echándole sangre, se parece al Señor cuando se levantaba con la cruz, echando sangre por las rodillas.

20º Cuando Joseliyo le dijo a Juanico: «Yo te pardono», se parece a Jesucristo cuando estaba crucificado y dijo: «Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen».

21º Cuando Juanico le dió la bofetada a Joseliyo, se parece al criado de Caifás cuando le dió la bofetada a Jesucristo.

22º Cuando después de darle la bofetada a Joseliyo, Juanico se arrepintió, se parece a Judas ¿? que se arrepintió después de haber traicionado a Jesucristo.

23º Cuando la madre pedía al Señor la conversión de su marido y de su hijo, se parece a la eficacia de la oración del Señor que decía; «Todo lo que pidáis con fe se os concederá.»

24º Cuando Juanico se convirtió en cristiano, se parece la resurrección de su alma a la resurrección del Señor.

25º Cuando el Señor se aparecía a cualquiera, se parece a Joseliyo que se le apareció a Juanico para sacarlq de las garras del diablo.

26º Cuando Joseliyo hizo cristiano a Juanico y su padre, se parecía a los apóstoles cuando convertían .a las gentes al cristianismo.

27º Cuando Joseliyo predicaba a Juanico el bautismo, se parece a la parábola de los talentos, porque teniendo la poca edad que tenía salvó dos almas, es porque administró bien sus talentos.

28º Cuando Juanico no quería bautizarse a pesar de lo que le decía Joseliyo, se parece a la higuera estéril que no daba fruto; pero Juanico cuando por última vez le echaron un abono, o sea, cuando Joseliyo le perdonó, dio buen fruto.

29º Cuando el padre siendo tan pecador se arrepintió, se parece a María Magdalena, que siendo tan pecadora, también se arrepintió.

30º Cuando Juanico entró en su casa llorando de alegría, se parece a la entrada que hizo Jesús en Jerusalén triunfal. ¿?

31º Cuando el bautismo echó del alma de Joseliyo al demonio, se parece a Jesús cuando arrojó del templo a los mercaderes.

32º Cuando Joseliyo tuvo tanta paciencia para convencer a Juanico, se parece a Jesucristo en la paciencia que tenía con los fariseos.

33º Cuando Juanico se hizo cristiano tenía la misma edad que el Niño Jesús cuando disputó con los doctores.

34º Que así como N. S. J. por decir que él era hijo de Dios se ganó una bofetada y la crucifixión, así Joseliyo, por hacer algo por la Religión, se ganó una bofetada.

Total de Virtudes.......................... 8

Total de Vicios.............................. 7

Total de Virtudes de los pecados(?).... 7

Total de Pecados.......................... 12

Total de Obras de misericordia.......... 6

Total de Bienaventuranzas.............. 6

Total de Comparaciones................. 34

Total.. 80

Lema:
Colorín colorado,
Y esto se ha acabado.
Este lema correspondió al niño José García Contreras.

LAS RESPUESTAS POR GESTOS

¡CÓMO INTERESA, LA ATENCIÓN, ESTE PROCEDER!

De cuántos modos se puede faltar al cuarto Mandamiento de la Ley de Dios sin chistar.

Era en el Catecismo de Santo Domingo.

Cuando yo llegué estaba explicando el señor Director el cuarto Mandamiento. Animado yo con la soltura con que los niños y niñas respondían a las preguntas sobre el Mandamiento y repetían la explicación dada, me atreví a proponerles la siguiente cuestión:

¿De cuántos modos se puede decir que no a los padres sin abrir la boca? O en término más del caso:

— Fulanilla, anda y toma la alcuza y vete a la tienda por una perra gorda de aceite *pá la ensalá*".

La Fulanilla no es muy devota del cuarto Mandamiento y no tiene ganas de ir por aceite, aunque se quede sin comer ensalada por los siglos de los siglos, y por otra parte si dice que no con su

boca está muy expuesta a que en vez de ensalada le den un *sopapo* sin sal... ¿Qué hará?

¡A ver quién lo hace! Y una, Paquita, que por la cara triunfal y la prontitud con que se levanta, me está diciendo que es maestra de este arte, de decir que no con la boca cerrada, sale al medio de la Iglesia y nos dio una lección soberana de infracción mímica del cuarto Mandamiento.

Empieza la lección

Yo hago de madre.

Paquita, Paquita, toma esa perra y la alcuza y corre por aceite.

Mi *hija*, perfectamente metida en su papel de desobediente, me responde sólo con un encogimiento de nariz y de ojos.

— ¿Ya me vas a poner mala cara?

Mi Paquita cierra los ojos y baja la cabeza.

— Pero ¡chiquilla! ¿Vas a ir o no?

Mi niña me vuelve las espaldas y se encoge repetidas veces de hombros.

— ¡Paquita!

Meneo febril de cabeza.

—Pero ¡Paquita! Mira que voy a pillarte y voy a darte un jabón...

Mi Paquita se hace la ofendida y se cubre el rostro con la manga.

—Pero, ¿no vas? grandísima...

Y mirándome con un solo ojo por debajo de la manga me retuerce la boca y me guiña.

— ¿A mí? ¿A mí tú retorcerme el hocico?

Nueva ocultación de la cara.

— ¡Ea!, ¡ea! Se acabaron las contemplaciones y ahora vas a ver quién soy yo, gran... y con la actitud más airada que yo pude sacar de mi caja de truenos artificiales, me voy hacia la desobediente, y con una sonrisa que me hizo a mí reir y tener miedo a la par y, sin quitarse todavía el brazo de la cara, me dice: «Que dé usted de mentirijiya, porque en cuantito mi momá se pone así ¡no juyo yo ná..!»

EL JUEGO DEL RELOJ

OTRA DE LAS LECCIONES PRÁCTICAS DE CATECISMO
EN EL CONGRESO CATEQUÍSTICO DE VALLADOLID

El reloj del niño cristiano

¿No lo conocéis? Yo os lo enseñaré.

Es un reloj de carne y hueso.

¡A ver! Vengan acá esos seis niños de ese banco y los seis del otro... ¿Quién llene la voz más campanuda? ¿Este?

Tú eres la campana del reloj y las manecillas. Ahora poneos en círculo dándoos las manos unos a otros y *tú*, *campana*, aquí en el centro. Voy a distribuir las horas; tú eres la una, tú, las dos; tú... hasta las doce...

¿Cómo funciona este reloj?

Muy sencillamente: tú, campana, no tienes más que extender el brazo, señala una hora y das con tu boca tantos *tán* cuantos correspondan a aquélla; vosotros, los que sois reloj, vais contando.

Vamos a ver funcionar ese reloj.

¿Qué hora será, campana?

(Una de las ventajas de estos relojes de carne y hueso, es que se pue de hablar con ellos.

El *campana*, con toda formalidad, señala con sus brazos extendidos las doce, y dice:

Tán, tán, tán...

Mientras los niños circunstantes van gritando: una, dos, tres. etc.

Alboroto general por el buen funcionamiento del *reloj vivo*.

Ahora vamos a utilizar este reloj.

Con su ayuda vamos a aprender el día cristiano de un buen niño.

— Venga para acá aquel rubito de babi blanco y, por las señas, de alma blanca.

¡Dios te la conserve siempre blanca!

Sea usted bienvenido, amiguito mío, y si usted no lo lleva a mal desearía saber qué hace *su merced* desde que se levanta hasta que se acuesta por la noche, porque esa carita me está diciendo que tú debes hacer las cosas como los buenos cristianos.

El niño, sin acertar por dónde salir, me mira un poco apurado, como diciéndome: «Esas son muchas honduras».

—Bueno, prosigo yo— te vas a hacer cuenta de que este banco es tu camita... ¿A qué hora te levantas tú? ¿A las siete?

¡Buena hora para un mozo como tú!

¡Ea! Acuéstate en tu camita y échate a dormir que ya el reloj se encargará de despertarte.

(El niño, en medio del regocijo de sus compañeros, se acuesta en su cama improvisada, cierra sus ojos y... *se permite* hasta roncar).

¡Vaya si ha *cogido* bien el sueño el mocito!

A ver, señor reloj, ¡que den las siete!

Tán, tán, tán...

— ¡Chiquillo, que son las siete!

Nuestro hombre *se despierta* y se sienta en la cama. ¿Qué haces tú al levantarte?

El niño con una ingenuidad deliciosa, me responde:

— Vestirme.

— ¿Y después?

(Sigue la ingenuidad). —Lavarme.

— ¿Y después?

(El colmo de la ingenuidad). — Tomar el café.

—Pero, niño, ¿no habíamos quedado en que tú eras un niño cristiano, muy buenecito? ¿Qué hacen los niños cristianos al, punto que se levantan?

—Rezar.

— Pues reza tú como acostumbras.

Y de rodillas sobre su misma cama se persigna con sus manitas juntas sobre el pecho, el niño reza el Bendito, el Padre nuestro, Ave María, Gloria e inicia el Credo y la Salve.

— Muy bien, muy bien, ya este niño ha empezado su día como al Corazón de Jesús le gusta, alabándolo. Este ha de ser un día bueno para este niño.

¿Sabéis cómo comienzan su día los pajaritos?

— Cantando.

— ¿Y los cristianos?

— Rezando.

Eso viene a ser como los «buenos días» que los pájaros y los hombres dan a su Dios.

Ahora yo quisiera que dieran las doce, a ver lo que estos niños tan buenos hacen.

— ¿Qué deben hacer los niños al oír las doce?

— Rezar el Angelus.

— Eso es: para saludar a nuestra Madre Inmaculada al mediar el día que su Hijo santísimo nos ha dado, y pedirle su bendición para terminarlo en paz y gracia de Dios. ¡Ea! ¡Las doce!

(El reloj vivo.) Tán, tán, tán.

Los niños se levantan a mi indicación y con gran sorpresa mía un coro muy afinado de ellos cantan el Angelus, respondiendo todos.

¡Qué lástima que de verdad sean las doce y toque a su término el plazo que me han señalado para esta lección de Catecismo!

Si la hora se estirara, con la ayuda de este reloj, haríamos a lo vivo la salida y entrada de la escuela, el comienzo y remate de la comida, la oración de la tarde y de la noche, lo que los niños cristianos deben rezar cuando da la hora y otras muchas acciones de la vida cristiana.

Y cuando se me fueran *cansando las doce horas* de este reloj, la convertiría como por arte mágico en los doce meses del año, y a cada cual le iría preguntando. ¿Quién eres? ¿A qué vienes? ¿Qué traes? ¿Frío? ¿Calor? ¿Flores? ¿Frutas? ¿Hojas secas? ¿Agua o nieve? ¿Qué fiestas religiosas? ¿Patrióticas? ¿Qué encargos especiales? ¿Qué consejos?, etc., etc., y ¡bien que le sacaríamos la punta a todas esas cosillas, buscándolas sus analogías con las cosas del alma y de la vida cristiana!

LAS COSAS OCHO

Alambicamientos

— A ver, niños, ¿quién me dice las cosas ocho que hay en la Doctrina y en la Sagrada Biblia?

— ¡Las bienaventuranzas que son ocho!— responden todos

— ¡Más cosas ocho!

Y como la suma del número estuvo tan parca en echar ocho a la Doctrina y a la Biblia, mis interrogados enmudecen y en su memoria se entregan a la persecución y captura de algún ocho catequístico o bíblico extraviado o escondido por sus rincones.

— ¡Yo —exclama tras breve pausa un doctorzuelo— yo he encontrado un ocho!

— Vengan de ahí.

— Si, señor; ocho fueron los Apóstoles que se quedaron en la puerta del Huerto de Getsemaní la noche de la oración.

— ¿Ocho?

— Usted verá; los Apóstoles eran doce, tres se los llevó el Señor a orar, otro se fue a venderlo; de modo que en la puerta quedaron ocho.

— Muy bien; ¿no hay más ocho?

Nueva pausa y nueva búsqueda.

— ¡Aquí hay otro!

— ¿En dónde?

— Aquí, aquí, —y veo un dedo que señala una cabeza *empedrada de chocaduras* y una cara como de once años y como de… once mil churretes.

— *Misté, dor* Manuel: ¿El *Señó* no entró en Jerusalén montado en una burra y llevaba a la verita una borriquita? *Pus* cuatro de la padre y cuatro de la hija, ahí tiene usted *ocho patas*.

— ¡¡¡…!!!

LAS COSAS TRES, CINCO Y OCHO

¡Bendito sea el Amo por haberme dado en los Catecismos una compensación tan amplia como aliviadora a la vida de Obispo tan llena de prosa indigesta!

¿Quéreis creer que cuando me voe rodeado y casi ahogado de papeles mojados en acibar y abrumado de asuntos enojosos, respiro esperanzado pesnando en los Catecismos del domingo?

Me siento tan a gusto en medio de las turbas de chiquillos tan alegres, tan decidores, tan graciosamente indiscretos, tan sin doblez ni hipocresía, tan ufanos y pagados de una mirada, de una sonrisa de su Obispo, que entre un Pontifical de los más solemnes y un rato de Catecismo, opto por éste con los ojos cerrados y sin vacilar.

¡Se siente uno tan cerca del Corazón de Jesús al lado de los niños y me atrevería a decir, se siente uno tan Corazón de Jesús al lado de ellos!

Como sé la hora en que se da el Catecismo en cada parroquia de la capital, sin previo aviso, que quitaría expontaneidad a la visita, me presento o, mejor, me *aparezco* en medio de mis *chaveas*, y... ¡qué caras de alegre sorpresa! «¡Jesús, el señor bispo!», y como ya saben ellos que los voy conociendo de cara y de nombre, no faltan quienes, destacándose de los demás y con aires de antiguos amigos, me largan un «¡Hola!», o un «Güenos días», o un «El otro día lo vi yo a sulustrisima, que pasó por mi casa...»

En fin, ¡que nos entendemos!

Días pasados me tocó visitar

La Congregación de los Estanislaos,

que en número de 500, dirigen aquí los Padres de la Compañía.

Les propuse dos certámenes catequísticos con sus correspondientes premios, sobre los dos temas siguientes:

Tema para los mayores: Contar milagros de Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio, con el mayor número posible de consecuencias que de él se desprendía.

Tema para los pequeños: Premio a la lista con el mayor número de cosas tres, cinco y ocho del Evangelio y del Catecismo.

Según promesa que les hice, público aquí el trabajo que obtuvo el primer premio del tema de los pequeños, que es un verdadero monumento dé erudición catequística.

Ejercicios premiados

3 las personas de la Santísima Trinidad. 3 las potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad. 3 son las virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad. 3 son los enemigos del alma: el mundo el dlmonio y la carne. 3 son las clases de pecados: original, venial y mortal. 3 son las partes de la penitencia: contrición, confesión y satisfacción. 3 son las cruces que hacemos nosotros al persignamos. 3 son los remedios para los malos pensamientos: los buenos, la cruz y el agua bendita. 3 los jóvenes del horno. 3 los días que estuvo Jonás en el vientre de un gran pez. 3 son las palabras que vió escritas Nabucodonosor en el banquete. 3 son los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet. 3 son las clases de los libros sagrados: históricos, sapienciales y proféticos. 3 días empleó Judá en recoger los despojos de la lucha en el valle de Josafat. 3 eran las órdenes en que estaba dividida la tribu deLeví: pontífices, sacerdotes y levitas. 3 fueron los libertadores del pueblo de Dios: Sansón, Gedeón y David. 3 son las personas de la Sagrada Familia: Jesús, María y José. 3 los nombres que tuvo el pueblo escogido por Dios: hebreo, israelita y judío. 3 son los jóvenes que prometieron a Abraham que iba a tener un hijo. 3 fueron los modos con que se anunció el Mesías: por figuras, promesas, y profecías. 3 son las causas remotas conque se anuncia el fin del mundo: la predicación del Evangelio en todas las naciones; la venida del antecristo y la conversión de los judíos y de los infieles. 3 son los modos en que se encuentra Dios en todas las partes: por esencia, preseny potencia.

3 son las divisiones de la Iglesia católica: purgante, militante y triunfante. 3 son los días de oración que constituyen las rogativas. 3 son las ramas en que se divide la religión cristiana: católica, cismática griega y protestantes. 3 son las condiciones del alma para recibir el sacramento de la Eucaristía: estado de gracia, la instrucción y saber lo que se va a recibir. 3 son las condiciones del cuerpo para recibir la Confirmación: estar en ayunas, si se puede; modestamente vestido, y tener descubierta y limpia la frente. 3 los principales misterios: la Trinidad, la Encarnación y la Resurrección. 3 son las clases de la divina revelación: primitiva, mosaica y cristiana. 3 veces soltó Noé la paloma cuando estaba en el arca. 3 son los consejos evangélicos: pobreza voluntaria, estado de castidad y vida de obediencia. 3 fueron los reyes msgos: Gaspar, Melchor y Baltasar. 3 fueron los presentes que ofrecieron a Dios en Belén: oro, incienso y mirra. 3 los días que Jesús estuvo perdido en el templo. 3 años estuvo Jesús predicando en Palestina. 3 fueron las veces que el demonio tentó a Jesús en el desierto. 3 apóstoles acompañaron a Jesús en la oración del Huerto. 3 veces negó San Pedro a Jesús antes de la Pasión. 3 son los números que forman la edad de Jesús en la Tierra. 3 las caídas Tte sufrió Nuestro Señor en su camino al Calvario. 3 son los clavos con que fue suspendido en la cruz. 3 las cruces que estuvieron en el Calvario. 3 veces se quedaron dormidos los apóstoles en el huerto de los olivos. 3 veces se puso de nuevo a orar. 3 fueron las mujeres (3 Mañas) que acompañaron a Jesús. 3 las horas de agonía que tuvo Nuestro Señor antes de morir. 3 días estuvo Jesús en el sepulcro antes de su Resurrección gloriosa. 3 son las virtudes que debemos imitar de la Virgen: piedad, obediencia y temor del pecado. 3 son las cosas que debemos a nuestro Angel de la Guarda: respeto, conocimiento y confianza. 3 son las cosas que debemos imitar en los ángeles: obediencia, pureza y celo.

5 son los mandamientos de la Iglesia. 5 son los sentidos corporales: ver, oír, oler, gustar y tocar. 5 los misterios del Santo Rosario. 5 las condiciones para hacer una buena confesión. 5 las letras que tiene el nombre de María. 5 las letras que tiene el nombre de Jesús. 5 los panes y los peces con que Jesús obró el

milagro que lleva su nombre. 5 los Sacramentos de vivos: Confirmación, Eucaristía, Extremaunción, Orden y Matrimonio. 5 fueron las fiestas de los israelitas: el Sábado, la Pascua, la Fiesta de Pentecostés, la de los Tabernáculos y la de la Expiación. 5 las divisiones de la legislación dada por Moisés: religiosas, sanitarias, morales, políticas y penales. 5 fueron las ciudades nefandas. 5 las llagas divinas de Jesús. 5 fue el siglo en que se apareció San Miguel en Italia. 5 fueron las vírgenes necias de la parábola de las diez vírgenes. 5 fueron las vírgenes prudentes. 5 los efectos de la Extremaunción: aumenta la gracia santificante, borra los pecados veniales y aun los mortales, quita la debilidad para el bien, da fuerza para resistir con paciencia la enfermedad y ayuda a recobrar la salud del cuerpo. 5 son las cosas que se necesitan para la Extremaunción: una mesita, un crucifijo, agua bendita, unas bolitas de estopa, y migas de pan. 5 son las cosas que debemos hacer el día de la Santísima Trinidad: adorar el misterio de Dios, dar gracias a la Santísima Trinidad, consagrarnos a Dios, pensar que por el bautismo entramos en la Iglesia y determinamos a hacer siempre con devoción la señal de la cruz. 5 los misterios gloriosos. 5 los misterios gozosos. 5 los misterios dolorosos.

8 las bienaventuranzas. 8 el día de la Purísima Concepción en diciembre. 8 el día de la Natividad de Nuestra Señora en Septiembre. 8 son los efectos del Bautismo: perdona el pecado original, los pecados actuales, imprime el carácter de cristiano, remite toda la pena de los pecados etc. 8 han sido los Papas con el nombre de Urbano, 8 han sido los Papas con el nombre de Esteban 8 días transcurrieron desde el nacimiento de Nuestro Señor JesuEristo hasta el día de la Circuncisión.

El Estanislao Pedro Miguel

Málaga, 9-7-1916

Las representaciones gráficas

En manos de todos los catequistas están los Cuadros murales, los Catecismos en Imágenes, y aunque no de todos, sí de muchos,

el Catecismo en proyecciones fijas o en cinematógrafo, y cada cual habrá visto cómo estos medios son buenos conquistadores de la atención infantil con tal de que se guarde esta precaución: a saber: la de *no prodigarlos*. Una estampa, por chillona que sea, un cuadro por interesante que presente un asunto, si se deja colgado en la pared o se enseña con frecuencia, acaba por no decir nada al niño.

Y más hoy en día en que tan solicitada y ocupada está la atención de los niños con las escenas procaces y fantásticas del cine a todo pasto.

Explicación de las cosas del templo

Otro recurso aprovechado con ventaja por algunos catequistas es la explicación de las cosas que se ven ordinariamente en el templo: puertas, pila de agua bendita, confesonario, altares, manteles, candeleros, aras, imágenes, ornamentos, púlpito, órgano, torre, campana, etc. El piocedimiento usado es colocar a los niños ante el objeto que va a mirarse despacio y ante él explicar su historia, su razón de ser y su uso, (haciéndolo a lo vivo y con toda perfección).

Otros añaden la visita, a veces en peregrinación, a los lugares históricos de veneración del pueblo, como sepulcros de santos, reliquias insignes, ermitas de devoción antigua y toda clase de monumentos religiosos, procediendo luego o acompañando la explicación por parte del catequista, de los significados respectivos[5].

La industria de las industrias para ganar atención: La compenetración entre el maestro y los discípulos.

[5] Los libros *Cosas de niños y Cada maestrito*, del ilustre pedagogo D. M. Siurot, ayudarán poderosamente a conocer el alma del niño.

O sea, hablar y tratar con los niños con lenguaje de niños y con paciencia de varón fuerte y muy fuerte.

CASOS FELICES DE COMPENETRACIÓN

LA FORMACIÓN DEL PRIMER HOMBRE Y DE LA PRIMERA MUJER, CONTADAS POR CHAVEITAS

El Director de la Catequesis de Santo Domingo se ha llevado un buen rato explicando cómo hizo Dios a Adán y a Eva.

Vamos a ver tú, *Juanirri* (chaveíta de unos seis abriles no cumplidos). ¿Cómo he dicho yo que hizo Dios a Adán?

Juanirri, saltando sobre su asiento como si fuera de fleje:

— Po en un momentillo; ba y agarra Dió una mijilla e barro, se lo pone en la mitad e la mano, le da un resoplío y, icataplúm! sale un lombre hablando y tó...

¿Cabe descripción más viva y pintoresca?

El director, dirigiéndose a las niñas:

— Dime tú — regunta a otra chiquitina vivarachuela, deshecha porcjim la preguntara— dime tú: ¿para qué hizo Dios a Eva?

La interrogada en el más convencido de los tonos y acompañando su palabra con la representación mímica más expresiva:

— Pos miosté, veráosté, el pobretico de Adán estaba mu agurrío, con la mano metida en los borsiyo sin tené un arma pa echá un ratiyo y el pobre no tenía ni quién le lavara la ropa ni le barriera la sala, ni le hisiera de almorsá ni de come ni ná y ba. Dió y dice: a ese pobretiyo le ba a entrá tirisia si se quea así y ba y le manda un sueño mu grande y ba er Señó mu quedito y le saca: una costiya der cuerpo y dise: tu ba a sé la mugen de Adán y con el rulo se despertó Adán, y miosté, Padre, por poco, por poco, no se quea

bisco de bé la mugen tan bonita y tan güena que le había regalao er Señó. Y esa fué Eva.

El Misterio de la Inmaculada Concepción, asimilado y contado por uno de estos «chaveítas»

— Con que ahora vamos a ves quién es el valiente que me repite la explicación que acabo de daros sobre el misterio de la Inmaculada Concepción.

Vamos a ver: ¿quién? ¿Quién?

Unas cuántas manecillas de nitidez problemática se abren queriendo decir: ¡aquí está ese valiente!

El favorecido con el uso de la palabra se levanta, se da dos tironcitos a la pretina de los pantalones, se rasca el cerebelo tres o cuatro veces, se pasa la manga por las húmedas ventanillas de la nariz, carraspea y dice letra más o menos.

La consersión de la Vingen fué un juego al escondé, que le hiso el Señó ar demonio. Como tos los niños chicos nasen moro, porque Adán hiso la grasia de dejar no a tos moros, y encueraos, er Señó no quería que la Vinge que iba a sé madre del Rey de los cristianos y de todos los cristianos de to er mundo, fuera mora en un momentillo siquiera.

¡Hubiá estao bonito eso, er demonio que es el rey de tó los moros mandando en la Vigen! ¡qué barbariá! güeno, por va er Padre eterno y agarra a los ángele y va y le dise: oí ustedes, ¿ustedes sabéis enterao de que ya yegó la hora de que se vaya mi Hijo pa er mundo pa meté aqueyo en berea?

Güeno, pues tengo que mandá primero a la madre y dispués alijo; y ¡vaya una madre que le tengo prepará, pero una cosa voy a decir a ustedes, que es que como er mundo está tan enfangao con los pecao y er demonio tiene tan piyá toas las puertas, es menester vé cómo arreglamo la cosa que no mos vaya a piyá a esa niña que sin viví toavía me tiene ya loquito perdío...! De mi Hijo no tengo

miedo ninguno, porque como es Dió lo mismito que yo, namá que con un sopliyo le hase da la má de vuelta de campana ar demonio.

Pero esa niña es mesté ve, es mesté mucho cudiao. Y ba y dise un auge: no tenga usté cuidan, Padre terno, que su Hijo de usté tiene grasia pa é, pa su Madre y pa deja bisco y tuerto ar Tío de los pecaos. Güeno, dise el Padre terno, pus anda a bé a mi Hijo y desirle que empiece ya a echa grasia pa bajo que pa ya boy yo a mandá el alma de la Vigen. ¡Y fué naíya lo que cayó! ¡Er diluvio universal! Paresía que toa estreyitas der sielo y tos los luceros y er só y la luna y las nubes y tó se venía pa bajo, ¡Josú qué de rulo y que de candelas y qué relámpago! que a los demonios que estaban como los guardas e consumo a la puerta der mundo pa melé er pincho der pecao a tó er que pasara, le entró una jiña y un temblique y un doló e tripa que se quedaron esmoresío y encandilao y a tó esto ¡cataplúml se coló la Vinge en er mundo más limpia que una patena y más reluciente que er só y ba y dise entonces a su gente el capitán de los guarda consumo: juí corriendo que ahí sacolao uno sin pagá y salen tos payá corriendo más que er tío de la lista y ba un ángel y le dise con una mijita de guasa: ¡sí, andá ustedes que ya la piyásteis!

Y cuando llegaron los tío del pincho con el casiyo de la tisne ancá de San Juaquín se le cayeron de la mano tos los avíos, de lo que le sentró al bé una niñita mu chiquita, mu chiquita con una corona de estreyita en la cabesa y una tajó de luna debajo de los pies y la má de demonio berreando por detrá y echando espuma por la boca y diciendo: estamo perdío, perdío.

Y entonces sarmó un rulo mu grande por ensima del techo y sola cantó a los angelitos unas coplas muy bonitas que se paresía a la que acá cantamos (cantan todos.)

Todo el mundo en general
a voces, Reina escogida,
diga que sois concebida
sin pecado original.

Y se acabó ya.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN Y LOS ÁNGELES

Andaba n explicaciones con mis chaveítas sobre el dulcísimo misterio de la Concepción sin mancha de María y los regalados frutos que a la gloria de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a la perfección y santifica¬ción de las almas y de los pueblos había reportado.

Para fijar la atención de mis pequeñuelos e inquietos oyentes y a modo de gráfico me valía de un cuadro que había en la Iglesia del Misterio, una de esas innumerables copias de las Concepciones de Murillo.

Alternaban los ojos de los chiquitos mirando al cuadro y a mí y así nos llevamos un buen rato de conversación tan apacible que llegué a persuadirme de que nos habíamos entendido. Entre todos empezó a llamar mi atención la fijeza con que un chiquitín mofletudo y de aspecto beatífico, miraba los pies dela imagen tan embebido, que casi ya no me miraba y creo que ni me oía.

Con las manitas cruzadas atrás y torciendo la redonda cabeza de oriente a occidente y arrugando los párpados parecía como que trataba de sorprender o descubrir algún secreto en los pies de la venerada Imagen.

— ¿Pero qué miras? hube de decirle, picado ya de la insistencia de su mirada.

El chaveíta, entre sorprendido y avergonzado y tapándose la cara con el brazo me dice con acento muy entrecortado:

— Pos ná, que estaba viendo... cómo... san queao... los angelitos... de la peana.

— ¿Los Ángeles?

— Sí, míralo osté... y osté verá... como san queao... Ibiscol

— ¡Chiquillo!

— Sí, señó; fijeseosté y verá que titico san queao...; ¡bisco!
— ¿Bizcos? ¿De qué?
— ¡Pos de qué va a sé! ¡De está toa la vía mirando pa la cara de la Puresa!

La observación del chaveíta no dejaba de tener fundamento óptico, por la actitud esforzada con que miran los angelitos de la peana a la Imagen, y me atrevería a apuntar que tampoco le faltaba su tanto de fundamento teológico. ¡Que hace falta mucho ojo para mi rar, sin embizquecer, tanta hermosura!

Una respuesta definitiva.

El Domingo primero de Cuaresma, un director de Catequ'esis preguntaba a sus chaveítas por el resumen de la explicación que, a propósito del Evangelio, les había dado sobre las tentaciones.

—De modo —les decía— ¿para qué tentaba con tantas ganas y con tantas maneras el demonio al Señor en el desierto?

— *Pos miosté* —respondió incontinenti un rapazuelo—: *pa vé si se lo cargaba, como se cargó a Adán y a su mujé y a toa la familia...*

¿Verdad que es definitiva?

Escena única.

(Una catequista rodeada de una veintena de chiquillas, sentadas *muellemente* sobre el blando suelo.) (Rigurosamente histórico.)

Catequista: *(después de haber echado con sus niñas un ratitosobrela naturaleza y la hermosura de algunas virtudes)* Vamos a ver, ¿quién de vosotras será la más modesta?

Una del grupo: Yo, una servidora. *(Las demás la miran y callan).*

Catequista: ¿Y quién será la más humilde?

La misma: Yo, yo.

(Sigue el «milagro» del silencio en las demás)

Catequista: ¿Y quién será la más caritativa? La misma: Yo también... *(Sigue el «milagro»...)*

Catequista: ¿Y la más obediente? ¿Y la más piadosa? Y...

La misma: Mire usted, yo soy de todo esto más que ninguna. *(El «milagro» del silencio llega a su colmo)* Catequista: *(un poco amostazada)*: Vamos a ver: ¿quién será la más tonta de todas?

Todas, menos la misma: ¡Esa, esa niña!

Al milagro del silencio había sustituido un gran milagro de buen sentido... *(Se corre el telón).*

Un colmo de sinceridad

¡Aguinaldos! ¡Aguinaldos! ¿Quién los quiere? — digo a un sinnúmero de chaveítas que me rodean a la puerta del Catecismo de San Miguel de Miramar.

— ¡Yo, yo, yo! miles de «yo en un segundo.

— Pero ¿qué queréis de aguinaldo?

Sólo el *inventario* del Arca de Noé podrá compararse a la lista de aguinaldos pedidos; y puestos a pedir empieza uno y le acompañan al momento todos.

— La crú que yeva osté corgá en el pecho. ¡La crú, la crú! Y no es ná —comentaban por lo bajo unos doctorzuelos deslumbrados— No es ná, ¡y es de oro!

— Bueno; está bien, amiguitos. Entonces, ¿me vais a dejar sin cruz?

Reacción instantánea:

—No, no, señó; si era de mentirijilla. ¡La crú pa usté! ¡Eso é, eso é!

Un circunstante, monacillo por más señas, con más arañones en la cara que churretes, ¡y ya había de éstos! en un tono de perfecto convencimiento y de sincera protesta contra tanta generosidad improvisada de sus compañeros:

—Pos yo, ¡la verdá! quería la crú pa mí...

Otro colmo de humilde sinceridad

— Señó bispo, este chavea acaba de decir al cabayo dusté: «¡Mal rayo te parta!»

El aludido, en el más compungido de los tonos:

— Zi, zeñó, é verdá; pero mirusté que fue sin queré, que se me escapó el rayo...

De cómo ha de preguntar el Catequista con propiedad y claridad para que no responda el catequizado con una... salida de tono

Contábanme días pasados esta escena de uno de nuestros Catecismos:

El Catequista andaba apuradillo en su afán de exponer con claridad nada menos que la naturaleza angélica y la humana, y las diferencias entre una y otra.

Explicábales cómo a pesar de que el Angel no tenía cuerpo, como el hombre, no por eso era imperfecto; antes más perfecto y menos necesitado, pues cada ser era perfecto cuando tenía todos sus elementos esenciales.

Para aclarar la explicación se le ocurre sacar al medio a uno de los chaveas concurrentes y preguntar con aire de triunfo al auditorio, a quien suponía perfectamente enterado:

Vamos a ver, niños: ¿qué le falta a este chavea para ser perfecto en su naturaleza?

Y cuando esperaba un «nada» unánime de su auditorio, ya embebido en tan altas filosofías, *se descuelga* uno con esta salida:

— *¡Un pelao!*

El testigo certifica la oportunidad y conveniencia de lo pedido en la respuesta...

UNA VISITA AL CATECISMO DEL BARRIO DE LA PELUSA

¡Barrio de la pelusa!

Y me he preguntado no pocas veces: ¿Y por qué no del fango, o de la *almagra*, o de... los *churretes*? Porque por sus calles arrecifadas (las que han llegado a ese honor), sus fábricas de polvos encarnados y su escasez de aguas potables y sobra de las estancadas de las lluvias; sus casucas de latas viejas o de viejos materiales, jamás acariciados por la escobilla de blanquear, y por las consecuencias de todo eso junto, más merecidos se tiene esos nombres *gruesos* que el *ligero* de *Pelusa*...

¡Caprichos de la nomenclatura!

Pues al Catecismo que en ese barrio tienen establecido las beneméritas señoras de las Conferencias de San Vicente, y que es de lo más primitivo y típico que puede darse, dirigí mis pasos uno de los últimos martes.

La casa del Catecismo.

Es una de tantas casuchas del barrio, del mismo color y olor de sus compañeras, con cuatro o cinco cuartitos de unos dos metros cuadrados cada cual, un patinillo de poca más extensión y una habitación, resultante de dos o tres cuartitos corridos, que sirve de Capilla. ¡*Un palacio!*

En él (no sé en cuál de los departamentos) vive una modesta y anciana Maestra de *Amiga* cuya misión es tener recogidos los días

de la semana a todos los mocosos del barrio, a los que enseña los primeros rudimentos. de Doctrina y letras; en el mismo se da Catecismo todos los martes con una asiduidad y paciencia heroicas por la presidenta y varias socias de la Conferencia, auxiliadas por un Misionero eucarístico, y los domingos y fiestas se celebra la Santa Misa, con asistencia de los catequizados y alguna que otra madre o abuela vecina.

¿Verdad que está bien explotado el *Palacio*?

— ¡Josú, el-lobispo, el-lobispo! ¡Viva el-lobispo! ¡Viva...! ¡Un besito! ¡Otro pa mí! ¡Pa mí tamié! ¡No achuchá chaveas, que lo estáis ustedes yenando de carpa allobispo! !Eche usted la mano pacá una mijiya, que por ahí han besao ya tós...! ¡Señó lobispo, a mi hermano se lo han Ilevao a las quinta anoche! ¡Y al mío tamié! ¡Señólobispo, al popá de este chavea lo han metío preso! ¡Y al tuyo también, güeno! ¡Obispo, miosté, a este chavea lan dao dos pedrá aquí, en er cogote, y aquí tamié, en las espiniya! ¡Miosté a ése: se ha caído en aquella chumbera, y fosó cómo ha salto, como un derseomo...! ¡Seño lobispo, dice este niño que lo conoce osté y que lo quiere a osté la má...!

Bueno: poned cientos de corazoncillos derretidos de felicidad y desbordándose por bocas andaluzas empeñadas en manifestar su loca alegría contándolo todo, diciéndolo todo y preguntándolo todo a un mismo tiempo, y uniendo la palabra con el grito y el gesto y el mohín de los que están lejos y el empujón y el beso y el apretón de la mano y del brazo de los que están cerca, y os formaréis una idea de lo que es una de estas entradas triunfales...

— Ahora vamos a la Capilla a dar un poquito de Doctrina... Los niños, allí; las niñas, aquí..., con orden... ¡No chillad tanto! ¡Sin empujarse!

Ya están sentados. Y el Misionero trata de hacerse oír con la más estentórea de sus voces preguntándoles explicaciones anteriores; pero ¡buenos estaban aquellos nervios infantiles! ¡Nadie callaba, o mejor, todos gritaban!

El supremo recurso.

En mi larga carrera catequística tengo aprendido y comprobado que no hay mejor sedante para gritos y desafueros de los niños que el silencio y la impasibilidad del maestro.

Fiel a la experiencia, me puse de pie delante de aquella masa de cabezas y lenguas y manos en ebullición con la más tranquila de mis caras y el dedo índice cerrando mis labios.

Tras unos minutos de esta postura, los nervios se fueron aflojando, las lenguas encogiendo y me pudie-ron oír:

—Ya he visto que todos estais muy bien despachados de' lengua y de dientes; ahora vamos a hacer un juego con la boca cerrada. ¡A ver! ¡A taparse los dientes! ¡Que no vea yo un diente ni para un remedio! ¡Ajajá! ¡Silencio solemne! Así como estáis, vais a oír una cosa que os voy a contar, y cuando tenga que preguntaron algo me responderéis con la cabeza o con las manos. ¡Con lo boca no!

Y aprovechando el silencio y la curiosidad, les indagué mi ración de Doctrina, dialogando con diálogo mudo y mímico.

Graciosísimo.

La última pregunta:

— ¿Qué hace el Corazón de Jesús con los niños buenos? ¡Sin hablar!

Y todos con admirable unanimidad y la más sonriente de sus caras se ponen a tirar besitos y a dar abrazos al aire...

¿Y el demonio que hará con los niños malos? Y allí fue Troya; una lluvia de bofetadas, trompadas, puntapiés, empujones de codos y hasta de espurreo de saliva fue la respuesta, y sobreponiéndose al tumulto y olvidándose de la consigna del silencio, un Chavea con voz de pregonar boquerones que dice:

— ¡Naiya! ¡Er diluvio!...

De cómo se enteran los chiquillos

En nuestra Escuela: Niños, el lunes y el martes no hay clase, porque los señores maestros están haciendo Ejercicios espirituales.

En la calle: De uno a otro:

— Oye, tú; el lunes no hay escuela.
— ¿Por qué?
— Porque dice el Director que los maestros se van a poner a hacer la *instrución tos* estos días...
— ¿Pero se van a meter a *soldaos*...?

* * *

En el Catecismo: Les explico el milagro de la cura-ción del paralítico y, cuando trato de que me lo representen al vivo, como acostumbro con los pasajes evangélicos para que se les entre bien por los ojos, se me ocurre preguntar a un ciudadano de ocho años:

— Dime: ¿qué es un paralítico?
El ciudadano se rasca las nalgas, fuente ordinaria de inspiración para los chiquillos preguntados.
—Un paralítico es..., será, digo, un paralítico viene a ser así como un albérchigo...
— ¡Chiquillo!
— A ver, tú, ¿qué es un paralítico?
— ¡Un cartero!
— Ya escampa; tú, ¿qué es?
— Un paralítico será un *señorito* con mucha *tirilla*...
— ¡Qué barbaridad!
— Yo, yo lo sé.
— Vamos: dilo tú.
— Un paralítico viene a ser un *señorito jambrera*.
—¡Está bien, niños! Se puede uno lucir con vuesos conocimientos de la lengua. ¡Cuidado con no saber lo que es un paralítico! Fijaos bien: quien dice paralítico, dice algo así como paralizado, como parado...

Un oyente de las últimas filas pide la palabra:

—Pos entonces, mi papá está paralítico toitos los lunes, porque es zapatero y coge unas...

Notas de color del Catecismo de Santo Domingo

Niños —pregunta el director a los de su numeroso Catecismo— ¿Cuántas cosas son necesarias para celebrar la Santa Misa?

Para mejor hacérselas conocer y entender, ha expuesto sobre una mesa allí presente el ara, vinajeras, candeleros, hostia y vino, ornamentos, etc.

— Vamos, tú, ¿qué es lo primero que hace falta para la Santa Misa?
— ¡Un torero!
— ¡...!
— Sí, zeñó, que usted ha dicho ahora mismito que toas las Misas se dicen sobre el-*Lara* y el *Lara* ¿no es el mejor torero de tós?

(Adviértase que Lara era el torero malagueño idolatrado de sus paisanos).

— Niños ¿qué pasa ahí? ¿Por qué os peleáis? ¡A ver! ¡A ver!

Los interrogados son dos perfectos colilleritos, descalzo de pie y pierna el uno, y descalzo de un solo pie el otro y calzado con una agujereada alpargata el otro pie.

— Que este chavea —responde el *semicalzado*— sé metía conmigo, y yo...

— Y tú, ¿qué le estabas haciendo?
— Pos meterme con é.
— Y ¿por qué se metía contigo?
— Miusté, porque no traigo más que una alpargatiya puesta.
— Y tú, ¿qué le decías?
— Pos qué más vale argo que ná como é.
— Pos... ¡adió, marqué! —responde, con la solem nidad de un introductor de embajadores, el descalzo de ambos pies.

* * *

— Chiquillo, ¿por qué lloras? —pregunta elDirector a un chiquitín descosido de llorar y de temblar de frío a la puerta de la Iglesia y sin más vestido que una sucia camisita que apenas le llegaba a la cintura—. ¿Por qué lloras y por qué te presenta aquí así?

— Po... po eso yero..., po... que... mi mamá.... dise que no me pué poné más, porque mi hermano sa traía a la ilesia el larcade la ropa.

El Director va en busca de su hermano y le pregunta:

— Pero, hombre, ¿en dónde has puesto el arca de la ropa de tu casa? Está áhí el pobre de tu hermano llorando sin consuelo y sin ropa por eso.

— ¿El arca? ¿Yo? y rascándose la cabeza, como queriéndose sacar de ella el arca perdida, acaba por romper a reír con el más picaresco do los tonos, diciendo: ¿Sabusté en dónde está el larca? Pos ensimita de mí; es que momá, cuando piyamos este *babi*, que es el único que hay pa tós cuatro en mi casa, le dise a uno: «Chiquiyo, te yeva tó el arca».

Un diálogo sorprendido entre dos chaveas de siete a nueve primaveras:

— Ti anterao que sa dío ar deseminario Joseíto el de Visca?
— ¿Ar deseminario? ¿Joseíyo? ¿Y pa qué?

— Po pa aprendé pa cura.
— ¿Pa cura?
— Sí, pa cura y pa lobispo y pa tó eso.
— ¡Camará! y ¡qué chalao!
— ¿Chalao? Miá tú, y ¿por qué?
— ¡Má chalaó que la má! como dice mi popá, que déntro e naiya se van acaba toiticos los curas y tó lo señorito con tiriya y los automóvi y tó.

¡Iesú, qué mieo!

Dise que ahora van a vent uno tío que le disen los lechiviti, con un pelo un largo, que van a hasé la má de cosa pa que ya no laiga más pobre en er mundo y dise que ya tés vamos a sé señorito y tené coche y fumá puro de a reá y tó...

El interlocutor se queda perplejo y pensativo un rato, mientras se rasca pausadamente la pelada cabeza, y al fin dice:

— Po miá tú, yo quiero má a los cura que a los tío de los pelo largo, y tampoco quiero yo andá en coche y fumá puro ni de perra chica, porque en mi casa, cuando mi papá cobra el jorná tó lo sábado, fuma puro y se yeva toa la noche por ahí en coche con lo tío eso, y cuando viene, le da unas palisas a la provesiya e mi madre y a to er que piya, que le tenemos tos una tirria ar coche... y a lospué, sino fuera po el Pae Cura, que nos da arguna cosilla, pasábamos una jambre que la má salá, ¿sabes tú? De mó que le diré a tu papá que le diga a ese tío que ya, se puen ir a otra parte ia pelarse!, ¡borne!, ia pelarse, que güena farta les jase! Y, mita tú, a J'oseíyo el de la Visa le tengo yo que desí que aprenda pronto pa cura, que lo que yo digo es que lo que hace farta en er mundo son. Paes Curas güenos.

Una bendición graciosamente pedida y gustosamente dada

¡Qué delicadeza de ingenio y de piedad tienen estos *chaveítas*!

Quiero contaros, para vuestro recreo y edificación, la escena a que alude el título de estas líneas.

En ninguna de las liturgias occidentales, ni orientales, seguramente, encontrareis fórmula para pedir la bendición episcopal parecida a la que os voy a contar.

Regresaba una de estas tardes de mi visita casi diaria a «Mi Seminario» nuevo, y al ir a pasar por delante de una casa de vecinos y en menos tiempo del que echo en contado, veo a un chaveíta como de unos siete años que, en medio de la calle en

donde jugaba con otros camaradas, y de un salto sube al zaguan, arrebata de los brazos de la madre, que allí tomaba el fresco, una criatura como de cinco o seis meses, y levantándola con todas sus fuerzas con sus dos manos, y aupándose cuanto podía sobre las puntas de sus pies, sisea hacia mi coche para que lo miran, me presenta al chiquitín, que perneaba al aire, y me pide con un gesto por demás expresivo y gracioso que hiciera con mi mano sobre su niño la cruz que él me dictaba con el movimiento de su cabeza y de sus ojos.

Emocionado ante la delicada ocurrencia, di al pasar la bendición pedida sobre los niños y la madre, que se arrodilló al punto, y al ratito de pasar llegó a mi oído el eco de un beso muy sonoro y muy largo, como si se diera al mismo tiempo en dos caras... Era, seguramente, el *Amén* con que aquella madre buena recogía y respondía a la bendición dada a sus hijos...

Ir por lana

Entraba yo en una iglesia a visitar al Santísimo Sacramento en el Jubileo de las XL horas, cuando un grupo de *chaveítos* y *chaveitas* me cercan pidiéndome la mano y la consabida *meayita*.

Como pude les impuse silencio y les pregunté:

— A ver quién me dice cómo se llama el Señor que vive en esta casa.

Una manilla con más colores que el arco iris, levantada en alto, me dice que allí hay quien responda. — Vamos, di: ¿quién vive aquí?

— ¿Aquí? Pos aquí sabe osté, Señolobispo, que aquí vive un tío que da más guamas que osté cuando mos confirma, y más patás que la má...

— ¿Qué estás diciendo?

— Sí, sí Señolobispo —respondieron a coro mis interlocutores, poniendo en la palabra el acento de una queja y de una protesta,

mientras que con la mano señalaba cada cual el sitio *visitado* por las *caricias* del huraño vecino de la iglesia.

—Pero ése no vivirá aquí; será quizás el municipal del barrio, que tendrá que ponerse serio con vuestras travesuras y trapisondas.

¿El munisipá? *Güeno, ese tamié reparte candela en cuantito se descudia uno, pero er que vive aquí no ea munisipá, sino sancristá... Miosté, dice con una cara mu fea: «Niños, ¿ustedes se habeis creío que yo barro la iglesia para que ustedes me la ensusieis? ¿Usted se creéi que la iglesia es de ustede?» Y pum, pum, agarra y se pone mu ensendío y empiesa a larga candela que hay que yamá a lo bombero. ¡Josú, qué tío!, dando más gofetá que güerta una reolina...*

Al llegar aquí, todos, rebosando indignación, hablaban y gesticulaban y reproducían las actitudes y posturas del avinagrado sacristán, con todos los colmos y exageraciones propias de la tierra y de la edad.

El ruido debió llegar al interior de la iglesia, y por un ventanuco de una de las dependencias sale una voz cavernosa, con aire de vecina tempestad:

— ¡Niños! (Aquí un adjetivo calificativo *incalificable*). ¡Que voy payá!

La musa de las grandes inspiraciones parece que se cernió en aquel momento sobre las cabecitas de mis indignados chaveítas, y mientras que con un guiño picaresco y suplicante me pedían la complicidad de mi silencio, con una voz entre zumbona y desafiadora responden a la del que no se veía:

— Pos venga usté, si es capá...

— ¡Ya vereis! — replica la voz desde adentro, subiendo en tono y en ira.

No conozco más que de oídas a ese *Frégoli,* el habilísimo personaje que con rapidez increíble cambia de cara y papel, pero os

aseguro que mi sacristán le aventajo esa tarde. Aquella voz de trueno, aquella tempestad desencadenada que se sentía venir sobre los alegres vecinillos de la iglesia, se trocaron, por arte de encantamiento, en una mimosa invitación de:

—Niños, ¿por qué no entrais a visitar al Señor, que está expuesto? ¡Tantas veces como os lo tengo dicho…! Mientras besaba reverente el anillo episcopal.

Los pequeños vencedores, sintiéndose *Brenos* inexorables y mirando alternativamente a su vecino el sacristán y a mí, exclaman:

– *¡Er Señó espuesto! ¡Qué graciosó! Diga osté que no, Señolobispo, que el Señó no ha hecho ná, ni está espuesto a ná, sino que es él quien sa espuesto y… ¡se caío!*

Cuando salí de mi Jubileo, me contenté con terminar aquella *tragicomedia* diciendo al confundido sacristán, que me acompañaba hasta la puerta de la Iglesia:

—Que siga usted siendo tan buen consejero de los *mejores amigos de Jesús…*

Dos casos de finura de ingenio y de corazón

Me cuenta el director de uno de nuestros Catecismos parroquiales la siguiente escena:

Tocaba aquel domingo la explicación del tercer Mandamiento, y el Padre Director apretó en firme tira los niños que sin motivo alguno faltan a a; el pecado que cometen, el disgusto que ocaonan al Sagrado Corazón de Jesús y los castigos que preparan en esta y en la otra vida. ¿El remedio? Confesarse bien de las rabonas hechas y cumplir fielmente el propósito de la enmienda.

— Y mientras tanto no confesais —proseguía— que no se vaya ningún *rabonero* de la iglesia sin rezar en el Sagrario un «Padrenuestro» o un «Señor mío Jesucristo», para que el Señor le mire con misericordia.

Acabado el Catecismo, comienzan a desfilar los niños y las niñas al son de sus cánticos.

De entre las filas se queda uno rezagado mirando hacia distintos lados, como buscando algo perdido o, más bien, como tratando de disimular el no salir del templo con los demás.

—¿Qué se te ha perdido? ¿Qué buscas? —le pregunta el Director.

— *No es ná. Padre* — responde el chaveíta con voz casi al oído y con cara como de tomate - ; *es que me voy payá* —señalando para el Sagrario— *a echarle al Corasó de Jesús lo meno un rosario de Paes nuestro...*

* * *

Salía días pasados de administrar la Santa Confirmación de una Parroquia de estos barrios, y los pequeños confirmados me cercaron en la puerta, dispuestos a lo que parecía, a pagar en besos y estrujones en el anilló la grabia que les acababa de conferir.

— ¡A mi, Padre! ¡A mi tamié! ¡Otra ve! ¡Otra! ¡Eche osté paca la mano! ¡Ojú, que anillo! ¡El úrtimo yo! ¡Y yo!

— Bueno, bueno, ya está bien; ya habeis besado todos lo menos tres veces; ahora dejadme salir, que tengo prisa.

Obedientes con puntualidad de novicios a mis ruegos, abren paso y me siguen acompañando, sin besar, hasta el coche; un momento antes de poner el pie en el estribo, se destaca del círculo de chiquillos y chiquillas que me despedían una chiquitina, como de cinco años, tocada con una tira de toquilla que le cubría la parte superior de la cabeza y dejaba por detrás al descubierto un respingo de pelo o de moño incipiente, que, cogiéndome la mano y estampando en su anillo un beso estropitoso, me dice:

— *No se enfae osté, Señolobispo, que éste no ha sío pa mí; sino pa mi elmanillo que no ha venía...*

Otros dos casos

Tienen estos niños malagueños prendas y condiciones para hacer deponer el ceño duro al mismísimo Herodes, el de la famosa *degollina*.

¡Con qué atención escuchan, con que prontitud responden con qué facilidad se asimilan las materias, con qué soltura vencen las dificultades y con qué grada adornan sus respuestas!

He girado yo visita a todos los Catecismos parroquiales, y los hay en todas las Parroquias, y a las escuelas nacionales y privadas de Málaga, y de todas estas visitas, que no han sido meramente oficiales para ver y oír, sino para preguntar lo imprevisto y no preparado, he sacado la misma agradabilísima impresión de que estos niños malagueños son excelentes sujetos de experimentación pedagógica y aptísimos para obtener los más ticos frutos de educación.

Vayan, en comprobación de lo que digo, dos casos entre los innumerables que se han presentada.

Discutía, conmigo en el Catecismo del Sagrario un ciudadano de siete años no más, con más mellas en la boca y más lámparas en el babi y más agujeros en las al. pargatas que churretes en su cara, iy ya teníah discutía, repito, la posesión de un devocionario que yo había ofrecido, el domingo anterior, a todo el que se presentara con dos compañeros en el Catecismo del día siguiente.

La razón de la discusión era que los compañeros que él me presentaba como traídos por él, ya habían sido presentados por otros, o más veraces, o más listos.

Para dirimir la contienda en otro terreno de más fácil preocupación, le digo:

— Pero, después de todo, ¿para qué quieres tú el libro, si no sabes leer todavía?

— ¿Qué no se yo leer, y me ando en el libro ya...?

— Vamos a verlo — y le presento la portada del librillo, para que leyera, ¿qué dice ahí?

— ¿Ahí? —y con el desparpajo y serenidad de un lector encanecido y pasando el sucio índice por los renglones que parecía leer, dice — Alabado sea Dios...

Efectivamente, la portada decía: «Devocionario popular.»

* * *

El otro era en el Catecismo de San Felipe.

Vamos a ver quien se persigna mejor.

(Todos de pie, persignándose a porfía).

Muy bien; ahora quiero yo ver quién se persigna peor.

(Un *chavea* de los últimos bancos se levanta y comienza a persignarse).

¿De modo que tú eres quien se persigna peor?

El *chavea*, que seguramente no se había enterado bien de la pregunta, deja de persignarse y me dice sin el menor asomo de contrariedad, mientras pausadamente se sentaba.

— Ese no ha venía...

Que se pongan los sabios más sabios a buscar una salida más airosa que esa, y dificulto que la encuentren.

UNA COMPASIÓN TAN INTERESADA COMO GRACIOSA

Tornaba días atrás a Ronda, de una excursión pastoral por la serranía, cabalgando una tranquila mula y cortejado por tina cincuentena de jinetes de Alpandeire, último de los pueblos visitados y el más afanoso de, iodos en agasajar con su cariñosa y festiva compañía al Obispo que los visitaba.

¡Qué buenos de corazón y qué finos da agradecimiento son estos mis queridos serranos!

¡Cómo les enternece ver a su Obispo bajando y subiendo por aquellas escarpadas sierras y con qué solicitud rodean la adiestrada mula que la lleva —único vehículo posible por aquellos caminos inverosímiles— para alejar todo peligro de resbalones, traspiés, saltos, sustos y demás contigencias arrieriles!

— Señor Obispo —me decía, con acento de compasión, el alcalde de uno de esos pueblecitos de *águilas*, interinas me ayudaba a montar en el mulo— señor Obispo, ¡verdaderamente que *son muchos kilos pa estos peñascales!*

Tornaba, repito, a Ronda con mi lucido y llamativo séquito, aumentado en un *santiamén* por el de todos los chaveas masculinos y femeninos de las calles y plazas que atravesamos hasta llegar a mi hospedaje.

Después de apeamos y obsequiar con un *remojón* de labios y garganta a los simpáticos acompañantes y desearles buen viaje de las tres penosas horas que tenían que desandar, les fui dando a besar el anillo a cada uno, recibiendo de ellos, en el más expresivo de los tonos, el «que usted descanse», «a descansar», «buena falta le hará descansar» y otros parecidos.

Al retirarse todos los jinetes y quedarme solo con la chiquillería *andante*, una chiquitina, que llevaba un rato a mi lado, como de unos siete años, de ojillos negros y picarescos, me da un tirón de la mano derecha y con el desparpajo de una antigua amistad me dice:

— Zenolobispo, y esta manita ¿no se le cansa a usté nunca, con ese anillo tan gordo?

Y, sin darme tiempo a responder, prosigue en tono de zalamera compasión:

— Pos ¡ja!, si arguna vé tiene usté cansaíyo er deo ¡que se acuerde usté de mí, zeñolobispo!

Y mientras, se miraba el dedo anular de su mano derecha, como gozandose en una visión...

DOS SALIDAS DE... GRAN TONO

La primera

Acaeció en el famoso Correccional de Golfos de Málaga en el que un buen número de éstos reciben, por la caridad de unas bonísimas señofas, con la educación cristiana, sanos alimentos para sus cuerpos y honrados hábitos de laboriosidad para su vida.

Rodéame un grupo de golfillos en el patio de la Casa y van respondiéndome a la pregunta que les be hecho sobre el oficio de cada uno.

—Yo, baulero.
—Yo, cantaor.
— Yo, escribiente. (Un mozo de once anillos contados.)
— ¿Tú escribiente? ¿En dónde?
— Zi zeñó, en la Udensia.
— ¿En la Audiencia? ¿Tú?
— Que zi zeñó que zí.
— Vamos a ver. ¿Pero tú qué tienes que escribir en la Audiencia?
— Pos toma, ¡los delitos y los hurtos!
— ¿Los hurtos? Vamos, ¿cómo se escribe la palabra hurto?
— Pos con hache mayúscula.
— ¿Mayúscula tiene que ser?
— Hombre, singún sea el hurto.
Extrañado de la nueva teoría ortográfico judicial, insisto:
— De modo que el hurto de mil duros, ¿cómo se escribe?
— Con hache mayúscula.
— Bien; ¿y el hurto de un duro?
— Eso, con hache chica,
— ¿Y el hurto del pito de lata de ese chavea?
Y, con el aplomo de un Presidente del Supremo, contesta:
— Eso, acá no le ponemo ¡ni hache siquiera!

El *escribiente* resultó luego ser el *ordenanza* del alguacil de una Sala de la Audiencia.

Otra

Explicaba a los chaveítas de un Catecismo de barrio la dicha de comulgar y de recibir y poseer al Señor; súbitamente me interrumpe uno de los chiquitos y con el más firme de sus acentos me dice:

— Señolobispo, ¿me guié osté hasé cura?

— ¡Hombre, hombre! ¿Y para qué quieres tú ser cura?

Y, haciéndome un guiño graciosísimo, señalando hacia el Sagrario, me responde:

— Pos pa ná; pa llevá yo siempre guarda en mi borsillo la yavesita aquella.

— ¿Cuál, la del Sagrario? ¿Y pará qué quieres tú llevar esa llave?

— ¿Que pa qué? Pos pa sé yo el lamo del Señó... ¡Josús! ¿Y pa qué quería yo me tocara la lotería ya, ni ná...?

¿Querrán ustedes creer que entonces y después me sirve la *salida* del chaveíta para echar muy lejos de mí todas las pesadumbres y angustias del Ministerio que no son pocas, y conservar en mi alma la alegría de la posesión del más rico premio de todas las loterías?

¿Y no es verdad? ¿Nosotros, los Sacerdotes, por dignación infinita de Él y dicha infinita nuestra, no somos los *Amos del Señor*?

DE COMO HAY QUE TENERSE EN CUENTA POR EL CATEQUISTA EL CARACTER DE CADA REGIÓN

Ahora que ando por tierras del Norte, en las que parece que toda seriedad, no sólo de las caras, sino del paisaje y hasta del cielo, tienen su asiento, y desqués de haber abordado a no pocos chiquitines de por acá con preguntas del Catecismo, me acuerdo

más y aprecio mejor la prontitud de imaginación, la precocidad de inteligencia y la desenvoltura de carácter de mis chaveítas malagueños y dedos niños andaluces en general.

He asistido por aquí a varios Catecismos, y no acababa de salir de mi asombro al ver tantas filas de brazos cruzados, de ojos tranquilos y de pies inmóviles.

¡Lo mismo que por allá! Y cuenta que he encontrado niños y niñas que respondían a mis preguntas y repetían mis explicaciones con una seguridad, con un aplomo y con unás *honduras* que para sí quisieran no pocal gentes. Pero es la razón pausada y medida o la memoria ejercitada las que responden, pero la imaginación apenas si se asoma por ningún resquicio.

¡Lo mismo que mis chaveítas!

Un caso a este propósito que me ocurrió poco antes de salir de Málaga.

Paseando por el campo con algunos Sacerdotes, me encuentro con un rapazuelo de unos seis años lo más, con tantos tiznones en la cara como jirones en la blusilla y pantalón, y llevando sobre el hombro un tubo de hollata como de dos metros de largo, propio para extraer agua de una fuente.

— ¿A dónde vas?
— ¡Pos a yevar esto!
— ¿Y para qué sirve eso?
— ¡Pos yo qué se!
— Mira; quizas sirva para esto y cojo el tubo, pongo un extremo en su oído, y por el otro, aplicando yo la boca, le digo ahuecando la voz. ¿Me conoces?

Y con la frescura del que toda su vida hubiera estado ejercitado en aquel oficio, me dice:

— Ahora yo —y acompañando la acción a la palabra, invierte la posición del tubo, poniendo un extremo en su boca y otro en mi

oído, y con una vocecilla ronca y pausada me dice : iQue te cojooo...!

¿Qué os parece?

El Catequista y un chaveíta de unos nueve años

— Conque ¿cuántos son los Sacramentos?
— Siete.
— Y tú, ¿has recibido muchos ya?
— Miosté pa mi edad no son poquiyo.
— ¿Tú has recibido el Bautismo?
— Sí, señó.
— ¿Cuántas veces?
— Pos una
— ¿Y la Penitencia?
— Esa, la má.
— ¿Y la Comunión?
— Tampoco me queao atrá.
— ¿Y la Confirmación?
— Miosté, por casualidá, sí, porque me piyó pueblo cuando vino el Señolobispo.
— Oye, y la Extremaunción, ¿la has recibido?
Y el chaveíta, cuadrándose y con cara de indignación, responde:
— Ni media bé, gracia a Dió...

Diálogo cogido al paso entre un maestro y un discípulo.

— Conque ¿os habeis enterado de la explicación de los reinos de la naturaleza?
— Sííí, señó.
— A ver tú, ¿a qué reino perteneces tú?
— ¡A Córdoba!
— ¡Adoquín! ¿A Córdoba?
— No, no; al reino minerá.
— ¿Al reino mineral, chiquillo?

— Sí, señó; ¡como dise osté que soy un adoquín..!

HERMANOS CATEQUISTAS, HAY QUE SABER PREGUNTAR

Enfre enfadada y quejosa.

Me contaba una catequista, ibuena catequista, pero no andaluza!, la respuesta que le dio un chaveíta de Su Catecismo, y que ella tomaba casi, casi una falta de respeto o sobia de confianza.

Había explicado a su grupo la creación del mundo y la formación del primer hombre, y con toda clase de pormenores y demostraciones les describió el barro de que fue hecho, tomado de junto a un arroyito del Paraíso terrenal, etc., etc.

Ufana de recrearse en los frutos de su instrucción, pregunta a uno de los que con más atención le habían escuchado:

— Vamos a ver, tú: ¿de qué hizo Dios al primer hombre, a Adán?

— Po de una mijilla de barro que había junto a un arroyiyo.

— Muy bien; ¿y en dónde lo puso, acabadito de hacerlo?

El chavea, rascándose la cabeza y en el más convencido de los tonos:

— Pos lo pondría ar so (al sol) pa que se secara...

* * *

En confirmación de que el niño no bromeaba, conté a mi catequista lo que me respondió otro a otra pregunta mía, no bien hecha.

Hablándoles yo de lo conforme a orden y a fin que Dios hace todas las cosas, les ponía el ejemplo de los dientes, que son duros para que corten y trituren los alimentos, y de las piedras del suelo para que pudiéramos andar a pie derecho sobre ellas...

Porque —les argüía yo— figuraos que los suel de las calles y de los caminos, en vez de ser de piedra, fueran de merengue, ¿cómo íbamos a andar?

¡A bocaos! —responde un *oyentillo*, y con cara y ojos de sentirse ya sumergido en el dulcísimo baño público.

* * *

Hermanos catequistas —repito— hay que saber preguntar, porque los niños responden, no a lo que queremos o pretendemos preguntarles, sino a lo que *literalmente* les preguntemos. ¡La compenetración!

Esta reglilla, tenida en cuenta, ahorrará no pocos desencantos y enfadillos.

Una respuesta de mucha teología.

Andábamos a vuelas mis chaveitas y yo de por qué al Señor lo pusieron en la Cruz enclavado y a los ladrones los pintan *amarrados* con cuerdas.

La *musa* del acierto no andaba aquel día muy prodiga, y habían dado unas respuestas que no se sabía cual era la más descabellada.

Pero ¿es posible insistía yo — que ninguno me diga por qué están tan amarrados los ladrones del Calvario y...?

— ¡Un selvidó!

— Vamos, ¿qué se te ocurre?

— Pos miosté — me dice con aire de filósofo tranquilo —, yo digo una cosa: que a los ladrones tenían que tenerlo amarrao pa que no se juyeran..., pero al Señó, con los clavos tenía bastante..., porque asín sufría má y sabían muy bien los sayones que el Señó no quería escaparse del Calvario.

* * *

¿Verdad que tiene miga teológica lo de que el Señor *no quería escaparse del Calvario?*

¡Cómo nos vendría bien meditar esa respuesta a tantos *desertores del Calvario* como andamos por la vida...!

Una pregunta difícil de responder

Preguntaba un chiquito a su madre, con quien veía pasar las procesiones de Semana Santa, y entre ellas la del Señor Crucificado:

—Mamaíta, ¿tamié este año han matao lo judío al Señó?

* * *

¡Pobre inocente! ¡No se ha enterado todavía que, no los judíos, sino los cristianos matan en sus almas al Señor, y no cada año, sino cada día y... ¡cada hora!

IV
Tercer refrán

«Ojos que no ven, corazón que no quiebran»

Fuente y manantial de sana pedagogía es, en verdad, ese refrán.

Y en la enseñanza de la Doctrina cristiana, de una fecundidad maravillosa.

Mientras los niños vean más y mejor lo que se les explica, más y mejor se interesarán sus corazones y más adentro se les meterá lo enseñado.

Ver la Doctrina.

¿Ver la Doctrina? ¿No es ese un empeño insuperable? ¿Ver verdades dogmáticas, reglas de altísima moral ideas y nociones de un mundo espiritual o celestial..? ¿Se puede ver eso y precisamente por ojos de niños?

Sí, amigos míos; eso es difícil, muy difícil, pero no imposible, y a pesar de toda esa dificultad os sigo asegurando: «...si no ven, corazón no quiebran.»

¿Cómo vencer la dificultad?

Aunque la respuesta a esa pregunta me abre un campo dilatado por el que siento unas ganas sin medida de meterme, ajustándome al carácter de vulgarizadoras de estas páginas, me reprimo y contesto breve y sencillamente:

¿Quereis que los niños —y cuando hablo de niños en esta materia diviso muchas y numerosas clases de niños— quereis, repito, que los niños *vean* la Doctrina?

El Catecismo visto en el Evangelio

Dadles más *historias* de Evangelio que lecciones de texto de Catecismo; procurad que conozcan *primero quién fue* Jesús, qué hizo, en *dónde vivía* y en *dónde sigue* viviendo y después lo que enseñó con su palabra.

Las ideas, por muy santas que sean, es menester entenderlas muy a fondo para amarlas; las personas, cuando son buenas, basta conocerlas un poco para quererlas.

Se ha olvidado, desgraciadamente, que no son los mejores cristianos los que mejor saben Teología, sino los que más firmemente creen y más lealmente se unen y aman a Jesús.

Palabras del Papa

A propósito del conocimiento de Dios y su Declina, pláceme transcribir aquí unas oportunísimas palabras de nuestro Santísimo Padre Pío XI en su admirable encíclica sobre Santo Tomás de Aquino:

«Porque así como no se dice que conozca bien una región lejana quien sólo conozca de ella una descripción, por minuciosa que fuere, sino quien en ella vivió algún tiempo, así nadie adquiere por sólo la investigación científica conocimiento íntimo de Dios, si además no vive con Dios íntimamente unido. A eso mira toda la Teología de Santo Tomás: a llevarnos a vivir en Dios íntimamente».

El olvido del corazón del niño

Ha habido y hay mucho empeño en llenar la me. moña de los niños de respuestas de Catecismo, y ha habido y hay menor empeño en llenar su alma de Fe viva en su Presencia real del Sagrario y el corazón de amor rendido a su Hermano Mayor Jesús.

Se ha olvidado o no se ha tenido en cuenta que toda la misión y el empeño del catequista no ha de ser otro que el *hacer caer en la*

cuenta al niño bautizado de la existencia y del cariño de Jesús, del Amigo, Hermano y Padre suyo, que desde su bautismo lleva como sembrado y oculto en su alma.

¡Qué hermoso destino! ¡Facilitar y acelerar que se *reconozcan* esos dos amigos que vivían juntos, sin tratarse: el alma del pequeñuelo y el Jesús disfrazado de semilla del Bautismo!

¡Que los niños se den cuenta del Jesús de su Bautismo!

Esa y no otra es la meta del catequista católico digno de tal nombre.

Y para eso más Evangelio contado con el interés y la vida y el apego de lo que se quiere y se vive y menos texto canturreado, rutinaria y violentamente metido en la memoria.

¡Qué gozo he sentido al ver estas ideíllas, tantos años ha practicadas en mis Catecismos con frutos maravillosos, confirmadas y con tanta maestría razonadas por el venerable Obispo de Dijon, Mgr. Landrieux, en una hemosísiraa Pastoral a sus Párrocos y catequistas sobre Catecismo! De esta pastoral de Mgr. Landrieux copiamos los párrafos más característicos,

«Nuestros resultados en la educadón religiosa de los niños, son más bien engañosos»

Sean los que sean los obstáculos de fuera y ha tiendo abstracción de las complicaciones, de las dificultades exteriores que pesan con tanta fuerza sobre nuestra misión de catequistas, yo haga esta pregunta:

¿Es admisible que niños de inteligencia media, que han hablado dos horas por semana con un sacerdote durante unos tres años, sean incapaces a los doce años de tener una idea general, un conocimiento suficiente de la religión; en una palabra, la educación religiosa que corresponde a su edad?

Seguramente que no.

El libro del Catecismo es demasiado pesado para el niño. Es necesario aligerarlo

Entonces, ¿de dónde viene el fracaso? ¿No sería del método y del libro del *Catecismo*, que ponernos demasiado pronto en las manos de los niños?

Dejando a parte a los más inteligentes, los demás -y no todos- acaban por aprenderlo, por repetirlo penosamente palabra por palabra, casi como el monaguillo recita las respuestas de la Misa, en latín, sin comprenderlas.

No; el Catecismo no es libro que conviene hoy, a estos principiantes; porque, yendo más allá de ellos, los abruma y desanima.

Empecemos por el Evangelio, que es el libro por excelencia de la primera enseñanza

...Sería necesario hablarles, sobre todo y ante todo, de nuestro Señor, poniendo bajo sus ojos las escenas evangélicas para hacerles -conocer y amar al Divino Maestro, antes de darles, bajo forma pedagógica, su doctrina.

El Catecismo es una lección; El Evangelio es una historia.

¿Por qué empeñarse en enseñar como una lección lo que puede enseñarse como una historia? El niño soporta a la fuerza la lección, mas no se cansa nunca de historias.

En el Evangelio está todo el Catecismo, pero el Evangelio no está en el Catecismo.

Nuestros Catecismos están casi mudos sobre la Historia Sagrada y el Evangelio: Tres o cuatro páginas lacónicas sobre la vida de nuestro Señor, dos o tres fechas vagas, imprecisas, algún episodio apenas indicado, una corta y seca enumeración de los

milagros, una palabra sobre la Pasión, dos líneas sobre la Resurrección, y nada más.

Si desde el primer día se pone en manos de los niños el Catecismo y si durante tres, cuatro o cinco años se repite el mismo texto al pequeño, al mediano, al mayor, no conocerán ni el Evangelio ni a nuestro Señor.

En las Parroquias de las poblaciones, en los Colegios, en los Patronatos, las instrucciones de perseverancia suplen ese vacío, pero en la mayor parte de los pueblos, por falta de tiempo y porque el libro habla apenas de él, el Evangelio pasa desapercibido por toda la vida.

¿Se puede concebir un católico práctico que no haya leído nunca el Evangelio? Es el caso de la mayoría.

Se podría estar perfectamente instruido en la religión no conociendo más que el Evangelio, porque en él está toda la sustancia.del Catecismo, pero no hay recíproca. El Evangelio no está en el Catecismo...

A continuación expongo cómo he enseñado a mis niños el Santo Evangelio, exponiéndoselo con todo el calor, olor y sabor, que el mismo relato Sagrado permite y la historia, la arqueología y la lógica autorizan, y haciéndoles repetir y representar lo narrado y deducir consecuencias de mis significados.

En honor de los niños debo decir, y los siguientes relatos de ellos lo comprueban, que se quedan con el Evangelio y *se dan cuenta* de Jesucristo, de lo que es, lo que quiere, lo que hace, lo que pide, lo que nos da y lo que de nosotros espera, es decir, que sus ojos lo ven y sus corazones se quiebran de amor y de fina correspondencia por el dulcísimo de Jesús.

EL EVANGELIO CONTADO A LOS NIÑOS Y REPETIDO POR ELLOS

DE MI LECCIÓN PRÁCTICA DE CATECISMO EN EL

CONGRESO CATEQUÍSTICO DE VALLADOLID

Evangelio de la multiplicación de panes y peces.

Que era precisamente el de la segunda multiplicación milagrosa de panes y peces que, según refiere San Marcos, obró Nuestro Señor Jesucristo en un desierto próximo al lago de Genesaret.

Decía yo ante aquella ilustre asamblea:

«En mi Catecismo parroquial doy tanta importancia a la explicación del Santo Evangelio, que siempre empiezo por ella ya veces en ella se me va todo el tiempo.

Después de todo, la doctrina cristiana, ¿qué otra cosa es que la explicación y aplicación del Eyangelio?

Yo no conozco un medio externo que forme mejor a los cristianos que el Santo Evangelio conocido y entendido.

Justo es decirlo: que hay muchos cristianos que todavía no se han enterado de quién es Jesucristo.

¡Así andará su cristianismo!

Hay que enterar al pueblo de Jesucristo dándole a conocer el Evangelio.»

Un niño rubio como unas candelas y con una pronunciación castellana tan recia, que ya quisiera yo para mí los días de fiesta, sube a la plataforma y recita el Evangelio siguiente:

«Por aquellos días, habiéndose juntado otra vez uri gran concurso de gentes *alrededor de Jesús* y no teniendo qué comer, convocados sus discípulos, les dijo:

Me da compasión de esta multitud de gentes, porque hace ya tres días que están conmigo y no tienen qué comer, y si los envío a sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos.

Respondiéronle sus discípulos: ¿Y cómo podrá nadie en esta soledad procurales pan en abundancia? El les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Respondieron: Siete.

Entonces mandó Jesús a la gente que se sentara en berra: Y tomando los siete panes, dando gracias los partió, y dábaselos a sus discípulos para que los distribinef sen a la gente,_y se los repartieron.

Tenían adémás algunos pececillos; bendíjolos también, y mandó distribuírselos.

Y comieron hasta saciarse, y de sobras.recogieron siete cestas.

Siendo al pie de cuatro mil los que habían comido, en seguida Jesús les despidió.» (Mc. 8,1-9).

Explicación del Evangelio.

Ahora voy yo a ver si estos niños se han enterado- de lo que ha dicho este predicadorcito, tan chiquito 'y tan rubito.

De modo que el Señor iba andando ¿por...? Un desierto.

Acompañado de sus... Apóstoles.

Y como la gente de aquellos pueblos habían visto al Señor hacer milagros, entre otros el de dar habla a un mudo, y sabían lo bueno que era, se fueron con él así como unos 40 hombres, ¿no...?

No, padre; 40, no, sino 4.000 sin contar las mujeres y los niños.

Eso es, 4.000 hombres sin contar las familias de cada cual; vamos nosotros a sacar la cuenta: Vamos a poner 5.000 mujeres, porque siempre en las cosas de ver, es decir, de curiosidad y oír, hay más mujeres que hombres y además porque con el Señor se portaron siempre mejor las mujeres que los hombres.

Y de niños podemos poner el doble de mujeres. porque a más de que se encuentran en todas partes, como el aire, le tenían

mucho cariño al Señor porque se habían dado cuenta de lo que les prefería.

Los niños y los perros tienen un olfato especial para conocer quién les quiere y quién no.

Niños, ¡cuánto os quería y os quiere el Corazón de Jesús.

De modo que vamos a hacer una cuenta de... — Sumar.

4.000 hombres.

5.000 mujeres.

Y 10.000 niños.

—¿Cuántas bocas nos dan?

—19.000 bocas.

— ¿Y cuántos estómagos?

— 19.000 estómagos.

—Y esos estómagos ¿estaban llenos o actos? — Vacíos.

Y ¡tan vacíos! como que llevaban ya tres días acompañando al Señor y cada cual se fue como le cogió, sin una triste alforja con provisiones, ni un canto dé pan en el bolsillo. Tan vacíos debían estar aquellos estómagos, que yo creo que a algunos les habrían salido ya hasta telarañas...

Ahí era nada lo que hacía falta para hartar 19.000 estómagos con hambre de tres días, más el aperitivo del Paseíto que llevaban dentro del cuerpo y del aire sano del campo y la brisita que vendría del mar. ¡Qué barbaridad de hambre la que *correría* por allí!

Si sólo de pensarlo se le abre a uno la boca.

A mí lo que me maravilla es qué, siendo el ham-bre tan mala consejera, todavía quedaran vivos, aquellos siete panes y aquellos pececillos. ¡Brillante ejemplo de respeto a lo ajeno que inspira nuestra bendita Religión!

Pues, a pesar de ser tan grande aquella hambre, a ninguno se le ocurrió pedir un cantito de pan al Señor, que ya había dado pan en otra ocasión parecida, ide tal modo se llega uno a olvidar de sus propias penas, aunque sean muy grandes, cuando sufre por el Señor y se pone a la vera suya!

Pero el Señor tenía y tiene un corazón más grande qué toda aquella hambre y sin que nadie se lo pida, ¿qué es lo que hace?

—Un milagro.

—¿Chico o gordo?

— Muy gordo.

Pues, a ver cómo fue aquello. Tú haces de Señor y te sientas allí; tú, tú y tú de apóstoles y los demás de turba.

Dis chiquillos *metidos* en su *papel* toman sus posiciones y sirviéndoles yo de apuntador, reproducen la escena de la multiplicación con todo el colorido y semejanza que el lugar y las circunstancias permitían.

Todavía se relamían de gusto del *banquete* milagroso, cuando, les mandé volver a sus primitivos puestos, y prosigo:

Mirad qué buen corazón tiene el Señor; y no solamente bueno, sino poderoso; porque nosotros queremos muchas cosas buenas para las personas a quienes queremos; pero como nuestro poder no está a la altura de nuestro querer, nos tenemos que aguantar con nuestros buenos deseos; pero al Señor no le pasa eso; su poder es tan grande como su querer y cuando dice ¡a querer voy! ya puede uno decir que le ha tocado el premio gordo de la lotería. ¡Vaya un corazón para querer de verdad y con ganas!

Vorotros os asustais de que de siete panes y unos pececillos saque el Señor panes y peces para hartar a 19.000 estómagos hambrientos, y que aún sobraran; pues también deberíamos asombramos de la virtud de multiplicarse, que ese mismo Señor le ha dado a un granito de trigo.

– ¿Cómo se multiplica un grano de trigo?

– Sembrándolo.

— Eso es; metiéndolo en la tierra y, cuando se pudre, sale la espiguita nueva que há de dar varios granos de trigo por cada uno sembrado.

Una sola cosa os voy a decir para que os enteréis bien de lo bueno y poderoso que es el Corazón de Jesús.

—Decidme, ¿para qué se han hecho los dulces?

—Pues... para endulzarnos la boca.

—Muy bien, respóndeis como unos filósofos; el dulce sirve para endulzar ¡es claro! a menos que no esté echado a perder, como pasa con muchos dulces de esta vida.

Pues verais, el Corazón de Jesús que sabe lo que a sus hijos les gusta el dulce, olvidándose de que esos hijos le dan a beber las hieles de sus pecados y de sus ingratitudes, ha criado qué se yo las plantas con la misión principal de dar frutos que endulcen las bocas de sus hijos.

Vamos a ver si vosotros me decís nombres de frutas que el Corazón de Jesús nos da para endulzarnos la boca.

(¡Aquí fue ella!) —¡El melón!, ¡la sandía!, ¡las ciruelas!, ¡las guindas y las cerezas!, ¡las uvas!, ¡los melocotones!, ¡las peras y las manzanas y los higos!, ¡los membrillos! (Un chiquitín con acento muy convencido:) ¡El arroz con leche!

— Basta, basta, que más que una iglesia va a parecer esto una plaza de abastos.

Ya veis si es bueno y retebueno el Corazón de Jesús multiplicando los bocaditos dulces para sus hijos, aún los malos, como multiplica los rayitos de sol para alumbrar al mundo y las gotitas de agua para saciar nuestra sed, y los granitos de sal en el agua del mar para que ésta no se corrompa, y las moléculas del aire

para que respiremos... y sobre todo cómo se multiplica todos los días Él mismo.

¡El mismo, sin partirse, para alimento y consuelo de sus hijitos...! ¿En dónde?

— ¡En el Santísimo Sacramento!

— Nosotros sí que somos malos y retemalos cuando le hacemos sufrir con nuestras picardías multiplicadas por el infinito.

Y vosotros ¿qué quereis dar al Corazón de Jesús, dulce o hiel?

— ¡Mucho dulce!

Muy bien, muy bien por los niños que no quieren dar hiel de pensamientos malos, de palabras feas y de obras sucias al Corazón buenísimo de Jesús.

Pero yo quisiera que Él se enterara de vuestros buenos deseos, porque el pobrecito de Jesucristo está tan hartito de hieles de hijos malos, que se pondrá muy contento de venos.

¿Sabeis vosotros si el Corazón de Jesús anda muy lejos de por aquí?

No, Padre; que está muy cerca.

¿En dónde? Señaladme con el dedo dónde está. (Cien deditos levantados en alto señalan a las puertecitas del Sagrario).

Allí, allí está, es verdad; oyéndonos y mirándonos. Andad, decidle eso que deseabais decirle.

(Todos juntos conmigo). Corazón buenísimo de Jesús, que no queremos darte hiel de cosas malas, sino mucho, mucho dulce, para quitarte el mal gusto de las hieles de tus hijos malos.

Que Él os bendiga, hijos míos...

Ahora una coplita y hasta mañana, si Dios quiere.

EL EVANGELIO DE LOS LOBOS

DISFRAZADOS DE OVEJAS

DE MI LECCIÓN PRÁCTICA DE CATECISMO EN EL CONGRESO CATEQUÍSTICO DE VALLADOLID

Una niña con desenvoltura y buena entonación recita:

«En aquel tiempo, dijo Jesús:

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces.

Por sus frutos u obras los conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de los espinos o higos de las zarzas?

Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos ni un árbol malo darlos buenos.

Todo árbol, que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego.

Por sus frutos; pues, los podreis conocer.

No todo aquel que me dice: ¡Oh, Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que háce la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos. (Mt. 7, 15-21)

¡Vaya si tiene Miga lo que por boca de esta niña ácaba de decimos Nuestro Señor Jesucristo!

Concédame a saber danos esa miga muy desmenuzadita para que no se os atragante y os siente bien.

A nadie como a los niños les gusta y les hace falta tener amigos; la dificultad está en encontrarlos buenos.

A eso va este Evangelio.

Vamos a ver.

¿Quién de vosotros sabe conocer un melón sin calarlo?

(Risa general que equivale a esta palabra: ninguno.) Pues más difícil que saber conocer un melón por dentro es *calar* a un amigo.

Y así como cuando el melón sale apepinao no sirve más que para tirárselo a los perros, así un amigo que sale malo no sirve más que para echarlo a los perros también.

¡Vaya si hace daño un amigo malo!

Este Evangelio os va a enseñar a calar, no melones, sino amigos.

— ¿Habéis visto muchos corderitos?

— Sí, Padre.

— ¿Cómo hacen los corderos?

— ¡Meee, meee!

— Pues ¿no parece que habéis sido corderos alguna vez?

Y un lobo ¿quién lo ha visto?

Eso es más difícil ¿verdad? Pero todos sabréis que los lobos son ¿buenos?

— Muy malos.
— Y que tienen unos dientecitos muy blandos que no duelen ni hacen sangre...
— Sí, Padre, que hacen mucha sangre.
— De modo que un lobo es un personaje de cuidado, ¿verdad?
—Y ¡tanto!
— ¿Con quién se podrá juntar mejor y con más seguridad una gallina, por ejemplo, con un corderito o con un lobo?
— Con el corderito.
— ¿Y si le diera a la gallina por juntarse y salir de paseo con el lobo porque éste tenía el pelo brillante y el hocico muy bonito..?
— Que no quedaría de ella ni las plumas.

Pues mirad, eso mismo les pasa a los niños que les gusta juntarse con amigos malos. ¡Pobrecillos! Al poco tiempo de

juntarse con los amigos lobos, no les queda ni inocencia, ni gracia de Dios, ni alegría, ni saludbi nada bueno.

— ¿Quién se ha comido todo eso?
— Los amigos lobos.

Una dificultad

—Y si a los lobos les da por vestirse con la piel de los corderos, ¿cómo se van a distinguir?

Porque los lobos son tan listos como malos, y se valen de la hipocresía para engañar a los tontos y a los incautos:

Y eso mismo hacen los amigos malos, que son tan hipócritas como malos, y se presentan con carita de buenos y palabritas de miel para engañar a los desprevenidos.

¿Qué haremos para distinguir los corderos de verdad y los de *mentirijilla*? Ya lo habeis oído en el Santo Evangelio que nos dijo esa niña. ¿Por dónde se conoce ese árbol?

—Por los frutos...
—Eso es; un ciruelo ¿qué produce?
— Ciruelas.
— ¿Y un almendro?
— Almendras.
— ¿Y una viña?
— Uvas.
— ¿Y se dará el caso de que un ciruelo dé melones y una viña bellotas?
— No, Padre.
—Por eso dice el Señor: así como por el fruto se conoce el árbol, por las obras se conocen los hombres. Así como el árbol que echa ciruelas se llama...
— Ciruelo.
— El hombre o el niño que echa mentiras, se llama
— Embustero.
—Y el niño que echa falsos testimonios se llama

— Calumniador.

— ¿Y el que toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño?

— Un ladrón.

— ¿Y el que hace la *rabona* o los *novillos*?

— Un rabanero.

— Bueno: ya está aquí la regla para no dejarse engañar de los lobos disfrazados, que eran los...

— Amigos malos, hipócritas.

— Fijaos en sus...

— Obras.

— A ver quién de vosotros se atreve a decirme qué clase de amigo es éste que os voy a presentar:

— Un niño va a la escuela por la mañanita temprano y se encuentra a un compañero que le dice: — ¿Quieres jugar un poquito conmigo a las *bolas* o las *canicas*?, como aquí decís. —No, me voy corriendo para repasar la lección a la Escuela, responde el otro. — Anda, si yo también voy; pero todavía falta tiempo; mira, jugamos un poquito y nos quitamos el frío de las manos. El niño se deja convencer y se pone a jugar; pasa un ratito, y un rato, y un *ratón*, y cuando suena la campana del reloj el amigo grita y arma mucho ruido para que el curó no se entere. Cuando ha pasado la hora te dice: ¿Sabes que ha pasado la hora de clase? Yo no me atrevo a ir ya porque me van a castigar por dormilón; tú no vayas tampoco; mira, nos vamos a un huerto que yo conozco y cogemos almendras: ¡están tan buenas! —¿Y si nos agarran? —Pues les decimos a nuestras madres que era el día de la mujer del Maestro y no hubo clase. — ¿Y mañana en la escuela? —Pues lo mismo, decimos que habíamos tomado una purga. — ¡Pero si...! — No tengas miedo, chiquillo, fíate de mí, ¿voy a querer nada malo para ti?...

Vamos a ver. ¿Qué clase de amigo es ése?

— Un lobo con piel de cordero.

— ¿Por qué? ¿En qué lo habeis conocido? ¿Cuál es la piel esa?

— Pues todas las cosas bonitas que le dice al niño que iba a la escuela.

— Eso es, lo de quitarse el frío, lo de que no lo fueran a castigar, lo de los almendras buenas, lo de no querer nada malo para él. Y de lobo, ¿qué tenía ese amigo?

— Sus obras: hacer *novillos*, mentir, robar y exponerse a muchos males.

— Muy bien, muy bien.

Ponedme ahora vosotros algunos casos de éstos. (A borbotones salían los casos, señal clara de que la lección estaba cogida y de que aquellos niños a fuer de bien educados, tenían buen criterio para distinguir los lobos de los corderos).

Total, que para ser bueno aquí en la tierra e irse después al cielo, no basta *presentarse bien*, ni *tener buenas formas*, ni decir palabras bonitas, ni aun rezar mucho, sino lo que hace falta son buenas obras, que es lo que dice Nuestro Señor Jesucristo al terminar ese Evangelio: —No todo el que dice ¡oh, Señor, Señor!, entrará *por eso* en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre Celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos».

En donde nos veamos todos. Amén

Venga una coplita ahora.

El Nacimiento del Niño Dios, contado por mis chaveítas.

Pos pasó que estaban un día mu tranquilitos la Vinge y San José en su casita de Nasaré y ba y se presenta en la •puerta un tío con un bigote mu largo y con cara de lechuso y con un papé en la mano y mucho chavea detrá y mucha patulea y ba y le dise: oí ustede, de parte del Emperaó de Roma, que ea cuá vaya al pueblo de donde salió su familia pa empadronarse, que el Emperaó tiene muchas ganas de sabé cuánta gente tiene su imperio. Y la gente de la patulea venía disiendo con mu malo modo: miá qué fantasioso y

qué presumía es er Señó Emperaó. ¡La farta que le hará sabé eso! Y con el frío que hase y los camino tan malo y la vía tan caral y iban refunfuñando muchas cosas.

Pero San José y la Vinge no se metieron con el tío ni dijeron na tná que güeno, iremo pa ya.

Y como los dos eran de la familia del Rey Daví aunque habían venía a meno y er padre de Davi era de un pueblecillo mu chico ma ayá de Jerusalén como una tres legua dijeron: pos vamos a tené que í a Belén pa la cuestión del padrón y como los dos eran mu humirde y estaban siempre conforme con tó lo que se mandaba piyaron la alforja con un bocaiyo y con una borriquilla que tenían pa í por leña y se fueron pa Belén; la Vinge le decía a San José que se montara él y San José que eya, y pa que no se pusiera disgustao San José se montó la Vinge y así echaron tre o cuatro día en vení a paró a Belén durmiendo mu má en donde le piyaba y comiendo un bocaiyo y aunque iban mu molío no ponían mala cara ni ná como otra gente que iba pa yá.

Pos en cuantito llegaron al pueblo ba y se ponen a buscá en qué quearse y igiieno! paresía que iban a pega tiña a la gente, yamaban a toas la posá y como lo veían tan pobretico y tan má trajiao le desían: busca ustede por otro lao que acá está tó yeno y la Vinge no se ponía triste ni ná, pero San José le iba entrando una jormiguilla de vé a su mugé despresiá y en mitá e la cay e que si.no hubiera sido porque la Vinge le decía mucha cosa güena le hubiera partío la cara a un tío desconfiad de aqueyo.

— ¡Chiquillo! ¿San José partir la cara?

— Güeno, yo no sé, pero lo que es yo aniguá de él, me dormía tirándole piedras al tío de la posa y a los cristales y a tó.

Pero ná, en el pueblo aqué no había más que gente de mu mala tripa y se tuvieron que meté en una cuevesiya que había ayí fuera en el campo, lo mismito que si hubieran sío uno gitano o uno húngaro de eso de la melena.

San José se puso a arregla lo papele del padrón que era una cosa mu detenía porque había mucha gente de fuera pa lo mismo y como tenían unos nombres muy enrevesaos, el tío de la ofisina estaba mu tardío pa apuntó y luego que como San José estaba tan cayao y lo veían tan probetiyo lo dejaban pa la cola.

La Vinge, que era mu limpia, se puso a barré la chosa y quita la telaraña y a blanqueé y arjocifá que parecía aqueyo otra cosa.

¡Y no fué ná lo que pasó ayí la Noche Buena en puntito a las doce! entró una dariá por toda la cueva y un oló mu fino y una música mu rara y ba y dise la Vinge con una bó mu alegre: José, ya nació Jesús, míralo... y se quearon los dos con el resueyo metío pa entro y como atontao y no podían hablé, ni yorá ni ná má que miró y remiró pa é jasta que rompieron en jartarlo a beso y en achuchone: luego ba la Vinge y lo arrebuja en unos pañaliyo que tenía ayí y como no tenían cama ni cuna, con unas poquiya de paja lo pusieron en, un pesebriyo arrumbao que había dejan ayí otra gente.

Y así nasió el Niño Dió.

¿Enseñanzas?

Muchas y muy enjundiosas sacaron mis doctorzuelos, pero para muestra y resumen sólo pondré aquí la más notable y original de todas.

—Ya *digo* —respondía un chaveíta con una formalidad y un aire de convicción deliciosos— *que el Niño Dió ha nasío así ¡pa argo*! (un tirón de la pretina de los pantalones hacia arriba y del borde de la blusilla hacia abajo), y que si ha nasío pa argo, e *¡pa que mos aguantemos!*

— ¿...?

— Sí, señó; que el mundo está como está porque no hay quien saguante. Y dice mi momá cuando estamo apuralyo de pan, que es mester eso: aguantarse lo mismo que lit Vinge, San José y el Niño...

Entrego a los filósofos y gobernantes, y no digo nada a los ascetas, la enjundia de la teoría del *aguantarse* a sí mismo y los unos a los otros *porque y como Jesús lo quiere y lo practica*...

EL EVANGELIO DEL MILAGRO DEL HIDROPICO, CONTADOPOR MIS CHAVETAS

(Lc. 14, 16)

DOMINGO XVI DE PENTECOSTÉS

Una vé iba el Señó por una caye y ba y sale un señorito mu fantasioso que era fariseo de los más gordos y le dice dándole la coba al Señó: ¿Quiére uste venirse a mi casa a comé conmigo y con uno amiguiyo que tengo yo ayí...? Y aunque el Señó lo sabía tó y sabía que no lo querían ni ná y era pa piyarlo, como era tan güeno, ba y le dise: bueno, hombre, bamo pa yá, y se entra en su casa y había ayí mucho señorito que eran también fariseo y tós le hacían mucho saludos y mucha pamplinita, pero tó de himproquesía, porque tós estaban a bé lo que hasía y lo que desía, y dise el lamo: ¡ea! pos bamo a comé que ya estamos tós y se ponen a comé y esto era en sábado, que para lo judío era como si fuera domingo.

Er Señó comía tranquilo y los fariseos no hacían más que guiñarse y hacerle preguntiyas y tirarle puyitas de que si era Dió, de que si eyo eran mu güeno y se sabían toa la doctrina y que la gente que iba con el Señó no cumplían con los mandamientos y ni con las Fiestas y la má de cosas y el Señor ¡mu tranquilo!

A esto ba y entra muy despasito por ayí un enfermo mu hinchao de eso que dicen que tienen la barriga y la cabesa y tó lleno de agua.

Y ba entone er Señó y deja la cuchara y dice a lo señorito aquello: Abé desí ustede ¿se puede curá a uno en día de Fiesta? Pero eyo no chistaban. Entonse ha y agarra er Señó al hinchao y sin decirle ná ni na ilo dejó seco! y ya no estaba ni hinchao ni ná y le dise: ea vete pa tu casa que ya sacabó eso.

Y los tíos tos mu cayao, y ba y le dise el Señó: que, ¿he fartao a las Fiestas o no? ¿Ustedes no desí que los sábados no se puede hasé na, ni aun las cosas precisa? hamo a bé: si arguno de ustede se les cae el burro o el buey a un poso o a un charco un sábado ¿se queáis quieto o saléis juyendo hasta piyarlos pa que no sajoguen?

Y lo fariseo se queaion más embebíos que el hinchao del milagro.

El Evangelio de las Tentaciones

Sobre el Evangelio del primer Domingo de Cuaresma que cuenta las tres tentaciones rine el diablo se atrevió a poner a Nuestro Señor Jesucristo, les pedí que me escribieran las tentaciones que el mismo Tiznado suele ponerles a ellos, y de entre el montón de tentaciones *infantiles* propuestas saco y copio las siguientes, que son un acabado estudio de *táctica diabólica*.

Allá va con todas sus faltas y sobras gramaticales, aunque confieso que a la letra ni le sobra ni le falta nada, porque es una buena letra.

«Huelva, a 3 de marzo de 1914. Modo de tentarno el demonio.

1. Un niño va a' comulgar y le dice el demonio: no comulgue, ¿para qué?, para quedarte sin comer hasta las doce y sabe Dios si no comulga anda tonto no comulgue (y el niño no comulga). .

2. Un niño va a confesar con Don Carlos y tiene que decirle un pecado muy gordo y el demonio le dice: mira tonto no diga ese pecado tan gordo o sinó se lo van a decir a tu padre y te va a pegar una paliza y Don Carlos te va a echar del Colegio, y el niño hecha cuenta en el demonio y lo tienta sin sentirlo.

3. Un niño va a la escuela y el demonio que es tan pícaro le dice: mira, anda y ve en ca Perico a coger pera, manzana, etc., y el niño dice: olé, me boy a ginchá y el niño no va.

4. Un niño va a la escuela y le dice el demonio: tonto no baya a la escuela, hoy vienen dos vapores de guerra muy bonito, no baya, y el niño no va a la escuela.

5. Un niño va a Misa y el demonio le dice: no baya que va estar allí aburrido solo, no baya, y el niño no. va a misa.

6. Una madre manda a su hijo a un mandado y el demonio le dice: quédate con el dinero y engaña a tu madre, y el niño gasta el dinero:

7. Don Carlos antes del Carnaval había dicho que viniéramos para el Carnaval, y ya que venía el niño para la escuela le dice el demonio: no baya a la escuela, vete a coger serpentina y el niño no va a la escuela.

8. Un padre le había dicho a su hijo: Mira, para el Carnaval no saláa de noche, y el demonio le dijo: mira porq n) va al casino mira allí te va a morí de risa y el hijo se escapa y se vá al casino.

9. Un Juanico se le tiene que imponerla medalla y tiene que comulgar y el demonio le dice: no baya mañana a la escuela es mentira no se te impone la medalla, como no baya te doy mil duro y el niño no va.

10. Un capitán de un vapor está juntando para comprar un cuadro de Nuestra Señora del Carmen y ya que tenía 50 duro le dijo el demonio: gasta eso 50 duro en vino y te divierte, y el capitán lo gasta.

11. Un Juanico está juntando cinco céntimos para cuando pidieran los juanicos echar su perra, y el niño ya que tenía el dinero le dijo el demonio: compra palo dulce y el niño hace lo que le dijo el demonio.

12. El niño está en clase y el maestro le dice que se esté callado, y el demonio le dice: juega y el niño se pone a jugar.

13. Don Carlos está diciendo todos los días que vengan a misa y el demonio dice: juega al trompo y no va a misa.

14. Un pobre va por la calle y el demonio le dice a un niño: mira tíale un pepinazo y el niño coge un pepino y se lo tira al pobre.

15. Un niño le pide permiso para ir a jugar a la pelota, y cuando iba a oír misa de once dijo el demonio: no baya a misa de once y el niño no oyó misa de once.

16. Un niño está oyendo misa con devoción y le dice el demonio: juega y no esté aquí aburrido y el niño se pone a jugar.

17. Cuando una madre dice a su hijo, niño anda vez por 0,05 céntimos de azúcar y le dice el demonio: no vaya, gástala en cigarrillo por ahí; y el niño hace caso del demonio.

18. Cuando uno está en clase y le pregunta el maestro, niño que ciudad es ésta y el niño la sabe, sino que no quiere decirlo para hacer enfadar al maestro y el maestro se enfada y riñe.

19. Cuando uno va por la calle y va un señorito muy elegante y le dice el demonio: tírale, un tomataso y el niño se lo tira.

20. Cuando un niño va echando un paseo y pasa un automóvil y le dice el demonio: tírale una piedra y el niño se la tira y le rompe una máquina del motor.

21. Cuando uno va por la carretera y ve un puesto de calentito, y le dice el demonio: coje calentito que está muy bueno y el niño lo ceje.»

José Malvarez

¿No les parece que un diablo se vería ya apurado para alambicar[6] más?

La curación del leproso, contada por mis chaveítas

Venía un día er Zeñó bajando de un monte a donde bía estao predicando el sermón de las Bienaventuranzas y la gente no se

[6] Alambicar: Considerar, estudiar.

quería i de su lao sino que aniguá ca vé se arremolinaba má. Y de un campo muy lejo como un desierto se deja vení un leproso con media mano y la cara roía y sin nariz y echando un peste... Entonces la gente que le tenía mucho mico a lo leproso, se ponía los pañuelos en la nari y se tapaba losojo y le hasían mucho asco, pero el leproso sin darle cuidao de ná ba y se Enea delante der Zeñó y le dice: Zeñó, si usted quiere me pué limpia de esta porquería que tengo ensima. Entone el Zeñó lo miró mu fijo, estiende la mano y le toca la cara y le dice con una vó mu blandita:

Quiero. Queda limpio: Y le entró una cosa por el cuerpo al leproso que al momento se le quitó la lepra y tó se queó sano y se puso gasta güen mozo, sin una señalita siquiera. Y como er Zeñó era tan humirde que no le gustaba echar fantasía con na, ba y le dise mu bajito al hombre: mira, que no cuentes esto por ahí, sino que ahora mismo te va á busca a un Sacerdote pa qué le haga la ofrenda que mandó Moisé y que te dé el sertificao de que estás güeno y que ya te pues ir a tu casa...

Unas cuantas preguntas sobre ese Evangelio.

— A ver quién me explica la petición del leproso, que dice tanto en tan pocas palabras y no solamente que dice, sino que hace o hace hacer, porque con sólo decir: Señor, si quieres me puedes limpiar, recibe el milagro que pide. ¿No hubiera sido mejor que hubiera dicho: Señor, como eres tan poderoso, como eres Hijo de Dios, como has hecho tantos milagros, como tienes tanto talento u otra razón parecida, ¿me puedes limpiar? ¿Por qué en vez de invocar su poder, su divinidad, su sabiduría, invoca sólo su querer? Vamos a ver quién me lo acierta, quién me explica el secreto de esa oración tan chiquita y tan eficaz... (Silencio profundo y caras alargadas por el interés de dar con la respuesta).

Insisto: ¿Por qué eso de buscar milagros en el querer del Señor?

(Pausa.)

Una manecilla que se levanta, acompañada de una cara tan radiante de satisfacción como rebosante de churretes.

— ¡Qué!

— *Que ar Zeñó hay que piyarlo por su Corazón...*

¡...!

¿Vale la respuesta?

La parábola del Amo misericordioso y el criado sin entrañas, contada por mis chaveítas

Estaba un día er Zeñó disiéndole a sus apóstoles que teníamo qu'e ser mu güeno uno pa cón losótro y perdonamos la má de vese, y ba y agarra y dise: po ayá ba un ejemplo de una cosa que pasó.

Había un rey mu rico, mu rico y estaba una mijilla escaman de que se la estaban pegando su gente y ba un día y yama a tós y dise: güeno, pos vamo a ajustó cuenta, que me paese a mí que arguno me la ésta pegando. Y viene uno que le debía na menos que sin cuenta y sinco millones de pesetas, inaíya!, y le dice el rey: a pagarme ahora mismito y siñó que te metan preso a ti a tu mujé y a tu sijo y que te empeñen tó lo mueble y to lo tuyo jasta qua me pagues el último ochavo.

Y be el lotro y se echa a llorar y se pone mu afligía y se jinca de ruíya delante del rey y le dise con el corazón encojío: haga usté el favor su majestad un poquillo de tené pasensia conmigo, aguárdame su majestad un poquito de tiempo que yo buscaré el dinero y se lo traeré en cuentito lo tenga.

Y el rey que tenía un corazón mu blando ba y le dise: güeno, hombre, alevántate, no yore y vete pa tu casa que te lo perdono tó.

Y, el criado ba y se alevanta y sé ba pa la caye y en er mismito momento se encuentra con un compañero suyo que tamié era criado del rey y que le debía ochenta pesetas y ha el muy abarisioso y en cuantiya lo bió se va pa é, le da un rempujón y lo agarra por el

gamate que casi lo ajoga y le dise con una vo mu fuerte: so tunante, so tramposo, págame lo qúe me debe.

Y el pobresillo del lotro se jinca de m'ya y le dise: — Hombre, ha el favó de esperarme un poco que yo te lo pagaré mu pronto. — iNá, ná!, le dise; o me paga hasta la última chica ahora mismo, o a la carse, y ba y llama a un munisipá y le dijo que se lo yevara pa la carse.

Como esto había paseo en la puerta misma del palasio, le bían visto los otros que estaba ayl y se pusieron tos mu enrabiao con el tío malas tripas y, 'cataplún! ba y se lo contaron tó al rey, y el rey dise: al?, que venga Paca, y se lo llevan, y dise el rey: está bien, hombre tde manera que yo he sto bueno pa perdonarte sincuenta y cinco millones y tú no lo ha sío pa perdonó a ese infelí un puñaíto de ná?

Y se pone muy inritao el rey y con mucha vó dise: que venga lo verdugo y que yeven a este tío a la carse y que le larguen candela y no le dejen salí jasta que me dé la última monea.

Y entonse ba y dise er Zeñó a losapóstoles y a toa la gente que estaba ayí:

Pos eso mismito hará mi padre selestiá con ea uno que no perdone de corazón a su hermano...

Mientras el relato del Evangelio, me había fijado en un chiquitín que no había perdido sílaba ni letra y que parecía hasta quedar impresionado de la parábola.

— Vamos — le dije — ¿Qué sacas tú de esta lección que nos da el Señor?

Y, como saliendo de una profunda cavilación, responde:

— Pos que aunque me tiren los chaveítas a mí sin cuenta y sinco miyones de pedrá, no biá tirale yo ni una chiniya

El evangelio del Régulo, contado por los chiquillos de Huelva

Este era un señorito de Cafamaúm que estaba de menistro con el Rey Heroes y tenía un hijo mu malito de una cosa que iba a morí y va y sentera que el Zeñó venía de Jadea pa Galilea y le da un buerco el corasó y dice: po yo vi avé si me lo cura.

Y va y coge una jaca y jala que jala se va pa encontrar al Zeñó que venía por un caminito mu lejo y cuando lo vio se tiró der caballo y se jinca de ruíyas, y va y le dise: ande V., Zeñó, móntezusté en esa jaca y vaya usté corriendo, corriendo pa mi casa que mi niño se mestá muriendo si no samuerto ya; andeusté, andeusté, y se puso a yorá. Entonces er Zeñó se puso un poguillo serio y va y le dise: pos estamo aviao, hombie; ustedes no creéis mientras no veis el milagro.

Pero er Zeñórito yora que yora, y como er zeñó no pué ve yorá sin jaserse peaso el corazó, va y le dise: güeno, hombre; el que se va a dí eres tú y te va en pa y en grasia de Dió que tu niño está ya güeno.

Er Zeñorito le dió unos cuantos de beso en los pie y en las manos y se monta otra vez en la jaquiya y sechó a correr más que er tío de la lista, y cuando iba por la mitad del camino ve una buya mu grande y dise; verá yo avé si me vienen a dar una mala notisia; eran los criados suyo que venían mui alegre y dando muchos brinco, y le disen desde lejo: no sapure V., señorito, que pasó tó, que er niño sa puesto más güeno que nosotros y que usté; el padre tiró el sombrero por el aire de alegría y hasta la jaca empesó a relinchó de gusto.

Y ¡no fue ná lo que se armó cuando el padre sabrasó con su hijo en la puerta de su casa, ayí toito er mundo yoraba y daban la má de viva a Jesucristo y tos creyeron en Él y ya fueron güenos pa siempre...

Una pregunta

Yo encuentro una cosa rara en ese Evangelio.

— ¿Cuál será?

Con una admirable unanimidad me responden:

— La cara seria que el Señor puso al principio al régulo.

— Y ¿por qué sería?

Y cúmpleme deciros que, tras reñida discusión entre distintas sentencias, se acordó por mi *Sorbona* dar esta respuesta:

El Señor se puso serio por la *media* fe de la gente buena.

Díjose allí que las faltas de la gente buena dolían más al Corazón de Jesús'que la de la gente mala; que el régulo era buena persona cuando, en vez de desesperarse y blasfemar en la angustia de su hijo, como hacen otros, se fue a buscar al Señor; pero que le faltó *media fe* en creer que si el Señor no iba a su casa, no curaría a su niño.

Con este motivo, y para aclarar más lo de esta clase de fe defectuosa, les pedí por escrito

Casos de media fe.

Y allá van algunos botones de muestra, tales como salieron de sus manos:

«Esto era un hombre muy cristiano, que sabía que había Dios, y que Dios tenía poder para hacer todas las cosas que le le pedía con fe. Este hombre tenía su mujer, muy mala. Un día, estando al cuidadó de su mujer, le da gana de mirarle a la cara, y vió que estaba agonizando, y entonces empesó a gritar diciendo: ¿No hay médico que venga a ver a mi mujer? Y entonces se acordó que había un médico, que curaba mejor que todos los médicos del mundo, que es- el mismo Jesucristo que está en los cielos y en la tierra, en el Sagrario, en cuerpo y alma.

Se salió de su casa, se fue a la Iglesia a visitar a el Sagrario y a darle queja; y decía: Señor, ampararme, que me veo solo. Y ya de haber estado un rato bastante, y grande, se fue para su casa, diciendo:

¿Y yo digo, y Dios va a tener poder para todo lo que yo le tengo de pedir?

Yo sé que el Señor tiene poder para hacer lo que yo le he pedido y otras cosas que le pida más, ¿pero parese eso una cosa rara desde la Iglesia asta mi casa, que está en el barrio de la Peste? Que hay que fijarse, que no es desde aquí al porche, ¡el tonto no se fijaba que el poder del Señor está en todas partes! Y cuando llegó a su casa se vió a la mujer que le dice: Antonio, y él le dice disimulando, lleno de gozo y de alegría, qué quieres: dame agua que tengo sed.

El fue corriendo y se la dió, y después se metió en un cuarto donde estaba un cuadro dentro de él, de la Imajen de la Inmaculada, y empesó a darle gracias al Señor y a bendecirle y a adorarle asta la muerte. Amén.

Ese hombre tuvo media fe como el Régulo; cuando le dijo el Señor que se fuera por su casa, que su hijo estaba bueno, ¡él iba por el camino Morando que desde Galilea asta su casa iba el Señor a tener poder para curar todas clases de enfermedades que se le pida con fe, pero no tan lejo: pero cuando llegó a su casa y sebio su hijo bueno, empeso a darle grasias a el Señor, como el hombre aquel que tenía a su mujer muy mala.

¡Los tontos no sabían que el poder del Señor está en todas partes!

PASCASIO RODRÍGUEZ. Huelva, 15 de octubre de 1915.»

Casos de media fe.

«1° Hay un hombre que cree en Dios, comurga va a la Santa Iglesia. Y le ocurre un caso de media fe. Va a su casa y se encuentra en la pobre miseria de no poder dar de comer a sus hijos y dijo estas palabras: si Dios estuviera en la tierra no hubiese pasado ésto; cuan do al día siguiente tuvo tantísimo dinero que tenía para mucho tiempo, quiere decir que aunque no esta Dios nuestro Señor no necesita estar en la tierra cino que era Rey de cielo y tierra.

2° Santa María Magdalena no tenía bastante fe en que Jesucristo iba a resucitar.

3° La mujer de Job le decía: parece mentira que Dios te haya quitado nuestros hijos, las riquezas, a ti lleno de lepras y todavía cree en Dios, e aquí el ejemplo de aquella mugé que no tenía más que poquiya fe en que Dios lo mismo que le había quitado todo lo mismo se lo &á y no tenía bastante en que Dios lo mismo puede darlo como puede quitarlo.

JOSELITO. Huelva, 14 de octubre de 1915.»

Casos de media fe.

1. La media fe del régulo, cuando el Señor le dijo vete a tu casa que tu hijo está bueno.
2. Esta vez eran dos amigos y los dos se querían muchísimo; se puso uno de ellos muy malo, el otro tenía tul gran disgusto porque el otro estaba malo todos los días comulgaba para que el otro se pusiera bueno; uno de los días que comulgó le pidió mucho al Señor que se pusiera bueno, cuando iba por la calle e iba diciendo ya se habra puesto bueno, pero por otra parte iba diciendo no, no es posible qué se halla puesto bueno tan ligero, no es posible, y cuando iba ya cerca de su casa le salieron los amigos diciendo ya, ya esta bueno iqué alegría para aquel amigo al ver que ya su amigo se había puesto bueno! y le preguntó: fa qué hora se ha puesto bueno?, y le respondieron: a las tres y media. Pues esa misma hora era cuando yo acavaba de comulgar. Los dos se abrazaron y se dieron un beso.
3. Esta vez era una Madre y un hijo, el hijo estava malo, la madre lo quería muchísimo porque era el único varón que tenía. Todos los días iba a la Iglesia, comu1- alm y le pedía a Dios por su hijo; un día yendo por la calle le salió una besina y le dijo ya está su hijo bueno y la mujer dijo entre sí: si estará o no estará iba murmurando cuando le salieron los chiquillos diciendo su hijo está bueno; su hijo está ya bueno, entonces creyó la mujer y cuando llegó a su casa se encontró a su hijo begando saltos de alegría.

4. Esta vez era un maestro. Este maestro tenía un discípulo tan buenísimo que todos los regalos que recibía el maestro se los regalaba a él. Cayó malo el pobrecito con una enfermedad gravísima llamada tos excomulsiva. Nadie se le acercaba a su cama cuando le iba a darle la comida se la tiraban como a aquellos leprosos que estaban por Judea que se la echava como a los cochinos. Un día fue el maestro a su casa y se le acercó a la cama y le dijo: Qué tal andamos y el niño no pudo contestarle de la tos que tenía. Al fin pudo hablar unas cuantas palabras que son: ¡Maestro mío le suplico que le pida a Dios que me ponga bueno! porque estoy deseando de r a la escuela para ver a mis amigos, como a Juanito que tanto le quiero. El maestro al oír esta pequeña súplica se echó a llorar.

El maestro le dijo, descuida hijo yo iré todos los días a la Iglesia, le pediré a Dios por ti a ver si te pone bueno. Uno de los días que comulgó iba ya para la escuela, y le salieron los chiquillos diciendo ya Miguelito está bueno; al oír esto el maestro, dijo ¿que ya Miguelito está bueno? Los chiquillos le dijeron: Sí, sí, señor; ya está bueno. El maestro dijo entre si si estará le dijo a los chiquillos, ea, pues vamos a su casa; cuando fueron a su casa, ya Miguelito se estaba aviando para ir a la escuela, cuando lo vió el maestro le dijo: hombre, ya estamos buenos. El niño le dijo, ya, gracias a Dios, cuando el primer día fue a la escuela empezó a jugar con sus amigos y aquel día no hubo clase para ellos.

5. Esta vez eran dos niños, uno era muy bueno; el otro era muy malito, le tenía envidia al otro. Un día le mandó Dios una enfermedad gravísima al que era malo. El otro niño iba todas los días a su casa y le consolaba, más el otro no agradecía nada de esto. Viendo el niño que el otro no quería que fuera a su casa iba a la Iglesia, comulgaba y le pedía a Dios por él; un día fue a su casa y se lo encontró vistiéndose, cuando lo vió el otro le dijo: vete tu ya de aquí no hace falta tu ninguna. La madre le dijo: chiquillo porque eres tan desagradecido, encima de que te viene a ver, lo echa, no deje V. Díos lo tiene que castigar.

Escrita por José Valle Coronil y yo le pido que no lo castigue.»

«Casos de media fe.

1. «Un niño no se quería levantar temprano y no quería pasar frío, él creía que estando en la cama hiba a ponerse más saludable y también creía que si no hiba a Misa le tullan a poner falta en el Colegio. Media fe.

Muchas veces la pereza, el orgullo o el capricho, suelen privar a los niños de seguros beneficios.

2. Un niño se hiba a subir a un albo para coger nido porque creía que si había nido lo cogía pero ?y si había una vívora? Media fe.
3. El niño que cree que Dios está en todas partes y dice que no. porque no le ve en una ocasión.
4. Los hombres que se emborrachan creyéndose que Dios no le vé aunque lo castigue. Media fe.
5. El niño que se hace esta pregunta. ¿Dios está en todas partes y por qué no lo veo yo? Cree y no cree porque no lo vé. Esto es que tiene media fe.
6. Los ateos prácticos creen que hay Dios pero no le conviene decirlo porque no le obedecen: Media fe.
7. San Pedro en la Tempestad.
8. El Señor andaba por encima de las aguas y San Pedro lo vio y dijo: Señor, llévame por encima de las aguas y el Señor hizo que fuera, este apóstol se hiba hundiendo y exclamaba ¡Señor sálvame!

Tenía media fe porque creía que el Señor le daría esa potestad de andar en las aguas, pero aquel grito, era de menos fe en Jesucristo.

9. La última pesca milagrosa que Dios hecho hombre o sea Jesucristo venía andando por encima de las aguas y los

apóstoles tenían media fe que sabían que Jesucristo andaría así, pero creían que era un fantasma.

10. Jesús mandó por un pollino para hacer su entrada en Jerusalén y los discípulos estaban en su interior que si lo darían o no.

    Tenían media fe.

11. Los dos discípulos que iban a Emaús que el Señor se les apareció y ellos no sabían quien era porque sabían que Jesús podía hacer aquello y mucho más.

    Tenían media fe

12. Las tres hilarías cuando fueron al sepulcro a embalsamar a Jesús sabiendo que piba a resucitar al tercer día. Media fe.

    Viva la Inmaculada mi patrona.

Manuel Muñoz González.»

Evangelio del Régulo, contado por mis chaveítas de Málaga.

Era un Capitán dedos soldados del Rey Herodes y vivía en un pueblecito que se llamaba Cana y se le puso *mu* malo *mu* malito un niño que tenía y va el médico y le dice: mi Capitán pos lo ques esto está perdío; su niño de usté no tiene cura y se pusieron tós a llorar mucho, su madre, su padre, los hermanitos y tos los mosos y toa la gente de por ayí.

De pronto dise el Capitán al ordenansa que le prepare dos caballos, se monta en uno y deja el otro vacío 'y se lo yeva tamié y jala que jala echa por un caminito alante y empiesa a preguntarle a toa la gente que se iba encontrando thabeis visto ustedes a uno que le llaman Jesús y que yeva mucha gente alreó suya? y ninguno le daba rasón hasta que de pronto cuando iba yegando a un pueblo que se yamaba Cafarnaúm, oye un mío mui grande a lo lejo y mira payá y ve -una porvarea más grande que la má y la da un buerco el corasón y dise. la que va sé: mete espuela al cabayo y así mismito,

ayí benía er Zeñó con la má de gente; en cuantico lo vio er Capitán se tira der cabayo se jinca en roiga con el ros en la mano y le dise al Zeñó: Haga Vd. el fávó de venirse corriendo conmigo a mi casa que tengo un hijo mu malito.

Entonces Jesú le dise: — parece mentira hombre, ue mientras no veis milagros no creeis. tlfu tas creío que es menester que yo vaya payá pa que tu hijo se ponga güeno? El Capitán parese que no se enteraba y dice otra vé: andusté que haí tengo un cabayito pa usté pa yegá más pronto y se puso a yorá; er Zeñó que no puede ve una lágrima de blando que tiene el corasó va y le dise con mucha lástima: anda hombre vete pa tu casa que tu hijo ya está güeno. El Capitán se lo creyó enseguía y le dijo la má de cosa buena ar Zeñó y le besó las manos unas cuantas vese y se largó corriendo pa su casa en su cabayo. Y anda que anda cuando ya había andao muchas leguas ve vení por el camino muchos hombre y mujere que venían disiendo: ¡Ya está güeno, ya está güeno!

Al Capitán le entró por el cuerpo una jormiguiya que se puso a temblé de la alegría tan grande que le entró, se tira del cabayo y se va a la gente que eran su familia y sus mosos y le dise: — Pero a qué hora se puso güeno? y le dise: — a eso de las dos. Pos esa misma hora me estaba a mí disiendo Jesú que me viniera pa cá que mi hijo estaba güeno.

Y se pusieron a dar muchos vivas a Jesú y paeso cuando salió el niño curao a recibí a su padre; del abra so que se dieron po un poco no salen mando. Y dijo el Capitán a su familia y a toa la gente conque ahora tenemos que creé en Jesú y quererlo con toas nuestras ganas y dijeron to que sí y ya fueron mu gfienos cristianos.

Varias preguntas mías.

A los así enterados del Evangelio pregunté. —¿Qué nos enseña Nuestro Señor en ese milagro? – Que es muy bueno, muy poderoso y que quiere

que no creamos en El a medias como el Capitán. –Y el Capitán ¿qué enseña?

A esta pregunta me responde con infantil candor uno de los chiquillos:

— ¿El Capitán? ¡Pos la intrusión!

— Bueno, eso sería a sus soldados; pero a nosotros ¿qué nos enseña?

Y sacamos en limpio de todas las respuestas que me dieron que el Capitán enseñaba a todos los que tienen penas, enfermedades, pecados, que —en vez de desesperarse deben irse derechitos a buscar a Jesucristo en su casa del Sagrario, contarle— lo que les pasa y volverse tranquilos para sus casas, que antes que ellos habrá llegado el remedio.

Cómo explicó el Santo Evangelio del domingo IV después de Epifanía un chiquitín de mi Catecismo de Huelva.

(Intentaré trasladarlo al papel con la misma prosodía y ortografía que el protagonista, sintiendo no poder trasladar también el gesto y la acción, tan en consonancia con el personajillo.)

— Un día estaba er Zeñó en un pueblo que tenía er má a lavara y dijo: Pos ahora vamos a dí a la otra banda y va y agarra y se monta en la lancha de unozamigo que eran zuzapóstole y er má estaba mu tranquilo y mu güeno y er zó mu brillante y to y va er Zeño y se acuesta sobre un montón de cuerda y se pone dormío y 'cataplum! se arma un viento mu grande y un olage mu fuerte y empieza la lancha como si estuviera borracha dando muchas cambayás pa un lao y pa otro y se mojaban tos y hasta el Zeñó y va uno con más mieo que la má y ze pone a jalarle de la ropa ar Zeñó y le dise: Maestro, alevántese V. correndito que los (nos) ajogamos y va entonses er Zeñó y le dise a la gente: 'valiente mieo teneis

ustedes, más valía más fe! se pone de pie y le dise ar vendaba: ijé, apárate ahí! y z'aparó tó.

— Oye, ¿qué harían aquellos hombres al ver aquel milagro tan grande?

El interrogado toma actitud reflexiva y con aire de triunfo responde: Pos bailá un *zapateo* que por un tris no se jundió otra vez la lancha...

Rectifico lo del *zapateao*, hago una breve reflexión sobre el Evangelio, después de haber premiado al *evangelista en agraz* con su buena tarjeta postal, y sigo preguntando a los demás:

¿Y qué se saca de este Evangelio?

Uno: Que hay que hacer al revés de los discípulos; ellos tuvieron más miedo que fe y *losotros* (nosotros) debemos tener más fe que miedo.

Su tarjeta al canto, y Otro: Que pa que no los (nos) ajoguemos ni en este mundo ni en el otro en menester está a la vera del Corasó de Jesú.

Su tarjeta, y

Otro: Que aunque vaya uno a la vera suya, puede uno mojarse y marearse y hasta *gomitar* como *gomitarían* los hombres aquellos con tanto meneo de la lancha, pero que no tenga uno cuidao que como uno se agarre bien a El, *no zajoga* ni *pa er gayo*...

Y después de muchos más *comentaristas*, el último: De ese Evangelio se saca *lumirdá* del Corasó de Jesú.

— ¿En qué?

— Sí señó, en que pudo dí a la otra banda en un yapó y se fue en una *lanchiya*...

— Pero, hombre, si entonces no había vapores... Güeno, pos se pudo dí en la lancha de un señorito y no, que se fue en la lancha de un pescaó...

Evangelio de las Bodas de Caná contado por mis chaveítas.

En aquel tiempo siban a cesá dos mositos en un pueblesiyo que le llamaban Caná que estaba a la verita de Nasaré, en donde había vivío er Señó deje chico.

Y ba los mositos aqueyo y conviaron ar Señó y a lo discípulo y también a la Vingen porque era mu conosio Y había mucho vino y mucho durse, mucho puro y pitiyo de cuarenta y sinco y mucho de tó porque era una gente ¡bamo! que tenía guita y como había mucha gente conviá de tos los puebleciyos, pos ba y sacabó la bebía y el mosito y los padrinos se pusieron mu apurao. Entonse ba la Vingen que estaba ayí mu tranquila y sin decirle a nadie ná, ba y se pone a la vera del Señó y le dice mu bajito: Mira, hombre, que apuro más grande; estos pobreticos san queao sin una gota de vino pa conviá a la gente, ¿no te da lástima?

Y ba er Señó y le dise tamién mu bajito a la Vin, gen: mire V. momá, no pue se, porque toavía no es mi hora; y la Vingen que conosía mu bien el buen corasó de su Hijo que no podía ver una lástima, ba y le dise a los moso: vertí ustedes paca que mi Hijo tiene que mandarle un mandao y el Señó se riyó un poquito mirando a su madre comosi le dijera: ¡Se empeñó usté! y ba y le dice a los moso: güeno, pos yená de agua las seis tinaja grande que están ahí, y eyo la pusieron hasta la boca.

Güeno, pos ahora sacá una copita de lo que hay dentro y yevársela al Mayordomo y dice el Mayordomo cuando cogió la copa, icamará! ¿de dónde han traído este vino? ¡Vaya una cosa güena! Oyusté, mirusté, le dice al novio, ¿pagué ha dejado usté esto pahora alisté no sabe que lo mejón se da a lo primero y cuando tos están calamocano y ya no senteran de ná se larga el pirriaque? Y este vino parese celestiá que se quea uno dormía bebiendo.

Y entonces preguntaron a los moso que quién había traío aqué licó y dijeron lo que había pasao y a los novio y a la gente toa se le quitó la gana de bebé, de desile cosa y de tocále las parias ar Señó y

a la Vinge y este fue el primer milagro de Jesú y a lo disípulo que toavía eran nueveciyo le entraron más ganas de creé en El y de está con El.

De cómo entre dos gurripatos con pantalones de a palmo contaron el Evangelio del milagro de la Hemorroísa

Iba er Zeñó por un camino a la venta de un pueblo y ésta era una mugé que estaba mu malita la má de tiempo y estaba dejusiá de los ruédicos y se iba hasta morí y va y sentera de que un Zeñó, que aunque era judío, hacía unas cosas mu güena con tollos los lisiaos y los tuertos y tos los desgrasiaos y va y dise la mugé pa sigomismo: ¡Josú; si yo me trompesara con ese Zeñó tan güeno, no era ná lo que yo iba a armé de verme giiena...! Po yo me vía poné a la salía er pueblo, aunque sea arrastrando pa está ahí cuando pase. Al poquillo, se arma mucho jaleo, y ve venía una patulea la má de grande con er Zeñó que venía tranquilito y hablando con la gente. Y va y dice la mugen icualquiá se mete ahí! Pero con tú, se va mu despasito y empieza a da rempujone a la gente hasta que se pone pegandito con er Zeñó y va y le jala de las naguas por atrás y le entra a la mugen una cosa por tó el cuerpo que se quea como esmoresía. Y va er Zeñó y se güerve pa detrás y va y dise: — Je, ¿quién ma tocan ami? —Y le dise un aposto cualquié lo averigua con tanto como saraos y tos arrempujando. — Po no, que ahora mismito me ha salto a mí virtú y arguien ma tocao de otra manera. Y la mugen que estaba ayí ya cura del tó va y se pone en roiyas delante del Zeñó y va y le dise: Dí usté, Zeñó, que usté dispense, que yo he sío la que le jalé pero con muy güenísima intensión. que estaba ya pa que me enterrar an y usté ma puesto ma sanita que una pera. Bendito sea usté y su mano dusté y toa su casta dusté. Y er Zeñó que no estaba enfadao ni ná, le dise con mucha dulsura: Alevántate, hija mía, que ya ta perdono toa tus cosas malas, vete pa tu casa mu tranquila y que seas güena pa siempre...

De cómo un chiquilín de poco más de dos palmos de altura contó el Evangelio de la

Dominica III después de Pentecostés, de la oveja perdida.

El protagonista se levanta de su asiento del mismísimo suelo, se pasa la manga del babadero por las relucientes narices, se rasca como cinco o seis Veces la consabida nalga, se tira de los pantalones para arriba y dice:

Esto era un Pastó que tenía sié ovejas y estaban toas mu gorditas porque comían mu güena yerba y muchas cosas güenas y va un día una que era mu arguyosa y va y dise: cuidao que está esto cansao y esaborío siempre lo mismo, siempre lo mismo; pos yo me voy a dí por ahí a tomé de tó y a hasé lo que me de la gana po no estoy yo jarta niná de esta gente tan beata, ime voy!, y va y agarra y se va por las montañas y por los vayaos y por los tren y tó y andó más que la má y le entró mucha jambre y mucha sé y no había ni yerba ni agua ni ná, sino na más que peñasco y china y se empezó a poné mu dergá y sacordaba de lo bien que estaba con su gente y lo mar que estaba ahora. Y aquella noche el Pastó cuando vió que no había más que 99 ovejas va y se pone mu triste porque era mu güeno y quería mucho a su ganao y va y le dice al ganao: estarse quieto ustede ahí y no dime po ahí, que voy a ver si encuentro a esa desgrasiá.

Y va y agarra y se va por los montes y por tos laos dando muchos sirbíos y andó, andó mucho y una vé estaba sirbando y oyó un berrío; se puso mu contento y disel iajú, ya está ahí esa!, y sirbó más y la obeja berreaba más hasta que se la encontró y aunque se puso mu contento se le sartó las lágrimas de verla más dergá que un pitiyo y va con mucho cuidaito se la echó a cuesta y se la llevó a un plao y le cortó yerba y se la dió pa comé y luego la yevó a bebé y el animalito se empesó a pené gorda otra vez y llegó a donde estaba el ganao esperando, dando muchos gritos el Pastó de contento de habé encontrao la oveja perdía.

—Y ¿qué sacas tú de ahí?

— Pos que el Pastó es er Corazón de Jesús, las oveja somos losotro, la que se va juyendo der Zeñó y se hace un perdío, el Corazón de Jesú que es mu güeno y nos quiere más que la má va y se echa a corré a cojenos. y a yamamo y a jalamo pa que güérvamos...

— Pero, ¿cómo llama el Corazón de Jesús a los perdidos? ¡Otro! ¡Tú!
— Por las buenas lecturas.
— Por los predicadores.
— Por los Padres Curas.
— Por los buenos amigos.
— Por las Escuelas católicas.
— Por el *Angue* de la guarda.
— Por las enfermedades.
— Por los castigos que marida,
— Por las madres buenas.
— Por las campanas de la Iglesia.
— Por los escarabujeos de la conciencia.
— Por... — Y ¿cómo se los echa a cuesta?
— Perdonándoles las cosas malas por la confesión.
— Y ¿cómo les da de comer?
— Por la Sagrada Comunión que pone al alma más gordita y más güena...

Y en gracias a tu paciencia, lector, pongo punto a esos por, mucho antes que lo pusieron mis sutiles teólogos en miniatura.

De cómo discutieron sobre el Evangelio de la «oveja perdida» dos chaveítas y las «cosas que le sacaron.»

Explico mi Evangelio en el lenguaje y tono de mi auditorio y cuando, después de varias repeticiones, lo siento empapado en él, saco a la palestra dos oyentes, o mejor, parlantes (no dejaron mientras la explicación un momento la lengua, ni los ojos, ni los pies, ni las manos, ni los codos quietos) y los echo a pelear sobre el mismo Evangelio a ver quién saca más cosas.

Conque...

¡Manos a la obra!

Previos los indispensables tirones de calzones para arriba, fregoteo de punta de nariz con la manga si la hubiere; y su salivilla al aire, empezó el debate:

— Abé, mia tú, ¿quién é el Pastó?

— Pos el Corazó de Jesú.

— Güeno, ¿y las ovejita?

— Pos yo y tú y titicos los cristianos.

— ¿Y loveja perdía?

— Pos yo y tú cuando hasemos cosas malas y pecao mortale.

— Güeno ¿y qué hace con uno el Corasó de Jesú cuando secha uno a perdé?

Lo mismito que los Pastore güeno, ba y agarra y le dise a lasoveja güenas: estarse ustede ahí quietesita un ratiyo que vi a vé aonde sa metio el arma mía ese rba y sale najando pa toas parte sirbando más que la má y yamándola y disiéndole ¡ven pacá, quemo te haré ná, ni te pegaré ni ná! y una vese dise uno: faquí estoy! y otra vese se quea cayao pa que no le piye el Soñó y seguí con lo demonio que son los lobo, pero el Pastó aunque uno no le diga ná ni ná, como lo sabe tó, se va pa uno y le dise a uno: parese mentira, hombre, parese mentira que haga tú conmigo estas cosa y ba y le dise a uno unas cosas mu güena hasta que uno secha a yorá y se pone mu arrepentío de haberse julo y se jinca uno de ruiya pa pedile perdón, y ba entone el Pastó y se pone mu contento y ba y agarra a uno y se lo echa al hombro y sale corriendo pa trá; y le ba disiendo a lo sangelito y a toa la gente:

¡Ya gorvió, ya gorvió! y cuando llega aonde están lasotra soveja le entra a toa una jormiguilla de alegría muy grande y se ponen toas a baila y a canta y la má saló...

El *orador* se *siente oveja buena* y trata de imitarlas estando a punto de romper en un *fandango* y lo que es más grave, de *contagiar* a los oyentes que sin la oportuna invención de un cántico de Catecismo se disponían instintivamente a recibir *con todos los honores* a la presunta oveja perdida y ganada.

¡Lo que es la *tierra*!

Cosas sacadas por los chaveítas de estos catecismos del Evangelio del ciego de Jericó.

(DOMINICA DE QUINCUAGÉSIMA)

Contado, coloreado, comentado y repetido el Evangelio de la Profecía, que el Señor hace de su Pasión, que no entienden sus discípulos, y de la curación del ciego, digo a los inquietos oyentes:

— Ahora vamos a *sacarle cosas* a ese Evangelio. ¡A ver quién le saca más!

Al pinito manitas de nitidez problemáticas levantadas en alto me indican *lluvia de comentaristas* evangélicos.

— A ver tú, el primero de este banco.

— Pos yo lo que le digo es que er Señó tenía que tené con susapóstole más pasiensia que la má.

— ¿Paciencia?

— Si señó, porque no senteraban na más que de lo que convenía. Miusté sinó que prontiyo senteraron de que er Señó ponía a la gente güena y daba de comé a tó, pero en cuantito olía a ropa quema (*aquí un mohín picaresco*) ¡Josú! ¡qué torpe se ponían!...

— Otra cosa, tú.

— Sí señó, que lo mismito que le pasaba a los apóstoles nos pasa a tó con nuestro padres; le disen a uno: chiquiyo, toma, y ya

está uno ayí, y le disen: anda ve a un mandan o anda vete paliscuela y se hace uno el alipendi para no í.

— Bien, otro; aquel Juanico.

— Pos yo saco del Evangelio lo listo que hay que andá pa que el Señó esté contento con uno y le dé cosas güena.

— A ver, explícate.

— Sí señó, si aniguá de está el sieguesito mu quietesito sentao a la verita der camino a ve lo que caía, se hubiera puesto a cantar malagueña o a darle palo a lo chiquiyo que se metían con él o a bebé vino en er ventorriyo, po hubiera paseo er Zeñó y no le hubiera hecho ná; pero aniguá, empezó a pregunta, al ve tanto lío; qué era aquello y dale que dale y ni loían ni ná y hasta le daban rempujones pa que se cayara y no chiyara más, hasta que se salió con la suya...

— Bien, hombre, bien, ya vas para teólogo, ¿no queda ninguna cosa más? ¿No hay quien saque alguna cosilla nueva?

— Señólobispo; aquí hay un chaveíta que quid desí una cosa y le da vergüenza (*volviendose al camarada*) anda, hombre; díselo, que no te pasa ná...

Y a mis instancias se levantó el aludido y mientras, algún tanto nerviosillo, se rasca, carraspea, y escupe sin saliva, responde:

— Yo lo que digo es que el sieguesito no se ganó el milagro solamente por listo, sino por *pesao*... y ¡qué no apretaba na ni ná el gachó chiyando: Jesú, hijo de Daví ten misericordia de mí!

— Hombre, hombre, ¿de modo que, según tú, hay que añadir a las condiciones.de la oración esta nueva, que sea pesada?

— Yo no le pueo a usté desí de eso, pero a mí me parese que si el siego no se pone tan pesao, está entoavía siego... Ahora tamié digo yo que aunque se ponga uno así tan pesao, el Corasó de Jesú no se pone enfadao, ni apurao, aniguá, le gusta má y da má...

Amigos, ¿qué os parece la leccioncita del chavea? ¡Hay que pedir hasta *ponerse pesado*!

¿Verdad que tiene enjundia la lección?

El demonio mudo

Explicaba a mis chiquillos y chiquillas, uno de los domingos de la Cuaresma, el Evangelio del *demonio mulo*, y después de exponerles algunos casos de cada día en que el demonio ata la lengua y el oído a los cristianos para que no digan u oigan lo que deben decir u oír, o se los desata para que digan u oigan lo que no debieran decir ni oír, me dediqué a pedir a mis pequeñuelos casos de demonio de *lengua corta o lengua larga*.

— Conque, vamos a ver, niños, ¿quién es el guapo que se lleva esta tarjeta tan bonita con el palacio encantado del *Rey Quiriquil?* —les digo, mientras les enseño un montón de tarjetas holandesas. y como tales, con unos letreros que el *demontre* que los entienda.

Mi auditorio pone la cara de grandes ideas, y es de ver cómo empiezan a levantarse brazos de codos más o menos rotos o remendados en demanda del uso de la palabra para sus respectivos poseedores.

Yo, yo, me están diciendo aquellas manitas levantadas, yo sé un caso.

Y ¡qué casos, señores! Fueron tantos, y mis tarjetas volaron tan pronto, que tuve que proponerles que me pusieran los casos por escrito y que al que pusiera más y mejores les daría un premio.

No faltaron a mi propuesta: el sábado siguiente en júreme sobre mi mesa 50 o 60 hojas de papel de todos los tamaños, colores, manchas y arrugas, con los consabidos casos.

Resultado del examen de los *pliegos*: que un tal Antonio Viñuelas, asistente como el que más al Catecismo y discípulo tan leal como travieso de nuestras escuelas del Sagrado Corazón, se

ganaba el primer premio por haber remitido una lista nada menos que con *40 casos*.

Y como seguramente a los amigos les ha de hacer pasar un buen rato, como a mí me lo hizo pasar la lectura de los mismos, quiero copiarlos aquí.

Verán qué alarde de ingenio infantil y qué muestra de buen sentido moral en medio de las imperfecciones gramaticales e inocentadas propias de la edad, a las que no toco para que no pierdan el perfume del original.

«Casos que el demonio deja mudo o pone lengua larga a la gente

1º. Cuando un cura está predicando, lo equivoca o lo corta.

2º. Cuando un hombre está hablando en una.reunión hablando cosas malas.

3º. Cuando un hombre viene de un pueblo le dice a un niño, mira niño, ¿dónde está la Iglesia? y ba y le dice el demonio que no lo diga.

4º. Cuando un niño se levanta le dice el demonio que no rese que te están esperando para tomar el café.

5º. Cuando un niño se cae de un cabezo y no se hace nada, le dise el demonio que no rese a la Virgen que no te ha hecho nada.

6º. Cuando uno ba a comé que no rese, tonto, no tiene nada la comida.

7º. Cuando llega a Misa le pregunta el maestro ha visto algún niño en la plasa, el demonio le dice que no para que no venga a resá.

8º. Cuando un niño está en la misa, le dice que no rese, que guege con el compañero, y no rese.

9º. Cuando está en el sermón se pone a hablar con el compañero.

10º. Cuando los niños están jugando en la plasa, oye uno la campana, no dice nada para que no vaya a misa.

11º. Cuando una vecina se está muriendo le dise que no llame al sacerdote.

12º. Cuando un maestro le dise a un niño que se calle y sigue hablando.

13º. Cuando uno va a confesar y se calla un pecado.

14º. Cuando un Juanito vé que la hora de ir a adorar al Sagrario y se calla.

15º. Cuando su madre, en la cocina y viene un pobre y no le dice nada para que no le de una limosna.

16º. Cuando un hombre no va a misa y le dise a otro que quiere ir, no venga.

17º. Cuando un hombre Se le cae una cartera, la coje un niño y no le dise nada.

18º. Cuando un hombre manda a su niño aun mandado y le dice queno está la tienda abierta para no ir.

19º. Cuando una reunión de hombres está renegando de la Iglesia y uno se calla.

20º. Cuando uno roba le dice que no diga nada porque lo matan.

21º. Cuando uno sabe que uno es bueno, se dise que es malo:

22º. Cuando está a la vera de un poso sin borde uno no le dise nada.

23º. Cuando un cura pone a un niño de penitencia tres padres nuestros y resa uno.

24º. Cuando un niño está dando lección de mapa "e dice el demonio que no la de.

25º. Cuando un hombre va a comulgar y no a confesado, le dise que sí.

26º. Cuando un hombre ve que está enseñando la doctrina, le dise que es mentira.

27º. Cuando un hombre ve que un niño va comiendo carne y sabe que es vigilia.

28º. Cuando un niño está resando, lo equivoca.

29º. Cuanda un niño va por la caye y ve a otro que va para su casa y le pregunta a dónde va, y le dise que no hay escuela y lo emudece porque es juebe y si hay y manifiesto.

30º. Cuando un niño va a misa y se encuentra a otro que le dise que no hay porque el Vicario está malo.

31º. Cuando un niño ba a mojá el dedo en el agua bendita, le dise el demonio que no moje que se ba refriá.

32º. Cuando un niño está cantando cosas bonitas y empiesa a cantar cosas malas.

33º. Cuando un niño ve a un viejesito lo coje y le dise que no coja por allí y lo pone en donde se tropieze y le dise que siga.

34º. Cuando el maestro le dise a uno que mañana venga a misa, cuando llega a su casa dise que don Carlo está fuera y lo dise para que no lo llame temprano.

35º. Cuando un niño ve a su madre y le dise que biene de misa y viene de jugá.

36º. Cuando un niño está explicando la doctrina, viene el demonio y le dise que no diga nada.

37º. Cuando un hombre le dise a un sacerdote que lo emplee y no tiene en donde y empieza a hablar mar de los cura.

38º. Cuando un niño no sabe una provincia y se lo pregunta a otro para que lo diga cuando venga don Manuel y no se lo dise.

39º. Cuando un marinero se está aogando, le pide a la Virgen que lo salve, y el demonio le dice que no le pida que no lo salvará.

40º. Que los juanito van a resar le dise el demonio que no resemos por el Vicario pero no se lo crea usted porque nosotros pedimos más.

Antonio Viñuelas».

Me parece amigos míos, que no se puede estrujar más la materia de lo que hace este moralista de doce años.

El demonio ciego

Como, según el Evangelio de San Mateo, el demonio mudo, que dejó mudo al hombre que poseía, también era ciego, explicándole a mis chiquillos las cegueras que pone el demonio, les pedí cosas de demonio ciego por escrito.

Allá van las presentadas por Manuel Muñoz:

«Evangelio del demonio ciego.

1º. El demonio es ciego cuando, por ejemplo: va un niño por la calle y ve un sacerdote, y el demonio hace que se distraiga con otra cosa para no saludado.

2º. Un niño va a una procesión, y al ver al Señor empieza a orar, y el demonio hace que mire a otra parte.

3º. Va un hombre por la calle y ve que se cae un hombre pobre, y mira a otro lado para no levantarle.

4º. Está don Manuel explicando, y un niño dice: mirado que hay allí, y el otro mira y no escucha.

5º. Está oyendo un niño una misa y mira a otro lado.

6º. Un hombre se encuentra una estampa del Señor y no la mira.

7º. Un hombre ve a Viático y no mira al Señor.

8º. Los niños que ven a otro muy pobre y no lo miran para no darle nada.

9º. Un sacerdote enseña a arrodillarse a unos niños, y uno de ellos no mira al sacerdote.

10º. El hombre que no quiere ser protestante cuanda vea a un sacerdote y tenga ocasión de verle y no mira por causa del demonio.

11º. El niño que pasa delante del Señor y no lo Naire.

12º. El niño que se encuentra dinero y quiere ver al amo y no lo ve por medio del demonio.

13º. El niño que ve un pájaro y le tira piedras porque el demonio hace que no vea al amo.

14º. El niño que tira una piedra a otro y no lo ve en el momento de ira que tiene y le da a un hombre que pasa y le hiere.

Más casos en que el demonio nos deja ciegos.

1º. Un niño quiere ir a confesar, y el demonio, para que no fuera a ver a Jesucristo en ese Sagrario tan glorioso y tan solito, esperando una visita de un cristiano.

2º. Una mujer hiba a la Santa Misa porque era domingo y ella no quería quedarse sin Misa los domingos, porque era pecado mortal, y ella, para no tener ese pecado, nunca quería faltar, y da el segundo toque y sale ella para la Santa Misa, y el demonio le decía dónde vas, tú te crees que es pecado no ir a Misa; anda, vete a la plaza las monjas y toma el solito.

3º. Un niño está jugando con otro a las bolas, era domingo y lo había mandado su madre a Misa porque fue a una escuela que tenía que ir a misa, y la madre de seguida dijo que sí, pues manda un domingo a Misa, y el niño vino a la Escuela; pero cuando hace ya un cuarto de hora, vienen'dos o tres amigos suyos y le dijo que sí, y se fueron a la Pl¿a, al Muelle, a la calle Concepció y a dos o tres partes más, y cuando pasa la hora de la Santa Misa viene a la escuela a pegársela al Maestro y el Maestro sabía los que habían venido y se lo preguntó el Maestro si había oído Misa y le dijo que

sí, y le dijo que en donde y dijo que en las hermanas de la 'Cruz, y el Maestro se lo preguntó a dos o tres amigos suyos y le dijeron que era mentira; el Maestro lo castigó sin almorzar, y viene el Maestro al rato a ver si está allí, y cuando viene se encuentra nada más que el sitio, pero el niño se había ido de soberbia que lehabía dado y eso fue que el demonio le removió la sangre para que se hiciera un granuja y tuviera que ir al infierno en vez de estar con Nuestro Señor gozándose del reino que nos tiene preparado a los niños cristianos y que quieren:a Jesucristo.

4º. Un señorito va al quinario y está esperando el último toque para entrar y oír al predicador a ver si hablaba bien, porque le habían dicho que era muy buen predicador, y él iba a oírlo, y cuando va a tocar el último toque viene un amigo para que fuera a tomar café, y cuando acaban de tomar su cafelito dicen: vamos, que ya es tarde, y al entrar le dice el Demonio: vámonos a echar un paseíto, y se fueron; y es que el demonio estaría deseando de que no oyera a aquel padre y sí a uno tocando el orfeón, el violón, el violín, la flauta, otro la bandurria y dice que iba a oírlo, vámonos, es verdad y se fueron, ¡maldito!, ¡maldito demonio!

5º. Un viejecito va por la calle y él iba por su camino y lo ven dos o tres granujas y dice uno: vamos a tirarle piedras a ese viejo, y empezaron todos a coger piedras y a tirarle, venga, venga, y el viejecito sería bueno que le decía al municipal: no le riña usted, déjelo a ver si se van y nada, y el Señor le estaría diciendo: déjalo que te tiren, luego yo le ajustaré las cuentas, y el demonio diciéndole: tirarle, y ellos que se habían hartado de tirarle y ya no le quisieron tirar más.

6º. Un niño tiene que ir al Manifiesto de carnaval y en vez de venir al Manifiesto se va a los bailes y a la plaza las monjas y a divertirse por ahí, en vez de venir a ver a Nuestro Señor Jesucristo, que estaba esperando que viniera él, y el demonio diciéndole: no vayas, que es una tonteria,

Viva el Santísimo Sacramento: ¡que viva!

J. Chaguaceda.

El Evangelio de la cizaña, contado por mis chaveítas.

Un día rempujaba al Señó tanto gentío, que se tuvo que meté en una lanchita a la venta de la playa y dejó a toa la gente al lao fuera, pa que lo dejaran hablá tranquilo. Y ha y se sienta y empesó a predicá muchos ejemplos que son las parábola y ba y dice:. Mirá ustedes, el reino de los sielos se parese a lo que pasó a un hombre que tenía un cortijo y lo mandó sembrá de trigo bueno. Y estaba una noche tos acostaos los guardas y los perros y tos y agarra un narquista que no podía vé a los zeñorito y se mete sin sentí de puntiyita en el sembrao y ba y se pone a echá por toas las tierra semiyas malas sisaña y se fue corriendo y no lo pudieron piyá.

Al pronto nadie cayó en ná; pero en cuantito empesó a salí las espiga vieron la má de sisaña que estaba allí metía. Y van corriendo y le disen al Amo: — ¿San terao usté de lo que ha salto al trigo? — y dise ¿el qué? — pos no es ná ni ná, que está toitico yeno de yerba mala. ¿Quierusté que le metamos mano y la arranquemos toa? — No, dise el amo, no vayáis ustedes a echar a a perder entoavía más, arrancándose el trigo a la par, de la sisaña; dejarlo quietesito y cuando llegue la siega se echará a un lao el trigo bueno y alotro to eso pa meterle fuego.

Pero lo disípulo no senteraban de lo que significaba este ejemplo, y cuando sacavó el sermón y se fue-ron pa su casa ya na más que eyos, ban y le disen al Señó: Diga usté, Señó, ¿quié usté hasé el favó de desirno qué era aquello del trigo y de la sizaña?

Y el Señó, como era tan güeno, ba y le dise: Cites no, hombre, pos veréis ustedes lo que es eso:

El que siembra la semilla buena, ese soy Yo; el campo en donde la siembro es el mundo, la semilla buena son los hijos de Dió, y la semilla mala o la sisaña son los hijos del demonio. El narquista aqué que siembra la semiya mala es er demonio, la siega es la fin der 'inundo y los segadores son los ángeles.

Mientras estamos en esta vida andan rebujao los buenos y los malo y mi Padre no se mete muchas veces con los malos por mó de

los huertos; porque los malo, aunque hasen mucho sufrí, basen también sin queré muchas cosas buenas a los buenos. Pero en cuanto llegue er día der juicio ban los ange y agarran a los hijo de Dió y se lo yeban payó arriba pa briyá en el cielo lo mismito que er só y alospué se ban pa losotro y icataplún! los sampan en el fuego del infierno, en donde' estarán toña la vía dando diente con diente y yorando por tó lo que han hecho yorá al Señó y a susijos.

El Evangelio del Fariseo y el Publicano, contado por mis chiquillos.

Había una gente mu fachandosa que se la echaba de ve y no veían na, y va er Zeñó y dise: veréis ustede cómo se le va acabó toitos los moños a eso.

Esto era un Fariseo y un Publicano; el Fariseo era un señorito mu tirao patrás, con mucha tiriya y botas de charol y con una capa encamé como de torero y muchos aniyo y puros y de tó, y el Publicano era un lechuzo de las séulas de vesindá y estaba dergao y mu mal vestío con una alpargatilla caló con la má de bujeros. Y van los dos y se meten en la ilesia del puqblo a resá; el Fariseo va y se pone en lo alto del allá mayó y sin jincarse ni ná y con una voz como si fuera a vendé jigo chumbo, se pone a desí: Camará, po no vargo yo .na niná. Zeñó, yo no soy como losotro sombre, que son unos ladrones y unos borrachos y unos perdíos; yo al momentito iba se asín, aniguá ayuno dos vese a la semana y doy limosna y soy más güeno que el pan de rosca...

Mientras tanto el mendigo del Publicano estaba arrinconaíyo detrás de un banco, más doblao que una arcayata vieja, y no hasía más que largarse muchos puñetazos en el pecho y desía mu bajito: Zeñó, tené misericordia de este pobre pecaó, Zeñó, Zeñó, y lo desía la fuá de vese. Pos güeno, dice nuestro Zeñó Jesucristo a la gente aquella fantasiosa, ¿a que no sabéis ustedes én escapó mejón y quién salió purificao de la ilesia? Pos ¿quién iba a sé, alma mía, sino el infeliz que se puso e ás del banco? ¿Por qué? Porque fue

humirde, y los umirdes se yevan de caye ar mismísimo Padre eterno.

Evangelio de la pesca milagrosa, contado por los niños de mi Catecismo

Iba mucha gente con er Zeñó dando rempujones pá oírlo majó, y va er Zeñó y dise: pos ahora no me remujais más ustedes, y va y Se mete en una lanchiya que taba ayí en la oriyita y que era de un lombre que se amaba Zimón, y va er Zeñó y se pone a predica desde a lancha y tos lo vían y ninguno empujaba ya y saca ó el sermón y le dise Iesú al pescaó de la barca: miá tú, vámonos paentro y ponerse a pesca. Y dise Simó: pó eñó, toíta la noche hemos estao trajinando con la red no hemos cogido nafta.

Pos ahora vamos a echa la red en nombre tuyo. Y y agarra y la echa altagua y icamará! paese que los scaos se golvieran locos y ¡cataplún! se puso la red enventandito que paresía que se iba a partí y tuvieron e llamé gente de otra lanchiya pa que jalaran, y cuan sacaron los pescaos le entra una jormiguiya por to er erpo a Simón y se pone a temblá más que un azogao y se jinca en roiya y toa la gente del barco y le dice al Zeñó: Zefior, desepárese de mí, que soy mu pecaó... Y er Zeñó se echa a reí un poquiyo y le pone la mano en la cabeza y va y le dise: Po na más que por eso, por lo obediente y bueno que habéis sido ustedes, ya vais a ser pescaores de hombres, aniguá de pescaos. Y aluego aquellos pescaores fueron los apóstole.

La resurrección de la hija de Jairo.

«Iba el Seño por un caminito con toa la gente y los disípulo y tó, y va y viene un hombre mu bien vestío, que era jefe de una sinagoga y se llamaba Jairo, y va y jince en roiya delante del Señó y le dise muy aptfrao: —Haga usté el favó de venirse pa mi casa corriendo, que tengo una hija que está dando ahora mismito las boqueas ande usté, a ponerle la mano ensima para que no se

muera. Y el Señó, como tenía el corazón tan blando, va y se pone también apurao y le dise: —No te apure hombre, que ya bamo paya pa arreglá eso—.

Y salen tos andando detrás del hombre, y cuando iban por la mitá del cimino, vienen corriendo paca, unos mositos y le disen a Jairo: —Mira, ya no hese falta que marees a Iesús, porque tu niña acaba de morir.

El pobresiyo se pone a yorá mirando al Señó y va el Selló y le dise; pero hombre, ¿no te he dicho que todo se arreglará? bamo payó y ten fe, hombre.

Y anda que anda, anda que anda toa la gente hasta que yegan a la casa. ¡Y no era ná la que había ayí arma!

Había unos tíos tocando una flauta y muchas mugeres desgreñas haciendo que yoraban, pero no yoraban, porque era ese su oficio, y daban toas unos chiyíos muy grandes y luego toa la gente del duelo y la mujé de Jairo y sus chiquiyos y tos yorando más que la má.

Y entonse el Señó va y le dise a toa la gente:

¿Queréis ostés hacer el favó de cayarse ya y de salirse de ahí? Yo le digo a ustedes que esa niña no está muerta, sino que está dormía.

Y empiezan tos a desí:

— ¡No está muerta ni ná! —Y empezaron tos a guasearse del Señó.

Y entonse el Señó le dise a San Pedro, a Santiago y a San Juan y al padre y a la madre de la niña: — venirse ustedes conmigo.

Y se meten en el cuarto donde estaba la niña de cuerpo presente y estaba ya amortaja y té, y va el Señó mu despasito y con las lágrimas salta y con la cara mu colora y agarra a la niña por la mano y le dise: —Mocita, levántate.

Y se levantó la niña y se puso a habla con el Señó y el Señó le dise: — darle de comé a la pobresiya y hasé el favó de no desí a nadie lo que aquí ha paseo.

Y ¡no fué ná la que se armó cuando salió la niña pa fuera vestía de blanco toavía y la vio la gente! ¡Como que si no se quita el Señó denmedio se lo comen a abrasos y besos y achuchones!...

Cosas de este Evangelio

Y itienen que oír los exégetas que surgen de entre aquellos banquitos sin respaldo!

Pregunto: — ¿Qué se saca de ese Evangelio? Escojo de entre mil comentarios:

Uno: — Lo mansito que se pone el Señó cuando le pide uno con humirdá: que se viene con uno a su casa y tó como se fue con Jairo.

Otro: —Lo pamplinoso y lo mal que quean loasue se meten y se guasean de los Curas y de las cosas del Señó, como le pasó a los tíos de la flauta.

Otro (¡final estupendo!): — La sangre gorda de la niña resucitó, que se pone a comé sin tené mieo de haber estao muerta y de está ayí el Señó.

Contra comentario instantáneo de otro exágeta de diez años:

— Pero, oye tú, arma mía, delante der Corazón de Jesú iba a tené uno mieo ni ná?

De exégesis infantil

Comentando a mis chicuelos el *Evangelio de la Dominica XVI* después de Pentecostés, les preguntaba:

— ¿A qué clase de pecadores se parece ese *hidrópico* que curó el Señor?

Una mano de limpieza más que problemática que se levanta y se agita, me dice que por aquel lado hay uno que quiere responden — A los lujuriosos.

—Zi señó, porque digo yo: los lujuriosos son unos cochinos, los cochinos están gordos, y como ese bidéprice estaba muy gordo, por eso se parece a los lujuriosos

— Hombre, hombre, no estoy conforme con esa lógica de embutido. ¡Otro! ¡Otro!

— Los *hilóprico* se parece a un señorito que empiesa a golverse muy presumío.

— ¡Ese casi se quema! ¿Quién se quema del todo?

— Un *quilópico* se parece a los fantasiosos.

— ¿A ver?

— Zí señó, a un guitópico de esos se le da un pinchaso en la barriga Y sale machos cubos de agüilla susia y ve uno que no era gordo de carne ni de verdá, sino de agüiya, y a un orgulloso de esos que echan mucha fantasía de que tienen mucho dinero y de tó y de que ven y de que son más que tó er mundo y va uno y le da un pinchazo o un rempujón y ¡cataplún!, aquello no era na, sino... agüiya sucia, Dor Manué Vicario...

Me parece que si la exégesis de mis chicuelos dei que oler, da también que pensar...

— ¿Por qué —preguntaba yo a los chiquillos de mi Catecismo el Domingo V después de Pascua; comentándoles el Evangelio— por qué el Padre celestial dará todo lo que se le pida en nombre de su Hijo?

— Porque lo quiere mucho, y al quererlo no tiene más remedio que queré a todo el que lo quiera.

— Entonces, eso de pedir en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, ¿qué significa?

— Pos sinifica que pa sacarle tó lo que uno quiera al Padre selestiá no hay más que creé en Jesucristo y quererlo con toas las ganas, y ino es ná lo contentito que se pone er Zeñó cuando uno va y se pone a la venta de su Santísimo Hijo pa quererlo má que la mar!

— ¿Quién es el valiente que me explica eso con un' ejemplo?

— Un servidó —y se levanta un metro de chiquillo, con más traza de presunto mozo de estoques que de aspirante a teólogo— esto era un poné: está toreando Bermonte y el hombre tropiesa con un toro guasón de mala idea, y va Joselito, questá al lao, y dise guiñando el tojo: ten cuidiao tú con ese bicho, que viene con mu mala sangre, y sigue toreando Belmonte y icataplúm! va y agarra el toro, le, da un rempujón y lo tira al suelo, y ya le va a meté una corná y va Joselito, le echa mano y Iplúral deja visco al toro y se lo yeva patrá, y Bermonte se levanta y no pasa na por mor de Joselito, y cuandó Sacetbó la corría, sale luyendo el padre de Remonte que estaba ayí loco de alegría con la anión de Joselito, con én hito, y Va y lo coge y le da un rempujón mu grande llorando y tó le dise: toma este aniyo de mir duro que me trajo mi Juan de América, pa tí pa siempre...

Pos eso mismo y más entoavía hase el Padre selestia por tos los que sacan la cara por su Hijo...

Evangelio del Domingo de Quincuagésima, contado por un «gigante» de tres palmos, de mi Catecismo.

Esto era er Zeñó y susapóstoles que iban por un caminito anda que anda pa Jerusalén. Y va y se pone mu triste y dise er Zeñó de pronto: pos lo ques ahora no es ná lo que me va a mí a pasó en Jerusalén. En cuantito lleguemos me van a echa salivas.) y a da gofetá y a coroná de espina, y no van a pará hasta que me crusifiquen y me maten der té; pero no tené cudiao,. que a los tres días vi a resucité. Los apóstoles no sacababan de enterá aunque hasta la raá de tiempo que er Zeñó siempre estaba con la misma:

que si la crú, que si me van a cogé, que si me van a matá, pero ello parese que tenían lo sentío embotao y no se enteraban más que de lo que les gustaba. Iba el Zeño anda que anda mu serquista de Jericó y había un sieguésito pidiendo limosna a la venta del camino, y cuando oyó tanta patulea de gente va y dise: ¿quién va ayá? Y va y le dise uno: Mos no es Si, ¡chiquiyo, si viene conosotros Jesú Nazareno!

Lo mismito fue oír que pasaba Jesús que empezó a dar mucho chillío y a desí: Jesú, hijo de Daví, ha el favó de tené lástima de este pobresito siego que no lo pué gana, y se lo desía mucha vese. Y er Zeñó, aunque senteraba hasía como que no. Y la gente senfadabá con el sieguesito porque ca ve chillaba má, y va uno y le dise mu enfadao: pos no chilla tú ná, ipos no parese que losotros estamos sordo!, y otro le desían: imiá el siego, que paese que se le han escosío las quijás!, y tos se metían con él; pero él no hasta caso y contri más le desían más chillaba, hasta que va y dise el Zeñó: que venga pacá ese pobresito. Ven pacá, hombre, ¿qué te pasa?

Pos na, Zeñó, que estoy siego der tó y, fila verdad!, quisiera ver. Y va er Zeñó y le dise: Güeno, pos tu fe ta salvao: ve der tú... Y fino fue ná la que armó el siego cuando vió que ya veía! Se quería tomé a beso y a abraso y a chillío ar Zeñó que había hecho con él una cosa tan güena.

De Resurrección

Dedicábame yo con mis chiquillos a la tarea de sacarle jugo al Evangelio del Domingo do Resurrección, según acostumbrábamos en nuestro Catecismo, y cuando se iba agotando el ingenio en *sacar cosas* como el amor, la abnegación y el valor de las Martas, la poca fe de los Apóstoles, el chasco de los fariseos y la *zurra* de los soldados, etc., etc, me sale uno con la siguiente estupencta cosa: ¡El talento de la *Virge* y lo tonto que fueron *tos* los demás!

Sí Señor: La Virgen tuvo mucho talento en no dí al sepulclo porque sabía que había de resucita su santísimo Hijo y *losapóstoles* y los Marías y los zayones y tos que le habrían oído

desí ar Zeñó: cuidao ustedes, que me van a mata, y que ví a resucita al tersero día iy que no lo dijo veses ni ná! y con tó y con eso se ponen a lloré las Marías, que si mos lo han roban; que si se lo han yebao a otro lao, y lo zapóstoles se guasean de las Manas, porque disen que resucitó y la uniquita que se quea quieta en su casita esperando al Zeñó es la Virge fique no sería na la que se armaría cuando lo vió entrá... camará!

— Entonces si tú te hubieras encontrado por allí, ¿qué le hubieras dicho a las Marías y a los apóstoles?

— Pos le diría yo: Pero arma mía ¿entoavia no sabeis enterao...?

¿Verdad lectores que el sermoncito de mi chicuelo habría que predicárselo a muchos, muchos cristianos? ¡Están tan poco enterados!

Domingo III de Pascua.

Expliqué a mis chiquillos el Evangelio del día y me detuve en aquello de *mundus autora gaudebit vos vero contristabimini* y les presenté el cuadro de *gangas* que espera en este mundo a los buenos y los triunfos de los malos y el trueque que sobrevendría en el otro mundo.

Para cerciorarme de si había sido comprendido por mi auditorio pido la repetición.

Dice er Señó —habla un ciudadano de diez años con más boqueras que rajones y ¡ya tenía!— que la gente güena tié que pasar muchas ducas porque to er mundo se meterán con uno y le darán patás y arañaso y rabiña y le quitarán las cosas a uno y tó y a la pa la gente er mundo se estarán guaseando de los güenos disiéndoles beatos y tontos y jartándose de comé salchichón y morsilla y jamón y de huevos fritos y de tos y con mucha tiriya y cantoras y artomovil y to, pero que se aguanten, que aluego to se va a gorver al revé, que el Señó va a jartá a los güenos de toas las cosas güenas y a los malos lo va a deja con dos velas pa eter namente...

¡Entendido!

Ahora vengan casos prácticos en que se cumpla ese aviso del Señor.

En gracia a la brevedad no pongo aquí todos los casos que me pusieron, porque estos andalucillos, en cuanto se dice a poner casos, se vuelven locos de las cosas que su caldeada imaginación les sugiere.

Se pusieron casos del pobre Lázaro y el rico Epulón, de la Virgen sin cuna para que naciera su Hijo y hoy Reina del Cielo y la tierra, de un señorito malo que se metió con un pobre bueno, de un anarquista que le dio un tiro a un Cura que hacía escuela para los niños pobres y qué sé yo los casos de anverso de este mundo y reverso del otro; pero no quiero privaros del gusto de conocer el caso que cerró la sesión.

Es del amigo Malvares.

Dijo así:

Un poné: esto era un pobresito caminante que tenía muchas barbas y mucho pelo en la cabeza, y no tenía ni una perra gorda pafeitarse. Y va y llega a una barbería y va y le dise: Maestro ime quieusté afeitó? porque estoy agotaito con tanto pelo y ya usté ve no tengo ná ni ná...

El maestro barbero que tenía mu ma corason y mu mala purga va y le dise: pos como no se vaya usté pronto voy a llamé a los mimisipales iso costroso!, iso piojoso!, y se metió mucho con el pobresito de los pelos.

Entonse va el pobresito y se.cayó y se fue y no le mentó sus muertos ni ná. Y alospués se murieron los dos y vinieron los angelitos y agarraron y afeitaron al pobresito güeno y lo pusieron mu bonito en el cielo y vinieron los demonios y va y cogieron al maestro barbero malo y lo metieron en el infierno pa que le creciera el pelo pa siempre y no se pudiera menear, ni comer, ni resollar de tantos pelo...

Me parece que el caso es *peliagudo*.

La Ascensión del Señor contada por los chaveítas.

A los cuarenta días de habé resucitado, ba un día er Señó y se le aparesió a losapóstole que estaban metío en un cuartito de Jerusalén, con la puerta y la ventana serró por mo de lo judío que le tenían mucha tirria a los cristiano y cuando se le aparesió ha y se pone a comé con eyo y le dió mui bueno consejo y dijo que iba a manda pa cá mu pronto al Espíritu Santo y se quejaba tamié de lo poquiyo que habían creío en é la gente y lo má que sabían portao con é y ba y le dist a los apóstole: andá y venirse ustedes conmigo; y se fueron pa Betania y se subieron tos a un monte y el Señó no dejaba de desirle muchas cosas de que tenían que salí a predicá muchos sermones por toas partes, aunque los esgoyaran y tó y ba entonse de pronto levanta las mano y bendise a toa la gente y sin desí ná se va parriba mu despasito hasta meterse en el sielo. Cuando ya iba un poquito arto, avino una nube y lo tapó y ya no lo vieron más y se quearon tos con la boca abierta mirando payé abé si venía otra vé, pero va dos anje vestido de blanco y le dice: varone galileo, ¿qué estais ustedes mirando parriba? Bueno, pos sabé ustedes, que ese Jesú lo mismito que ha subío bajará pa ajustarle las cuentas a toa la gente el día del Juisio.

Y entonse se golvieron con mucha alegría pa Jerusalén para ponerse a espera el Espíritu Santo.

La compenetración del maestro con el discípulo produce prodigios de atención y de intuición.

V

El gran secreto

Para que nuestros catequizandos vengan primero sin codicias de pagos ni premios, atiendan y se enteren después y enterándose de la Doctina, la amen y conviertan su letra en espíritu, sus ejemplos en normas y sus frutos en carácter formado de niños, sólidamente piadosos, para que en la Catequesis se realice el encuentro dichoso y el reconocimiento mutuo de Jesús y sus niños, el resorte maravilloso, el secreto de los secretos, la vara mágica que lo produce es

La eucaristización del Catecismo.

A saber: que cuanto diga, haga, dé, estudie y ore el Catequista, tienda a despertar y desarrollar en el niño *la Fe viva, el gusto y el sentido de la Presencia real de Jesús en la Sagrada Eucaristía*.

Que toda enseñanza que se dé, todo ejemplo que se muestre, toda pena o necesidad que se descubra en el niño, toda alegría o esperanza que le sonría, todo adelanto y todo retroceso, sea como una mano indicadora del Sagrario, mano que venga a decir: ahí dentro está el Maestro, el Cordero de Dios, el Taumaturgo, el Médico, el Resucitador, el Perdonador a quien siempre se acude y se encuentra, de quien siempre se saca y con quien siempre se cuenta.

Nada de decir que Jesús hizo en el Evangelio, sino que hace ahí, ni de que si Jesús lo viera o lo oyera o que nosotros lo viéramos o lo oyéramos, sino que nos ve y nos oye y lo vemos y lo oímos ahí. Y que porque está vivo ahí, y espera y quiere tanto la visita ' de loiniños, éstos deben ir muchas veces a estarse con Él para comer de su Mesa, para echar niños de conversación con Él sobre sus cosas y sus apuros y sus deseos y sus peticiones y, como

Él es ten atento, para estarse calladito esperando la respuesta de lo que le han dicho.

No conozco resorte pedagógico, ni ascético, ni social para hacer la vida de los niños y de los hombres y de los pueblos, buena, agradable, radiante de felicidad y santa como la Fe viva, el gusto y el sentido de la Presencia Real.

¡Eucaristizar! Perdonad la novedad de la palabra, pero no conozco otra que mejor exprese lo que hay que hacer con los niños pardlevarlos al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús y, os lo diré, hasta la santa chifladura por Él.

¿Es posible?

¿Esto es un ideal irrealizable?

¿Es asequible sólo a los menos?

¿Exige condiciones extraordinarias en los catequistas y en los catequizandos?

Respondo que, contando con la gracia de Dios, *un poquito más* de lo que contamos, no olvidando el refrán «Nadie da lo que no tiene», y con un poquito de buena voluntad e ingenio, es ideal perfectamente realizable y no en unos pocos sino en muchedumbres de niños de todas clases.

¿Casos?

Entre otros mil, vayan los siguientes, de cuya verdad certifico y prueban la tesis abundantemente:

El Polvorín de Huelva.

Dos cartas tengo hace unos días aquí sobre mi mesa de trabajo, como dos velas encendidas en homenaje de gratitud a la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús que preside mis papeles.

Permitidme esta expansión de familia.

¡Qué bello, qué contundente comentario son esas dos cartas *al siembra tú hoy y fíate del Evangelio!*

Estas dos cartas son las dos últimas páginas de una sencillísima vida; pero tan hermosas y tiernas como sencillas.

¿Os acordais de aquel Polvorín de Huelva, de que tantas veces, siendo yo Arcipreste de allá, he hablado y hacia el que tantas veces interesé la caridad de los buenos? ¿Aquel barrio apartado, populoso, pobrísimo, de casas de caña y latones viejos, de gente tiznada de cuerpo y alma, sin iglesia, sin escuela y repleta de todas las miserias del cuerpo y de alma? ¿Aquel Polvorín de niños y niñas desarrapados, mal hablados, feroces ¡cuántas pedradas me habían regalado! casi salvajes?

Pues en aquel Polvorín, como sabeis, se empezó a *sembrar* hace ocho o diez años con un Sagrario pobrecito y con unas escuelitas pobres, como el barrio de dinero y de protección, pero ricas de *semilla* de Corazón de Jesús y ¡cuántos fracasos, cuántas soledades, cuántos desagradecimientos, cuánto sembrar en *piedra*..! pero ni una sola mañana se ha dejado de salir a sembrar... ¡Benditas Madres Teresianas, qué bien, qué valientemente habeis hecho lo *vuestro*!

Y mirad cómo la *teoría* se realiza; cómo tiene cuenta *fiarse del Evangelio*.

De aquel barrio tan... como sabeis y de entre aquellas desarrapadas y abandonadas niñas ya han salido ¡*vocaciones* religiosas!

¡Qué cartas me escriben desde sus noviciados! ¡Cómo me hacen gozar al unir en mi memoria el ayer y el hoy de éstas venturosas polvorineras!

¡*Flores* del Polvorín! ¡Cómo me conmoveis!

Y de una de esas florecillas me hablan esas dos as que os mencionaba. La primera está escrita por a misma; la segunda, por

su superiora; la primera es ra felicitarme en mis días y la segunda es para comuarme su ¡muerte!

No me atrevo a comentarlas: leed una y otra y dadme a dar gracias al Amo porque ha querido Ilee a sus Jardines del cielo esta florecilla de la tierra egosa de su Polvorín de Huelva.

Dice la primera carta:

VIVA JESÚS

21 de diciembre de 1919.

ILMO. SEÑOR OBISPO:

Muy Rvdo. Padre: Sería faltar a uno de mis debe dejar pasar las tiernas Pascuas del Niño Jesús, sin manifestarle mi más sincera gratitud. No, respetable Padre, aunque pobre y falta de frases elocuentes, no por eso dejo de hacerlo, pues sé que sabe y conoce muy bien el c razón de su hija; juntito a la cuna de Jesús suplicaré a tan Sagrada Familia colmen a su Ilustrísima de aquellas gracias que necesite para dirigir el rebaño, que el Pastor Divino le ha destinado.

¡¡Qué precioso es el Niño de Belén!! Cuando en ratos de soledad me traslado junto a la cuevecita no go la alegría de los años anteriores por hallarme enf hace algunos meses (*de la enfermedad que le ha llevas al sepulcro*), pero me voy hacer el ánimo y quitar to lo que sabe a tristeza, pues me hago cuenta que todo ne por la mano bondadosa de Dios.

También ahora le mando mi felicitación en e día memorablede su onomástica fiesta, pidiendo al Señor le colme de gracias y bendiciones como siempre lo pido, pero de un modo especial se lo pediré en este día.

Mi Rvda. Madre Superiora se une a mi felicita ión quien no le olvida en sus oraciones.

Jesús y su Teresa guarden a su Ilustrísima e su compañía y amor como se lo pide su hija que in gna besa su mano.

Mª. Teresa del Niño Jesús Luardo

(CARTA DE LA MADRE SUPERIORA)

Nuestra hermana María Teresa de Juarda., •de Huelva•, ha muerto de la gripe y estoy edificadísima y admirada de ver, no sólo con la resignación, sino con la alegría con que esta santa hermana ha aceptado y visto llegar la muerte. Cuando la M. General me notificó la gravedad de nuestra María Teresa, fuí a verla y muy tranquila me dijo: «Ya me han dado el Viático y la Extremaunción y me han tomado el santo hábito, segura

Visitas al por mayor.

Una tarde observa uno de los maestros de las Escuelas del barrio de San Francisco que un grupo de ni- ñ entraba y salía con frecuencia en la iglesia de la Esc a.

Más que jugar parecía que estaban ganando el Jubileo de 4a Porciúncula.

— ¿Qué haceis, chiquillos, entrando y saliendo tanto en la iglésia? les pregunta el maestro.

—Era que estábamos haciéndole al Corazón de Jesús unas cuantas de visitas para que le *duren toda la noche*.

¿Habeis oído de labios de niños frases de más delicado amor que ésta?

Otro caso.

Paseábame por el atrio de mi parroquia y s me presentaron dos *Juanitos* con aire de *comisión*.

El uno mira al otro y el otro mira al uno como diciéndose: Habla tú. Decido la competencia, preguntando al mayor de los dos: ¿Qué traes con ese aire del parlamentario?

— Que queríamos que nos diera usted permiso para pasar toda la noche en el Sagrario de la Escuela

— ¡Chiquillol ¡Toda la noche!

— Sí, señor, prosiguen los dos impertérritos an e mi exclamación; ya tenemos permiso de nuestras madres y traemós aquí en el bolsillo el *cosío* (pan y queso) para comérnoslo antes de las doce... y también están conformes en venir con nosotros Fulanito y Zutanito y... hasta nueve.

Les discutí la proposición para cerciorarme de la firmeza de su deseo, y ante sus argumentos tan formales y contundentes tuve que rendirme; ya podrán los lectores adivinar con qué alegría, y concederles el permiso a condición de que habría de pasar la noche con ¿Hos alguno de nuestros maestros, ya que a mi me era del todo imposible acompañarles, como hubieran sido mis deseos.

A la media hora ya estaban de vuelta los comisionados anunciándome la aquiescencia, no de uno sino de'tres Maestros a pasarse con ellos la noche de adoración ante el Sagrario.

Lean nuestros amigos cómo dan cuenta nuestros Juanitos de su noche de adoración en su libro de *actas*.

«Hace algún tiempo algunos Juanitos teníamos un gran deseo de estar una noche entera 'acompañando a Jesús Sacramentado en sus soledades.

Ulla tarde, después de haber pasado nuesfro ratito de recreo, nos juntamos unos cuantos y no sabemos de qué manera se le vino a uno la idea de quedarse aquella noche acompañando a Jesús en sus soledades; todos aceptaron gustosos la idea, corrimos en seguida a pedirle permiso a nuestras madres, y todas nos dieron el permiso.

Locos de alegría corrimos en seguida a pedirle permiso al Padre Vicario y él nos dijo que si se quedaba algún Maestro, nos daba permiso, todos consentidos en que sería aquella noche; pero ¡oh desengaño! Don José Muñoz, estaba un poco delicado y no se atrevía a pasar una noche en vela, nos pusimos todos muy tristes y él nos dijo que a la noche siguiente nos quedaríamos y nos

expondría a su Divina Majestad. Todos con mucha alegría y con nuestra mijita de pena nos retiramos a dormir.

Por la mañana, después de haber comulgado, nos dirigimos a nuestra capilla para arreglar el altar donde había de estar expuesto toda la noche núestro Divino amor.

A las diez de la noche estábamos todos reunidos esperando crin gran ansia al Sr. Vicario para que'nos expusiera a su Divina Majestad.

Llegó el Sr. Vicario acompañado del Sr. Cura, don Fernando y un caballero.

Hicimos la salida de la Guardia cantando: *Viene ya mi dulce amado*; se expuso a su Divina Majestad y rezando las ceremonias y oraciones de los Juanitos, se alejaron todos a la Sacristía, dejando a dos en los reclinatorios; nos relevábamos de hora en hora y asi continuamos toda la noche sin que ninguno se quedara dormido mientras oraba.

Al amanecer del día vino don Fernando, nos confesó y nos preparamos para recibir la Sagrada Comunidn, ocultaron, oímos misa y nos dieron nuestra correspondiente tortita y nos fuimos a nuestras casas más contentos que unas pascuas y con más sueño...»

A mí no me lo ha dicho nadie; pero se me figura que el Corazón de Jesús debió pasar una noche deliciosa entre sus *Juanitos* de alpargatas, blusita de codos rotos y corazón de oro... ¿Verdad que si?

UNA PRIMERA COMUNIÓN ANTES DE LOS CUATRO AÑOS

Si vinierais un domingo cualquiera a mi Catecismo, yo os enseñaría, sin que ella se enterara, una niña (dicen que es un angelito escapado del Paraíso y vestido de niña) como de tres palmos de alto, con su carita redonda y blanca que sirve de marco a

unos ojitos vivos e inocentes y a una boquita de capullo semiabierto adornado con un hoyuelo a cada lado que dan a la cara una gracia... Si le preguntais por su nombre, os responderá con su media lengüilla encantadora mientras cruza sus bracillás sobre el pecho para que la respuesta salga respetuosa: Julita *Glabiel* (Gabriel) *Budedo* (Buleto) *pala selví a Dió y a udé.*

¿Su edad? Eso no lo sabrá decir ella; pero puedo deciros que nació el 28 de agosto de 1909 y que, por consiguiente, el día 15 de agosto de este año le faltaban trece días para cuatro años.

Hace tiempo que la Catequista de Julita no dejaba de decirme: Mire usted que Julita cuando me ve venir por las mañanas a la Iglesia, se echa a llorar porque quiere venir a comulgar conmigo.

Otro día me entero que Julita le dice a esta misma Catequista cuando volvía de la Iglesia:

— Celonia (Celesdonia) ¿has *comulgalo*?

— Sí, hija mía.

Pos agáchate —Y mientras esto pedía, levantaba sus bracitos, se colgaba del cuello de su Maestra que se inclinaba, y con gracia soberana le daba un beso en mitad del pecho.

— ¿Por qué me besas ahí, Julita?

— *Polque* ahí tienes *gualdado al Colasón de Jesú*.

Yo no sé lo que otros hubieran hecho; pero yo no vacilé un momento en satisfacer los deseos de Julita, que, sin apenas saber hablar, sabía tan delicadamente sentir a Jesús-Hostia.

La hice venir, la examiné entre caricia y caricia, para que no se me asustara, y si antes no vacilaba, ahora deseaba yo con ansia darle la Sagrada Comunión. Se señaló el 15 de agosto, Fiesta de la Asunción, y en la mañana de ese día se me presenta Julita 'vestidita de blanco, acompañada de su madre, su abuela, sus harma. nitos, poco mayores que ella, sin comulgar todavía y su

Catequista; se adelanta ella sola y acercándose a mi confesionario me pregunta:

— *Padle*, ¿me da usted *lilencia* para *lecibí* al Niño Jesú?

— ¿Tú lo quieres recibir, Julita?

— Y acompañando la palabra con una son' risilla picaresca, me dice:

— Con *tolas* mis ganas.

— ¿Y por dónde va a entrar?

— Por aquí, señalando con su dedito la boca.

— ¿Y en dónde lo vas a guardar?

— Aquí, bajando el dedo y poniéndolo sobre su corazón...

Julita comulgó de pie sobre la punta de sus zapatos con sus manitas cruzadas sobre el pecho y... ¿querrán ustedes creer que a pesar de los miles de Comu-niones que llevo dadas a chicos y a grandes, me tembló la mano derecha al colocar la Sagrada 'Forma sobre la blanda lengua de Julita?

Puedo aseguraros que en mi vida he dado una Comunión con tanta seguridad del buen gusto de Jesús y de la buena disposición del alma.

Durante el día de la Comunión se oía frecuentemene a Julita prorrumpir en un dulcísimo y angelical «¡Ay, que contentita estoy!»

Después pide con frecuencia que la lleven a estar un ratito con el Niño Jesús que *está muy solito* en el *Salalio* (Sagrario).

Y ha llegado a interesarse tanto por su Niño del Salalio que preguntaba a su Catequista el otro día:

— *Oye, Celonia*, ¿el Niño del *Salalio* está de pie o *sentalo*?

— De pie —le respondió ésta por responder algo a tan original pregunta.

Y como herida por un sentimiento de compasión, le dice:

— Pos voy a pedirle a mi papaíto que me *comple* un siloneito *pala* traérselo al Niño y que no se canse.

¿Verdad que ante cuadros como ese hay que exclamar: ¡Bendito sea el Corazón de Jesús! porque aún concede a nuestra pobre tierra que dé flores como Julia,. y bendita de El sea Julita por años y años y nor toda su vida?

LOS APUROS DE UN PRIMER COMULGANTE DE MENOS DE CINCO AÑOS

Un chiquito, que a mi reciente paso por Sevilla, la acaba de hacer, sin haber cumplido aún los cinco años, me dará materia amena para un articulejo que bien puede llamarse

Los apuros de un primer comulgante.

Como dato previo debe advertirse que un hermanito suyo de un año más venía preparándose para hacer su Comunión y que la recibió de mis manos, rodeado y acompañado de sus piadosos padres, hermanos y familia.

Mi Jose María, que así se llama el héroe, había venido presenciando las lecciones que maestros y familia habían dado a su hermano y visto con ojos muy abiertos el lazo, el.libro, la vela y demás cortejo de adorno y preparativos de la primera Comunión, pero sin decir palabra, que pudiera dar a entender que él seguía con interés aquello.

Pero lo que sus labios no decían, los ojos lo delataron.

¡Con qué ojos miraba comulgar al hermano y durante todo aquel día le seguía a todas partes!

Sin dejar de estar contento, como cuadraba a su edad y a la fiesta de familia, un apuro, un gran apuro se asomaba por sus ojos:

Yo los miraba sin que él se diera cuenta y parecía como que gritaba: ¡quien pudiera comulgar!

Para salir de mis dudas y sacarlo del apuro en que creía verlo metido, lo llamo al día siguiente, lo siento sobre mis rodillas ya quemarropa le dirijo esta pregunta. Vamos a ver, José María, ¿tú querrías comulgar?

— ¡*Yo si!*
— ¿Pero tú sabes lo que es comulgar?
— Tomarse al Niño Jesús.
— ¿Y en dónde está?
— En la Hostia blanquita.
— ¿Y por dónde entra?
— Por aquí (señalándome la boca).
— Pero si tú no tienes lazo, ni preparativos ninguno...
Un encogimiento de hombros, como de no importarle nada.
— Entonces ¿tú te atreves a comulgar mañana?
— Si usted *quiele*, sí.
— Y tu papá y mamá ¿querrán?

Mi hombre, por toda respuesta, salta de mi rodilla y a gritos desde la puerta de la habitación:

— Papaíto, mamaíta, *quíele* usted que comulgue mañana, *¿verdad* que sí?

La respuesta fue un consejo de familia en el que hubo besos y apretones y lágrimas muy dulces y como decisión última la de que cada cual pusiera su parte para que la primera Comunión de José María resultara lo más solemne posible.

Otros apuros.

— Mamaíta, el Niño Jesús de la Hostia no va o podé *entlá*.

— ¿Por qué?

— Porque está muy *grande*... como no lo ponga el *Padle* en una Hostia más chiquita... ¿No dice usted que el Niño Jesús está en un cachito muy chiquelino le la Hostia?...

— José María —le preguntó la madre— y cuando entre el Niño Jesús en tu boca ¿qué vas a hacer con El?

— Pues, *pues dejarlo que se valla pala adentlo*: ¡ya sabe andar solito!

Al ratito de haber recibido su Comunión con muestras de un gran recogimiento con sus manos juntas y sus ojos muy cerrados, pregunta muy quedo a la mamá:

— *¿Puedo ya ablí los ojos?*

Y mientras la madre sonriendo le daba el permiso pedido, yo pedía al *Niño* que *ya sabía andar* solo por dentro de José María, que no dejara de andar jamás con él y en él, pero siempre hacia dentro...

Nota lírica

A pesar de la brevedad de la preparación, todavía hubo tiempo para que se rematara el acto con la improvisación de esos versos por una tía del comulgante tan versada en métrica como fina en la piedad.

Soy pequeñito, ¡mi Jesús querido! mas ya mi corazón

Anhela hace algún tiempo recibir la Santa Comunión.

Atendiendo sin duda mis deseos y viendo mi inocencia.

Apresurar este feliz momento quiso tu Providencia.

Heme a tus plantas ya, dulce Jesús: ven a mí sin tardar,

Ven, porque quiero darte el corazón, ¡Ven, que te quiero amar!

¿QUE SI LOS NIÑOS ENTIENDEN A JESÚS?

Poblemos de niños los Sagrarios desiertos de hombres.

Un niño de seis años, alegre y penetrante como un ángel, y razonable como un viejo, me compendiaba las impresiones de su primera semana de comulgante en esta frase:

— Desde que estoy comulgando siento que me dura el gusto' a Hostia en la lengua todo el día, que con todo lo que como no se me puede quitar, ¿por qué será esc?

— Sin duda, le respondí un si es no es embarazado ante lo inesperado de la pregunta, ese gusto que sientes es como para decirte a todas las horas el Niño Jesús: Manolín, ¡que estoy aquí...!

Y entre borbotones de risa de felicidad y candor me dice: ¡Qué gracioso es el Niño Jesús! ¡Cómo si se creyera, que yo me iba a olvidar de EL..!

¡Ay! Si los que comulgamos todos los días nos quedáramos con ese sabor perpetuo a Jesús que ningún otro gusto nos pudiera quitar...!

Lo que la vista de un Crucifijo arranca de una zagalilla.

Tal como: me lo escribe uno de mis celosos Párrocos de la Sierra os lo cuento.

Daban una misión a sierra traviesa por los alrededo4 res de Benarrabá unas buenas Marías de Sevilla que tienen el buen gusto de invertir así su verano e hicieron por bondad del Amo entre conquistas muy valiosas este precioso y enternecedor hallazgo:

«Me refiero a la María —escribe el señor Cura— que al entrar en casa de una niña como de diez allos, cuya madre está demente,

le presentó el Crucifijo para que lo besara, y la niña le preguntó quién era aquel hombre; nuestra misionera, a grandes rasgos y con arreglo a las circunstancias, le explicó de quién se trataba y el misterio que representaba; y entonces la niña, toda enternecida y derramando lágrimas a torrentes, llevándoselo a los labios y colmándole de besos, y otras, veces estrechándole contra su pecho exclamó: ¡«Pobrecito mío, y yo no sabía ésto, déjemelo usted que yo lo esté siempre besando!». Al día siguiente, la niña recibía al pie del naranjo, en donde se daba la misión, con un fervor y una devoción propia de un Angel, aquel. Señor que besara en el Crucifijo, e interrogada por la señorita qué sentía dentro de sí y qué había pedido al Señor, replicó toda emocionada: «Yo no sé qué decir; yo estoy más contenta que nunca; me parece que estoy en el cielo, y le he dicho al Señor que ponga buena a mi madre, que mi padre confiese y comulgue y que a mí me lleve a la gloria. No pudimos contener la emoción y menos las lágrimas, pensando, de una parte, en los prodigios de la gracia, y de otra, en que si grandes son las privaciones yaufrimientos de los misioneros de Cristo, mayores son los consuelos con que el Señor les favorece y regala...»

¿A quién quieres tú más?

¿Quién no ha hecho y repetido hasta la machaconería esa pregunta a los niños? ¿Vi tu papá o a tu mamá? ¿Fulanito o a Menganito?

Y los niños nos entretienen y regocijan respondiendo, no según el orden de justicia, sino según la impresión que en ellos haya dejado el regalo o el castigo últimamente recibido de cada uno por Ios que se les pregunta.

Como caso excepcional registro el que me ofreció hace pocos días, en uno de mis viajes un pequeñín de cinco años, formalote como un hombre, bien hablado como un académico, hijo y esperanza, de familia de tan buena cepa como querida mía, que con una imparcialidad catónica fue exponiéndome, en la sobremesa de un desayuno, el orden de sus cariños, empezando

por sus papás y terminando por su perrito, después de colocar en su puesto a hermanos, parientes, criados y conocidos.

Del orden de afecciones a personas pasamos al de cosas, y le pregunté:

— En tu casa, tqué es lo que más quieres?
— Mi cuarto.
— ¿Tu cuarto?
— Porque es para mí solo.
— ¿Y lo que menos quieres?
— Las sillas del comedor.
— ¿Las sillas?
— Sí, porque son tantas y tan altas, que no me dejan acercarme la mesa para cojer lo que me gusta...
— Bien; y en la Iglesia, ¿qué quieres tú más7."1"1" —El altar.
— ¿Y por qué?
— Porque tiene el Señor.
— Muy bien. ¿Y lo que menos te gusta de la Iglesia?
— La puerta.
— Pero ¿qué malo tiene la puerta de la Iglesia?
— Sí; que, cuando la cierran, nos quita al Señor.
¿Queréis creer que la respuesta del niño me puso serio?

Marías, almas enamoradas del Señor que vive en la Iglesia, ¿no os hace caer la respuesta de ese ángel en lo antipático del oficio de las puertas de las Iglesias? ¡Quitar al Señor de la vista y del trato de sus hijos!

A mí me sugirió esa respuesta la idea de que las Iglesias tienen puertas porque no hay hijos para todas las horas que las visiten; es decir, *que hay puertas porque no hay hijos*.

Si los cristianos tuvieran *Fe viva* de lo que es un templo *con Sagrario*, ¿nos hubiéramos *acostumbrado* a ver sin antipatía ni pena las Iglesias cerradas?...

Lo que decían unos niños al Jesús del Sagrario de un pueblo que por no tener sacerdote que lo cuide habría que suprimir.

Siempre que pasan los niños y niñas cerca de la casita que está sirviendo de Iglesia mientras permanezcan allí las buenas misioneras que, como rocío del cielo, les ha caído; entran hasta el Sagrario, rezan lo que saben, y cuando se levantan, dicen en voz alta, mirando a la puertecita dorada: «¡Señor, no te vayas de aquí! ¡Que no te quiten...!»

Las Misioneras me lo han contado y yo lo he oído llorando, y os aseguro que cada vez que recuerdo la súplica de esos niños ¡se me saltan las lágrimas y me da una tristeza!...

¡Señor, aumenta mi Seminario, multiplica mis seminaristas...! ¡Que es muy triste mandar quitarte de los Sagrarios...!

Pero ¡qué entienden los niños de Sagrario!

Contad esto también a los constantes y gruñones *separadores* y *espantadores* de los Sagrarios.

Un grupito de estas Marías valientes que tenemos por aquí, que se van a evangelizar meses enteros a tanto poblado como tengo en mi Diócesis sin Iglesia, sin Sacerdote y sin escuela, estaba recogido, días atrás, ante el Sagrario improvisado en la habitación contigua a la escuela, improvisada también, del Cerro de Gibralgalia, haciendo su *Hora Santa*.

En el silencio de su oración oyen al lado afuera pasos como de un rapacillo que se aproxima a la entornada puerta, creyéndola cerrada, pone sus labios en la boca-llave de la cerradura, y con toda su voz, para que entrara bien, dice:

Corazón Santo,
Tú reinarás,

Tú nuestro
encanto siempre
serás.

Y después de un ratito de silencio se vuelve a oír:

—Y ahora toma *pa ayá*... —y el chasquido, de un beso sonoro y apretado atravesó la puerta y, poniendo lágrimas de emoción en las que dentro oraban, fue, sin duda, a clavarse en el Corazón vivo de Jesús Sacramentado...

¿Conocéis Comunión espiritual y acto de presencia de Dios y testimonio de su presencia real más ingenua y fervorosamente hechos que los del pastorcillo de Gibralgalite

Pero *¿qué entienden los niños de Sagrario...?*

Un anónimo encantador.

Me contó el caso el celoso Coadjutor de la Parroquia de Cassá de la Selva (Gerona), reverendo D. Carlos Delmás, que ha poco pasó por aquí en viaje de caridad pastoral, a Melilla, para distribuir los aguinaldos a los soldados de su Parroquia.

Venía encontrando, según me decía, cada semana, entre la Sacra y la puertecita del Sagrario de su Parroquia, tres caramelos.

Los recogía y guardaba, mientras daba con el autor de la original dádiva.

Cansado de buscar en vano, un día se le ocurre .decir a los niños y niñas de su Catecismo:

— Mirad, hijitos; yo os repartiría unos caramelos que regala no sé quien todas las semanas al Niño Jesús en su Sagrario; pero como pudiera ser que estuvieran envenenados y puestos por un hombre malo para háceros daño, no me atrevo...

Silencio solemne en todo el infantil auditorio, y a poco una que se levanta y dice:

— Mosén, aquí hay una nena que llora.

El sacerdote se acerca y ve una chiquita de poco más de dos palmos, con sus manitas oprimiéndose los ojos y la boca como para impedir las lágrimas y los sollozos y con la cara encendida como rosa de mayo.

— Pero ¿por qué lloras, rica?

—Por... que, por...que — dice rompiendo a llorar, con el corazón encogido *—por... que ¡no están envenenados los caramelos del Niño Jesús!*

¡Era ella la anónima y constante y fina obsequiadora del Sagrario, con la perrita que para sus juegos le daba su mamá cada semana!

El ¿cómo?

¿Qué *cómo* se llega a este resultado?

Apunto aquí *algo* de lo que se puede hacer y se hace con fruto para *pegar* niños al Sagrario; pero, advierto que la *más eficaz industria* para esto son el *Padre Ejemplo* la *Madre Oración* y la *Reina Gracia*.

Después, esas prácticas os enseñarán modos.

¿Cómo se les inicia en una devoción tan teológica y tan para las almas delicadas? ¿Qué hay que hacer para que se den cuenta dedo que es el Corazón de Jesús y su devoción?

En aquellas Escuelas del Sagrado Corazón empleaban sus maestros estos procedimientos:

1° Se procura, ante todo, que ellos quieran bien al Sagrado Corazón de Jesús, lo que se consigue con lecturas, conversaciones .y trato con *chiflados* (gracias a El los tenemos muy buenos) y Comunión frecuente; tenemos el consuelo de decir que la mayor parte de estos maestros, que son seglares, tienen Comunión diaria o muy frecuente.

2° Se procura asimismo que la imagen del Sagrado Corazón esté por todas partes: en la puerta de las escuelas, con sus brazos muy abierto en la pared principal del patio; en la presidencia de cada clase; en los dibujos que hacen, con hierbas y flores en el jardín; en el uniforme de los musiquillos; en el forro del chaleco de cada niño y hasta en el forro de la *tambora gorda de la banda*...

3° Todo lo bueno que reciben los niños se les hace ver que lo manda para ellos el Sagrado Corazón, *porque los quiere mucho*.

Si hay merienda regalada por algún bienhechor, ira. les o premios para los más necesitados, si se portan bien en clase, si dan bien las lecciones, si ganan el certamen catequístico, si tienen *teatrillo* o llueve un pito para la banda o se tiene noticia de algún beneficio señalado recibido por alguno de ellos, de sus maestros o de sus bienhechores, siempre, siempre e les hace ver que todo aquello es El quien lo manda *para ellos*; y en señal de gratitud, se le reza, se le canta, se le grita, se le aplaude, se le salta y se ponen en juego todos los medios de expresión conocidos y por conocer en esta tierra andaluza, tan expansiva y tan *bullanguera*.

4º Se trata siempre de inculcar en los niños estas dos verdades: hay que ser buenos y hacer cosas buenas *para tener contento* al Corazón de Jesús, y no se puede ser malo, ni hacer cosas malas, *porque se disgusta* el Corazón de Jesús.

Yo desafío a todos los pedagogos del mundo que me presenten: un principio de disciplina y moralidad más sólido, eficaz y comprensible para los niños que ése. Hablo con hechos elocuentisiraos a la vista.

En estas Escuelas del Sagrado Corazón se prohibe a los maestros pegar a los niños.

Aparte de la crueldad de ese procedimiento la experiencia nos ha enseñado que educa más, evita más el mal y castiga más eficazmente una falta, el que un maesl tro, refrenando la ira 'o la impacienCia producida por la a veces insoportable travesura de un

niño, mande a éste que vaya al Sagrario a pedir al Corazón de Jesús perdón de rodillas y en cruz por haberle disgustado..

Y para eso cuando, como acontece en las faltas mayores, es el mismo maestro, con toda su clase, el que va al Sagrario, y poniendo delante al delincuente, pide con todos sus niños perdón por él y ofrecen en desagravio las oraciones de todos.

Me temo que algún pedagogo se ría de estos procedimientos y hasta se me escandalice de que se meta a im Dios tan grande en cosas tan menudas, pero si vieran las lágrimas tan sinceras y tan honradas que el procedimiento arranca en el delincuente y la impresión tan sana que deja en los circunstantes esas lágrimas y el abrazo con que el maestro otorga el perdón al arrepentido, se convencería de que eso no es menudencia, sino educación grande, digna, noble...

Yo invito a los maestros y catequistas católicos a que tengan de *Maestro* de sus escuelas y Catequesis al Corazón de Jesús con esta parte activa que llevo indidicada, y la docilidad, nobleza y alegría que irán naciendo en el corazón de sus discípulos les proporcionarán sorpresas tan agradables como frecuentes.

Consecuencia de estos procedimientos es esta conversación que oí a un niño de esas mismas Escuelas.

El tar era un pesonajillo de diez a once años, con la gorrilla hacia atrás y las *chuletas* hacia adelante, y me decía:

— ¿Sabe usted que este *Corazón* es una cosa *especial?* Mire usted: le *dice* uno: *Corazón de Jezú,* ¡que venga una banda de música! Y vienen los pitos *partiéndose la cara pa* llegar pronto; *dice* uno: *Corazón de Jezú, que haiga* teatro en la Escuela y ¡pum!, teatro hay, con telones y fusiles y *tó;* que venga dinero *pa* el *porvorín* y ¡cataplum! *Tó* los sábados hay *pa* los jornales; *Corazón de Jezú,* que venga lo que quiere el *Pae* Vicario, y al otro día, el *Pae* Vicario más contento que unas pascuas, llevándonos a la Iglesia para dar gracias.

¡*Ná,* que le digo a usted que este *Corazón de Jezú* le *hace* a uno perder la *chaveta...!*

Más modos de llevar los niños al Sagrario e introducirlos en la vida eucarística

¡Qué bien le *sientan* al Sagrario las visitas de los niños y qué bien les sienta a éstos el roce con aquél!

Si el Sagrario nunca está más bellamente adornado ni más alegremente festejado, ni más seguramente acompañado que por los niños, éstos jamás están mejor defendidos protegidos, atendidos, ni más copiosamente bendecidos que por el Sagrario.

¿Cómo sujetar o aprovechar la rnovilidad inquieta y distraída del niño ante el Sagrario?

De varios modos:

Si son chiquitos, llevándolos y *poniéndolos allí* un ratito para que ellos tomen el Sol del Sagrario, y el Señor de él se recree mirando sus ojos inocentes.

Y, a medida que la edad lo vaya permitiendo, enseñándoles a ir: 1°, para *tirar besitos* muy sonoros al Señor de la *Casita dorada*; 2°, para decirle: *Corazón de mi Jesús, aquí está quien te quiere*; 3° para rezarle un Padre nuestro y las oraciones que vayan aprendiendo; 4º para *contarle* los apurillos que tengan en su casa, en su escuela, con sus amigos, en su alma 5º, para hacerle comparaciones de las cosas buenas que conozcan; por ejemplo: A mí me gustan los dulces, pero Tú, Corazón de mi Jesús, me gustas más, porque eres más dulce que todo; a mí me gusta comer cuando tengo hambre, pero me gusta más, comulgar; porque te como a Ti; me gustan mi mamá y papá, parque me quieren mucho y son muy buenos, pero a Ti te quiero más, mucho más...; 6.°, para leer despacito un libro bueno y apropiado, como el «Evangelio al alcance de los niños», vidas de santos niños, etc., y 7.°, el medio más ingenioso será el que sugiera un amor hasta la chifladura por

el Corazón de Jesús Sacramentado y por las almas de los niños, las más necesitadas e indefensas de todas.

Un gráfico ingenioso para enseñar a los niños a hacerlo todo por dar gusto al Sagrado Corazón de Jesús.

Lo inventó y lo usaba con gran fruto una de mis catequistas de Huelva.

De tela encarnada y relleno hizo un corazón como la palma de la mano, y las faltas cometidas por cada niña, durante la semana, sobre la materia que ella les enseñaba, eran las espinas, y los actos de virtud sobre la misma las quitaban.

Funcionaba así: Como la catequista conocía el flaco de cada niña, proponía la materia del *examen particular* de cada semana en esta forma:

— A ver, si tú, esta semana, le quitas espinas al Corazón de Jesús, no echando ninguna mentira; y tú no diciendo palabras feas, y tú no pellizcando a tus amigas, y tú no poniendo mala cara a tu mamá cuando te manda algo, y tú visitando al Sagrario tres veces, y tú... etc., etc.

Como los niños suelen ser ingenuos, con sencillez encantadora venían, el domingo siguiente, diciendo con cara triste o alegre, según el caso:

— Mariquita Teresa, esta semana tres espinas he puesto o he quitado al Corazón de Jesús.

Y las tristes iban sacando del bolso de María Teresa las espinas de rosales u otras plantas espinosas que guardaban, y con verdadera nena las clavaban en el corazón de tela, con tanta pena como con alegría las quitaban las afortunadas cumplidoras de aquella sanaría.

¡Con qué gozo me decían cuando yo pasaba: *—Don Manué Vicario, en esta semana, entre yo y ésta habernos de fado al Corasó de Jesa sin una espinita..!*

Lo cierto es que aquellas niñas, insensiblemente, se enseñaban y acostumbraban a hacer todas sus obras por motivo perfecto de caridad, y que con este modo y los otros llegan los niños a habituarse a la meditación diaria y a encontrarle gusto a estarse *ratitos callados* ante el Sagrario.

Por vía de ensayo pongo esas dos muestras de *meditaciones para niños*:

Una meditación sobre la caña de azúcar.

Era en los últimos días del curso, y allá en lo alto del monte del nuevo Seminario (en construcción) hallábanse mis seminaristas sentados en torno mío, mientras chupaban y saboreaban el dulce jugo de unas cañas de anIcar qué aquella tarde les había mandado el Amo. Y como no era cosa de dejar trabajar solos la lengua y los dientes, propuse ocúpación a las cabezas con la siguiente pregunta:

PARECIDOS QUE TIENE EN EL ORDEN ESPIRITUAL, LA TIERRA QUE SIENDO AMARGA, PRODUCE FRUTOS TAN DULCES COMO LA CAÑA DE AZÚCAR

¡Qué rato tan *dulce* se pasó!

Y allá van las respuestas, que se encargó de coleccionar el cronista Valle (de segundo año de latín):

1ª. La muerte de N. S. J., que, siendo tan amarga produjo el sabrosísimo fruto de la Redención del Género Humano.

2ª. El pecado de Adán, que dio lugar a la venida de N. S. Jesucristo.

3ª. El martirio, que nos da la vida eterna.

4ª. La confesión y dolor de nuestros pecados; que uop alcanza perdón y gracia.

5ª. La humildad, que nos ensalza delante de Dios.

6ª. La obediencia, que nos da merecimientos ante Dios.

7ª. Las tentaciones, que nos dan gracia y fuerza para luchar (si las vencemos).

8ª. Los trabajos de un buen Párroco, que dan vida a la Parroquia.

9ª. La mortificación, que sustenta todas las virtudes.

10ª. El hombre, que a pesar de ser vil materia y vil pecador, se hace sacerdote y a su voz obedece él Gran Dios para venir a sus manos.

11ª. Esta tierra pecadora nuestra, de que ha salido la Inmaculada.

¿Verdad que tenían las respuestas más jugo que las cañas?

Sobre los que corren en el Evangelio

Subimos mis seminaristas y yo los días de paseo, y cuando llegamos a lo más alto de *nuestro* Seminario, entonces futuro como polluelos en torno de su gallina sentados alrededor mío, iqué buenos ratos echamos!

Como los más cercanos suelen ser los pequeños de primero y segundo año, no pocas tardes son ellos los que llevan el peso de la conversación.

Y ipega tan bien hablar desde aquellas alturas y mirando al Mediterráneo, el mismo mar que rodeaba a Palestina; pega tanto, repito, hablar del Santo Evangelio! !Como que a las veces el lugar, las lejanías, la conversación, el estilo, la apacibilidad, más que recordarlo, lo reproducen!

Ocurrió días pasados, que llegué yo primero a la altura, y la carrera que costó a mis seminaristas darme pronto alcance, les hizo llegar a todos jadeantes y sudorosos.

Y cruzados los saludos y aposentado cada cual sobre el santo suelo, y puesto su comentario a la buena carrera que se habían tomado para subir, espontáneamente surgió el tema de la conversación sobre los casos que cuenta el Evangelio de *personas jadeantes* por cosas buenas o por cosas malas.

Y, caso por aquí, caso por allá, ahí van las listas, recogidas por dos latinos de los casos puestos:

Lista de los que llegaron jadeantes por causa buena.

l.º Los pastores cuando fueron a adorar al Niño Jesús.

2.º Los magos, cuando fueron a Belén, que venían desde Oriente y venían para adorar a Jesús, y ésto fue una cosa muy buena.

3.º Cuando José y María llegaron a Egipto, llegaron jadeantes. José sobre todo, porque iba andando, aunque la Virgen llegaría también jadeante nada más que del susto y de los malos ratos.

4.º Cuando, muerto Herodes, José salió de Egipto y se retiró a las tierras de Galilea.

5.º Cuando Jesús llegó a lo alto de la montaña y enseñó las *Bienaventuranzas*.

6.º. Cuando, habiendo entrado en Cafamattm, el Centurión fue a buscarlo; éste iría jadeando.

7.º Cuando los Apóstoles y Jesús se embarcaron y sobrevino una gran tempestad.

8.º Cuando aquel príncipe vino a Jesús diciéndole: «Mi hija acaba de morir, mas ven, poli tu mano sobre ella y vivirá.»

9.º Cuando Jesús envió a los doce Apóstoles a predicar por las ciudades.

10. Los discípulos que envió San Juan a decirle: ¿Eres tú el Mesías o esperamos a otro?

11. Los Apóstoles, cuando Jesús vino andando sobre el mar, y el viento venía contrario.

12. La mujer que vino a Jesús que su hija estaba poseída del demonio y Jesús le dijo: «No está bien el pan de los hijos echárselo a los perros.»

13. Cuando Jesús llevó a sus discípulos a un monte a transfigurarse, llegaría jadeando.

14. Cuando Jesús llegó al Calvario con la Cruz, llegaría jadeando.

15. Cuando José de Arimatea llegó a Pilatos para que le diera el cuerpo del Señor.

16. Cuando la Magdalena y otra María fueron al sepulcro y vinieron a decirles a los Apóstoles que Jesús había resucitado.

17. Cuando San Pedro y San Juan fueron corriendo al Sepulcro.

18. Cuando el Señor mandó a San Pedro que echara las redes y cogió mucha pesca y tuvieron que llamar a los del barco vecino, porque no podían con ella.

19. Cuando la Magdalena vino y se arrojó a los pies de Jesús.

20. Los hombres que enviaron Marta y María a decirle que Lázaro estaba enfermo.

21. Los hombres que habían guardado al Señor en la Cruz, al morir el Señor, saldrían corriendo..

Y, sobre todo, Jesús siempre estaría jadeando al pasar de una ciudad a otra o subir a un monte, etc., aunque siempre muy sereno.

Pasajes del Santo Evangelio en los que se ve que muchos llegaron jadeantes en busca de cosa mala:

1.° Los soldados que, envió Herodes para que mataran a todos los niños de Belén y su comarca.

2.° Cuando aquellos hombres lascivos perseguían a, una mujer y la presentaron a Jesús diciéndole que había sido cogida en adulterio.

3.° Cuando los judíos querían despeñar a Jesús llegarían cansados a lo alto del monte.

4.° Cuando los parientes de Jesús, enterados de que iba predicando por todas partes, salieron para cogerlo, creyendo que estaba loco.

5.° Cuando la hija de Herodías, una vez consultada su madre, volvió corriendo a pedir a Herodes la cabeza del Bautista.

6.° Cuando el Sanhedrín envió ministros para prender a Jesús y éstos volvieron diciendo que jamás hombre alguno había hablado como aquel hombre.

7.° Cuando Judas fue con muchas gentes armadas para prender a Jesús.

8.° Las gentes que subían a lo alto del Calvario para mofarse de Jesús.

9.° Y más jadeantes todavía los que bajaban corriendo de miedo al ver lo que pasó en el cielo y en la tierra al morir mi Jesús.

Y así pasó nuestra *tarde evangélica*. ¡Sabe mi seminario tanto a Evangelio!

Lo que hubieran hecho mis chaveítas en la flagelación del Señor

Explicábales esta interesante escena de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo a los niños de estos Catecismos, y después de habérsela representado con todo el colorido de mi pobre paleta y convencido de que mi explicación les había entrado en lo más hondo, no sólo de la imaginación, sino del alma, les pregunto, a modo de recapitulación práctica:

— Vamos a ven si alguno de vosotros hubiera vivido entonces y se hubiera encontrado cerca de donde estaban haciendo sufrir tanto al Señor, ¿qué hubiera hecho?

Una agitación general y, sin moverse de sus bancos, una actitud corno preparándose todos para meter mano, fue la respuesta unánime e instantánea.

— Bueno; di tú, que parece que tienes más ganas de hablar; di tú lo que hubieras hecho.

Pos miosté —responde todo nerviosillo y como impulsado por un botón eléctrico— de una trancó me metía yo ayí y me ponía, me ponía, ime caigo enla má!, a dale guantás a los tíos aquello y patás y pedrá y arañaso y de tó, fasta que se pusieran en ruiya y pidieran perdón al pobreciyo del Señó.

— ¿Y tú? —digo a uno que se tiraba ya de la blusilla para abajo y de los pantaloncillos para arriba, como disponiéndose a la refriega.

— Yo iba corriendo y le pedía a mi papá la navaja que yeva siempre detrá y miba payá y... alospué..., ¡naíya, señolobispo!, ni lo bigote le queaban ar tío del látigo.

— ¡Hombre, hombre! ¡Qué fuerte va eso!

— Pos yo le pedía a un munisipá, que vive en mi casa, el sable y espitola, y tamié miba payá y le desía: «Vení pacá, so blancote; tos contra uno no vale» ¡Veni pacá!

— Pos yo tocaba mi pito pa que vinieran lo sereno y se llevaran amarrao a los tío aqueyo.

— ¿Los sereno? ¡Güeno! ¡Ya vinieron! ¡Pos si lo sereno eran tamié del partío de lo judío! —objetó uno.

¡Lo que se armó allí! Aquello no era un Catecismo, sino un campo de batalla en el que todos eran guerreros e inventores de procedimientos fulminantes. ¡Qué enesdecidos habían puesto a mis chiquitos la injusticia y la crueldad de la flagelación!

Me llama, no obstante, la atención la actitud tranquila y sosegada de un chaveíta, el único quizá que no se había echado al campo y permanecía con sus bracitos cruzados y una expresión que parecía revelar tristeza. —Y tú, trio dices nada, hombre?

—Yo, yo — me responde un poco cortado — yo

— Sí, vamos ¿qué hubieras tú hecho?

Y cambiando su expresión de tristeza por otra de placidez inocente, me dice:

— Mirusté, señolobispo, ila verdal, no me gustaría eso de darle guantá a nadie; yo haría una cosa (y aquí baja el tono como si ya lo estuviera haciendo) me entraba de puntiyita y le dada a la yave de la lú pa que se queara oscuro tó y iba yo y me ponía a la varita del Señó pero delante de él y que no me viera ninguno pa que cuando le fueran a da los sayona más porraso me lo dieran a mí o por lo mano quitale uno poquillo de porraso...

Esos puntos suspensivos quieren decir lo que la emoción me impidió decir entonces y quizás también ahora a vosotros...

ioh santa y divina pedagogía del Evangelio, que pone esas ternuras y delicadezas en el corazón y en la boca de los niños del arroyo!

EN TORNO DE UNA PELADILLA

Un rato de meditación sobre el Corazón de Jesús Sacramentado, con mis chaveítas

Que no se alarme vuestra piedad al leer la palabra vulgar «peladilla» mezclada con cosa tan santa como «Meditación» y «Corazón de Jesús». Y, si a pesar de mi aviso, sigue la alarma, os ruego que tengais en cuenta que hablo de *niños andaluces*, haciendo nada menos que ¡meditación!

Y empiezo:

Composición de lugar.

En las alturas del nuevo Seminario, desde donde se domina Málaga y sus numerosas torres, el mar, el campo, la montaña, un grupo de chaveítas que han pasado allí el día de jira, se sientan en torno mío a contarme sus impresiones, y a que yo les cuente algo con acompañamiento de... algos.

Este *algos* es en la presente ocasión una excitante caja de *peladillas* que el Amo me acaba de regalar para ellos.

— ¿A que no acertais lo que hay aquí?

(Mil respuestas a gritos).

— ¿Ni quién me lo ha dado para vosotros?

(Casi unánimemente):

— ¡El Corazón de Jezú!

— ¿A ver quién me señala desde aquí la casa en que vive el Corazón de Jesús en Málaga?

(Cientos de dedos, no muy limpios por cierto, señalan hacia las torres de la ciudad).

— ¡Qué! ¿En las torres vive?

— No zeñó, más abajito ien el Sagrario!

— ¿Y nos verá desde allí?

— (A una). Sí, señó.

— ¿Y nos oirá?

— ¡Claro éh!

—Pues entonces vamos a tirarle un besito muy fuerte para darle las gracias por el regaló.

(Un estallido, una explosión de cientos de besos apretados y sonoros y un iviva! muy largo salen disparados para los Sagrarios de Málaga).

— ¿Y para qué os manda el Amo las paladinas?

— Pos pa que nos la comamo.

— Bueno, ¿de cuántas maneras se puede comer una peladilla?

(Un momento dé silencio y uno que lo rompe):

— De dó: chupándola o mascándola.

—Pues vamos primero a chuparla, pero no con la boca, sino con la cabeza y con el corazón.

Segundo preludio o petición de gracia.

Decid conmigo mirando para el Sagrario: «Corazón de Jesús Sacramentado, más dulce que todas las peladillas, que mi cabeza y mi corazón te tomen gusto. Amén».

PUNTO I

En qué se parece una peladilla al Corazón de Jesús en el Sagrario.

-- Ea, vamos a ver quién le saca más parecidos: por cada uno, ¡una peladilla! El que lo encuentre que levante la mano.

No es posible recordar tantos parecidos como de aquellas cabecitas inquietas brotaban: Diré algunos:

— En que la pelaíya y el Corasó de Jezú en la Hostia están vestío de blanco.

— En que lo dó son mu durse.

— En que se come.

— En que se come y se guié má.

— En que son una cosa por aentro y otra cosa por afuera.

— En que se puén corvé tos los días.

— En que, como se coman bien, no hacen daño.

— En que lo puén comé los chaveíta y los viejo y los señorito y tilico el mundo.

— En que teniendo uno el estómago malo o el alma mala sienta mal.

— En que se acaban más pronto que la má...

— ¡Chiquillo! al Corazón de Jesús se puede acabar?

— No señó, el Corasó no se le acaba nunca al Señó, pero la Hostia con que va tapao, encuantito la moja uno una mijiya en saliva se acaba y ya no está el Señó Sacramentado ayí, ¡lo mismito que la pelaíya en cuantito cae en la boca!...

PUNTO II

En qué se diferencian.

Sí abundante estuvo la *musa del parecido*, no menos rumbosa estuvo la de la *diferencia*.

— Vamos, ten qué se diferencia o en qué no se parecen el Corazón de Jesús Sacramentado y la peladilla? Un radical se apresura a contestar:

— Miusté. Señolobispo, si va uno a desí la verdá en tó...

— Bueno, desde luego, pero especialmente, ¿en qué?

— En que la pelaiya cuesta dinero y el Corasó de desuno cuesta ná.

— En que el Corasó de Jesú no cuesta dinero y vael más que toa una confitería.

— En que, un poné, si toma una pelan tos los días, se ¡arta uno de pelaíya, y der Señó, ¡cualquié se jartal

— En que —os confieso que esta salida me asombró y conmovió y es rigurosamente auténtica— a la pelaíya le pasa al revé que al Corasó de Jesú, *está más durse por afuera que por aentro*...

Dominando mi emoción, le pregunto:

Explica, explícame tú eso. ¿Qué quieres decir?

— Digo que una pelaíya tiene la asuca por afuera y la armendra por aentro, y la armendra no es tan dulse como la asuca, pero el Corasón de Jesús hace al revés, que se pone la asuquita aentro...

— Y ¿por qué sabes tú eso?

— Pos miusté, Señolobispo: cuando yo empecé a comulga y a í por la tarde a la visita, iba porque ique sé yo!, porque me yevaban, porque me desían que el Niño Jesú me iba a dá muchas cosa giiena, pero iba yo porque sí, sin fijarme ni sentí casi ná, y hasta rnaburría, Y ahora, ila verdad!, me gusta má í y estarme ayí y resarle y pedirle, y miusté, parese *que sale un aire o una cosa del Sagrado que le deja a uno pegao al suelo, mientras más voy, ¡más pegao*!...

Por eso digo yo que el Corasón de Jesú tiene más asuquita por aentro que por afuera, ¡vamos!, ¡que no la tiene tan a fló como la pelaiya!

Que es, a su vez, manantial de afectos y propósitos para chicos y grandes comentar y saborear con María Inmaculada, delante de un Sagrario, ese admirable tratado de ascética y mística del *chaveíta*, de la *diferencia de lo dulce de la peladilla* y del *Corazón de Jesús Sacramentado*, hasta llegar a enterarse bien de que, mientras más cerca se le sigue y se le imita más y mejor se le trata y con El se sufre, *más dulce está*...

Por nuestra parte, después de apurar hasta la última peladilla de la caja y de rezarle un Ave María a la Patrona, cuya iglesia veíamos al pie del monte, se fueron mis *comensalitos* cantando mientras bajaban:

Corazón divino,
¡que dulzuras dan
de tu Sangre el Vino,

de tu Carne el Pan!

CÓMO HABLAN AL CORAZÓN DE JESÚS
MIS CHIQUILLOS DE HUELVA

Las felicitaciones en su día

Hay personajillo de ocho años a quien le parece irrespetuoso el *tú* y habla de *usted* al Corazón de Jesús; hay quien empieza la carta con el consabido «*Malegraré que se halles tú güeno: yo güeno*, a Dios *grasia*»; hay quien se permite llamarse a sí mismo respetable discípulo del Corazón de Jesús; hay quien le manda *memorias para la familia*; hay quien con ingenuidad envidiable, da al Corazón de Jesús esta noticia: «Y sabrás como ya me han pasado al grado quinto y cómo no me han castigado hace lo menos *dende antier*...»

Nota. Al azar recojo de las muchas y graciosas cartas publicadas en *El Granito de Arena:*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

«'Te suplico que a nuestro Director que lo ponga güeno para que pueda enseñar a los niños de la escuela del Sagrado Corazón de Jesús y loaga cristiano, y deseo que esos niños que andan por las calles recógelo y arlo cristiano, y esos hombres que andan blasfemando darle entendimiento para que comprendan también lo que le puede pasá.

Luis Sánchez Rojos»

AL CORAZÓ DE JESÚ

«Corasoncito mío, za ma caío un diente dise mi momá que lo guarde mu bien porque pa el día der juisio mase farta y tengo que buscalo. ¿Me lo quiés guarda tú? y verás cuando llegue er día de juisio, si er diabliyo me guié cojé, le digo yo: espérate que voy a por mi diente, y voy y cojo y mecho a correr y ipun!, te cojo por un pico de la capa y cualquier me desepara por ziglo de los ziglos. tQuiés tú? Pos tuyo que lo es, Juaniyo».

¡Vaya si los niños entienden de Sagrario y de ternuras del Corazón que vive dentro!

La educación eucarística y el secreto de la perseverancia.

FRAGMENTOS QUE SUSCRIBO CON TODO EL ALMA DE UN GRAN CATEQUISTA ANÓNIMO.

«Ante el pequeño número de los que perseveran después de asistir a nuestros Catecismos parroquiales y al salir de las Escuelas católicas de los Patronatos, se ha tratado de aumentar por mil medios la instrucción religiosa del niño, haciéndola cada vez más amena; la han simplificado, la han ilustrado, la han variado mezclándola con recompensas, etcétera. Poco o nada se ha conseguido... ¿De qué depende ese fracaso? A mi humilde juicio, depende en gran parte de que, a medida que se ha recordado con más energía la necesidad de la enseñanza religiosa en las escuelas y se ha perfeccionado esta enseñanza en los Catecismos parroquiales, los padres, hasta los padres cristianos, se han ido desentendiendo de la obligación de proporcionar ellos mismos esta enseñanza. Han olvidado y se ha olvidado que para la educación religiosa de sus hijos tiene gracia de estado la gracia sobrenatural del matrimonio, y que ellos podrán ser secundados, pera no reemplazados ni siquiera por el sacerdote. La abdicación de este deber les ha perjudicado tanto a ellos como a sus hijos, que sólo han visto en ese Catecismo, así aislado de la educación familiar una carga molesta, en competencia con las artes de adorno, que viene a pesar sobre sus días libres y los paseos de esos días.

«Hay que persuadirse que ni diplomas, ni recompensas, ni proyecciones, ni cinemas, ni nada semejante, reparará este daño o suplirá esta *ausencia* de *raíces* en la instrucción religiosa del niño.

«En la familia, pues, debe darse la primera educación y la primera enseñanza religiosa. ¿Cómo? ¿Enseñando de *memoria* al niño un catecismo abreviado? No soy de esa opinión. Se dice, ya lo sé, que los niños, aprendiendo de memoria el catecismo, reflexionarán en él más tarde y lo comprenderán. ¡Qué error! El niño no vuelve atrás sobre lo que ya sabe, por imperfectamente que sea, para aprenderlo mejor, porque ya no tiene interés para él. ¡Cuántas personas mayores —no hablo, evidentemente, de personas instruidas— repiten en sus oraciones los mismos errores infantiles que cometieron al aprenderlas!

«Es necesario que la enseñanza religiosa se apódere inmediatamente de *todas las facultades naturales y sobrenaturales del niño*; de su corazón, por el amor filial y la devoción; de su inteligencia, por la fe, por la reflexión de que es capaz, por su memoria, por sus hábitos. Es necesario que haga simultáneamente actos de fe, de esperanza y dé caridad sobre todas las verdades que le explican. Voy a dar un medio de llegar a este resultado, absolutamente necesario, ya que Nuestro Señor Tesucriso no nos enseñó estos misterios para satisfacer nuestra curiosidad, sino para mover nuestro amor hacia ellos.

»Según el método que voy a indicar, podrá el niño, durante la semana, sin aprender nada de memoria, y sin cansarse, comprender lo esencial de la doctrina cristiana.

«El *domingo*, por la mañana, al levantarse, le harán añadir el Padrenuestro y Avemaría una consagración en dos palabras para honrar a Dios, como *Autor del beneficio de la Creación*, y darle gracias por ello. Dirán al niño, por ejemplo: «Todo lo que existe, y a ti también, lo ha hecho Dios por su poder, por su bondad y para su gloria; todo lo que tú hagas hoy, lo harás por agradecer a Dios tantos beneficios.» Durante el día, a la primera falta «¿Y tu promesa de esta mañana, hijo mío? ¿Puedes ofrecer a un Dios tan

bueno esta mala acción para darle gracias?» Al primer esfuerzo pedido, al primer sacrificio: «Muy bien, hijo mío; Dios estará contento, cumples lo quele prometiste esta mañana.»

»El *lunes*, el mismo ejercicio, las mismas observaciones, durante el día, para honrar a Dios, *que todo lo conserva y ordena en nuestra vida* y por cuya voluntad nos vienen las penas y las alegrías. Sobre las penas y las alegrías del día, análogas reflexiones a las del domingo.

El *martes*, día consagrado, por prácticas semejantes, al misterio de la Santísima Trinidad. Recordarán al niño que su inteligencia, su voluntad, todo su ser, son la imagen de las Tres Personas divinas, que son un solo Dios, y que por el estudio, etc., debe perfeccionar en él esta imagen divina tan gloriosa.

»*Miércoles*, día consagrado al misterio de la *Encarnación* al Niño Jesús, modelo de obediencia, de humildad.

»*Jueves*, día consagrado especialmente a la Sagrada Eucaristía.

»*Viernes*, día consagrado al misterio de la Redención. Sacrificios, penas, trabajos, ofrecidos a Nuestro 'Señor para unirse a sus sacrificios .y sufrimientos.

»*Sábado*, al misterio temible del *Juicio final*, a los novísimos, examen de conciencia, reparaciones...

»Como todas estas verdades, todos estos misterios, se resumen en la Sagrada Eucaristía, todos los días se hará de este misterio y de esta devoción el punto central hacia el cual converjan la atención y el esfuerzo del niño. Le mostrarán en el Sagrario, como realidad viva y presente, al Dios *Creador*, al Dios *Providencia*, al Dios *Encarnado*, al Dios Redentor, al *Soberano Juez*.

»Como la Santísima Virgen es nuestra medianera, se lo recordarán también a los niños todos los días.

»Se pueden calcular los inmensos progresos en la fe y la piedad que, al cabo de dos o tres años, se obtendrán de los niños

sometidos a este régimen, acompañado de comuniones frecuentes, si no cotidianas?

»¿Será necesario componer en este sentido nuevos Manuales con elocuentes fórmulas, donde los padres o los niños se inspiren para realizar estas ideas?

»¡Dios nos libre! Esta repetición diaria produciría pronto rutina e irreflexión, Hay que dejar a los padres en el cuadro que he indicado, una gran libertad de improvisación, de oportunidad, de sencillez, que con la gracia divina, secundada por la buena voluntad de los niños y el celo de los padres, hará maravillas.»

UNA QUEJA MUY AMARGA

A los Maestros y Catequistas.

No pocas veces, visitando escuelas aun religiosas y Catecismos bien montados y dirigidos, lamento en mi interior la ausencia de olor eucarístico y de orientación al Sagrario.

Los que andamos en estos caminos ¡lo notamos tan pronto!, que sólo con ver las caras y oír, más que lo que dicen, el tono y el interés con que lo dicen y ¡qué sé yo!, por cierto airecillo y olorcillo que se respira, podemos asegurar: *Estos o éstas están o no en el secreto*...

Y ¡he pensado tantas veces en el tiempo, en las fuerzas, en la iniciativa, en los sacrificios, en los gastos que se malogran en estas escuelas y catequesis con ese contentarse con enseñar la Doctrina así como *asignatura*, siquiera sea la principal, escrita *sólo* en el libro, y esa no llegar a enseñarla vivida, practicada, facilitada, premiada y hasta embellecida en el Sagrario!...

Y como propósito y consecuencia de aquellos lamentos y pensamientos; se me vienen a las veces unas ganas muy grandes de llegarme a cada maestro, maestra y catequista, religioso o piadoso (de eso sólo hablo ahora) y decirles: ¿Quiere usted ganar en frutos

de educación sólidamente cristiana un *ciento por uno* de lo que hasta ahora ha ganado? ¿Quiere usted *pegar* paia siempre en el alma de sus educandos esas buenas doctrinas que les enseña y quizas lamente no pocas veces que no son recogidas ni guardadas? ¿Quiere usted sacar alumnos más que cristianos, sólidamente piadosos, de su clase?

Pues añada a lo que hasta ahora ha hecho esto sólo: *lléveles al Sagrario por todos los caminos que sepa y todas las veces que pueda, hasta conseguir que el Jesús del Sagrario se «venga a vivir» a su clase*.

El resultado será sorprendente y maravilloso.

Empeño mi palabra.

MI SUEÑO DORADO

Sobre creación de escuelas Parroquiales

El mejor adorno para la puerta de una Parroquia son otras dos puertas: una a cada lado, la de la escuela parroquial de niños y de niñas.

¡Cómo busqué ese adorno en mi vida de Párroco y cómo lo sigo ahora buscando de Obispo! Siquiera a título de sueño, ved lo que, apenas llegué a Málaga, propuse en esta circular al Clero:

Consecuentes con la práctica denuestra vida de Párroco, en punto a escuelas parroquiales, venimos acariciando el proyecto de establecerlas al lado de cada una de las Parroquias de nuestra amada Diócesis.

No creemos que haya entre nuestros Párrocos quien no esté convencido de la utilidad, y hoy, ante la soledad de las iglesias de los pueblos, nos atrevemos a decir la necesidad de crear, a la sombra de la Parroquia, escuelas netamente cristianas que sean semilleros de cristianos y de hijos de la Iglesia, en mal hora abandonada.

Dejamos para otro día hablar más por extenso dp las ventajas que para los pueblos, para las Parroquias, para el fomento de la vida cristiana y hasta para los mismos Párrocos, tanto en el orden espiritual y moral como en el social y económico, reportaría la existencia en cada Parroquia de una escuela, bajo la inmediata y exclusiva dirección del Párroco y recibiendo de él, de sus coadjutores o de personas escogidas por aquél, la ense fianza y educación.

Por hoy nos limitamos a exponer nuestros propósitos y el término a donde, con la ayuda del Sagrado Corazón de Jesús y la cooperación de nuestros amados Párrocos, queremos llegar.

Pero como no nos agrada esperar sentados, sino andando, desde ahora y para mientras sea voluntad de Dios que estemos al frente de esta Diócesis, nos comprometemos a subvencionar con pensiones mensuales, que no bajarán de 30 pesetas y que subirán a lo que sea menester, toda Escuela Parroquial que, con las condiciones y bajo la inspección que señalaremos, se cree por nuestros queridos Párrocos.

Pobre somos, como pobre nacimos, pero para buscar al Corazón de Jesús almas, y a sus Sagrarios compañía, y a los pobres al calor de El, somos rico, muy rico.

El nos ha enseñado a serlo. ¡Bendito sea!

Piensen los Párrocos, formen sus proyectos y pongan a contribución su ingenioso celo sobre asunto de tanta monta para la Iglesia, de tanto interés para ellos y de tanta complacencia para Nos, y dennos cuenta de bus pensamientos y proyectos y verán qué buenos frutos recogerá la Diócesis de Málaga de esos tratos entre Párrocos y Obispo.

Hagan objeto de esos proyectos el proveer de escuelas principalmente los poblados más apartados de la Parroquia, como los que frecuentemente encontramos en nuestras visitas pastorales y con gran tristeza contemplamos en la más deplorable incomunicación.

Y como sabemos que una de las dificultades con que han de tropezar es la escasez de locales a propósito, no tengan reparo en proponernos la habilitación para escuelas de capillas, ermitas y otros lugares de la propiedad de la Iglesia, que estamos ciertos que no quedarán profanados porque se les dé ese destino.

Bendiga el Corazón de Jesús Sacramentado estos planes para su gloria trazados y que su bendición y vuestra buena voluntad y caridad ingeniosa los conviertan muy luego en preciosa realidad.

Málaga, primer viernes de agosto de 1917.

MANUEL, Obispo de Olimpo,
Administrador Apostólico.»

Con el Cura por maestro y con la Eucaristía por asignatura, ¡cómo se convertirían los pueblos en Sagrarios!

REALIDADES DE ESTE SUEÑO

Seis días en Huelva

Hablo de aquellas escuelitas de Huelva. Escribía yo en *El Granito de Arena* de haberles dejado:

«Ahí tienes, lector amable, tema para más de cuatro ratos de conversación interesante y amena, y no menos de seis capítulos de un libro de pedagogía cristiana raciona; español y, me atrevería a añadir, andaluza.

Más de dos años hacía que no pisaba tierras de Huelva, y, si no me lo tomas a andaluza, te diría que, debido a eso, sentiría así como *hormiguillas* en los pies, y quizás mejor en algún otro sitio, como, por ejemplo; en el corazón. Con ánimo de quitarle ese malestar y darle de camino el gustazo de dos días, ¡no más!, de esencias, chiquillos, maestros y maestrillos, enderecé allá mis pasos el 17 de febrero, de riguroso incógnito y con solo aviso a la Madre Superiora del Polvorín de que preparara dos cuartitos en la hospedería para dos sacerdotes que iban de camino. La fidelidad

de la Madre y la abundante lluvia que caía contribuyeron a guardar el incógnito deseado a la llegada, sin más tropiezo que algún que otro mozo de la estación o golfillo, pretendientes de las maletas que llegan, que, al verme pasar rápidamente del tren al coche, se decía:

— ¡Caya! ¿Po no se parese ese Cura a Do Manué Vicario?

¡Pobre incógnito! ¡Qué efímera vida gozó! Quiso mi mala ventura que, en plena Alameda Sundeim, se atascara el coche y, como consecuencia que se arremolinaran curiosos alrededor, para que al punta se pusieran a gritan *¡Po si é Dó Marita!* Y... ya sé pueden ustedes figurar a donde fue a parar el *secreto* de mi llegada a Huelva.

De entre loa charcos y baches del camino Parecen qtte salían chiquillos y mujeres, diciendo en el más ¿legre de los tonos: *¡Do Mantié, Do Manuél ¡Que viva! ¡Qüe viva!...*

A la media hora de llegada, las botas, alpargatas y vestidos de mis acompañantes habían acabado en el fan: go del suelo y la misericordia del Amo con la lluvia y con las nubes del cielo, hasta el punto de que una chiquitina, más vestida de fango que de tela, me recibía con las manos puestas en jarras: ¡*Ay, Do Manué! ¡Que ¡asta er só sachan a la caye pa bé bení a esté!...*

¿Mis impresiones?

Dar entrada en El Granito a todo lo que he visto, oído, sentido y aprendido en estos días de Huelva, punto menos que imposible es. Baste decir que después de visitar la tumba de mi santa madre, tan aseada y cuidada por la lealtad de los amigos como si estuviera yb allí siempre, he celebrado Misa en el Polvorín y en mi Parroquia de San Pedro con largo acompañamiento de niños, Marías y ex feligreses y no escaso de lágrimas; que nos hemos banqueteado primero en el altar y después con un suculento almuerzo de 700 menudos comensales* que he dado más absoluciones en estos pocos días que quizá en los cuatro años qué llevo de Obispo; que he admirado lo bien que marcha y lo mucho que promete el taller de

costura, bordado y género de punto del Polvorín, cobijado por la buena sombra del generoso D. Enrique Díaz; que me he deleitado y casi asombrado viendo el famoso Internado de Maestros fundado por el gran Siurot y dirigido espiritual e disciplinariamente con el rigor y la edificación de un Noviciado, por el insustituible, ordenado y maternal D. Carlos; que he confirmado con gozo singular a no pocos hijos de alumnos y alumnas de nuestras Escuelas, convertidos ya en cristianos padres de familia; que he recibido enternecidos abrazos, apretones de manos y hasta empujones de no sé cuántos obreros educados en aquéllas; que he visitado conmovido la nueva Casa de Adoratrices con que el nuevo Arcipreste y veterano Don Pedro trata de asegurarse el cielo y abrírselo a no pocas almas extraviadas; que aunque intenté salirme de Huelva con el silencio que entré, no me lo permitieron los espías que me pusieron para que no me escapara; y que, por último, los dos días que proyectaba estar se convirtieron en seis largos.

La impresión dominante.

Lo que principalmente he aprendido y se me ha grabado en el alma estos días ha sido esta lección: Que perdemos tiempo dando al pueblo sociología, pedagogía, técnica, cultura, reglamentaciones, tierras, casas, granos, etc., si con cada cosa no damos *nuestro amor personal*.

Estas Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús, de Huelva, más que el triunfo de la pedagogía, con ser tan fina, genial y eximia la que se enseña, es *el triunfo del amor del Sacerdote y del Maestro al niño pobre como si fuera su propio hijo*.

Ese amor es el que *pega* a sus inteligencias la enseñanza de las letras, y a su corazón la estima y la práctica de la virtud; ese amor es el que pone en sus vidas la fidelidad y la lealtad para con sus educadores, levanta esos brazos para que estrechen al Sacerdote ausente que vuelve y saca las lágrimas de alegría o de remordimiento a los ojos; ese amor sentido y husmeado por los niños es el que hace entrar y estar en su escuela con el mismo

gusto, si no digo con más, que en su propia casa, en la que quizá no encuentren tanto calor... ¡Ay! Amor cristiano a los niños pobres, y, como tal, constante, benigno, paciente, generoso, ¡cómo te veo triunfar en la Huelva de mis cariños y hacerla pasar de pueblo que no creía en pueblo que ama a su Virgen de la Cinta y a su Hijo Sacramentado!

Nota final.

Del Polvorín, del misérrimo y abandonado Polvorín, han brotado ya ¡*ocho* vocaciones religiosas!; de las Escuelas del barrio San Francisco cuatro o cinco muchachos ya en la adolescencia, han muerto como podrían morir los ángeles si estuvieran sujetos a la muerte.

Algunos amigos ponían este comentario: ¡qué lástima! Aquí, en donde tanta falta hacen cristianos, padres y madres de familia, ¡irse los mejores!

Pensando en mi comentario delante del Sagrario querido del Polvorín, se me ocurría éste: ¿No tiene el Señor derecho a las primicias de todo lo suyo?

¿Y no serán esos jovencitos, transplantados al jardín del cielo y esas jovencitas transplantadas al jardín del claustro, las primicias que se ha escogido para sí el Amo y el Padre de estas Escuelas, el Corazón de Jesús?

¿No son suyas?

Sí, ¡las primicias para El!

Después... ¡qué cosecha se ve venir!»

Párrocos, ¿quereis fieles para vuestras iglesias, compañía abundante para vuestros Sagrarios, cooperación generosa y útil para vuestras obras y ambiente cristiano para vuestros pueblos? La Escuela Parroquia], como os la he descrito, os proveerá.

VI
Propósitos

Amigo lector: Si tu paciencia ha llegado hasta leerme, que tu generosidad avance hasta ofrecer cumplir estos propósitos. Así ni tú ni yo hemos perdido el tiempo y nuestras almas y las de los niños han hecho buena cosecha.

La situación.

La impiedad, llámese judaísmo, masonería, revolución mansa o fiera, hizo cuestión de gabinete *la guerra* al *Catecismo*.

Ahí, en este libro, péqueñito por su tamaño e inmenso por su contenido, ante el que han pasado cientos de generaciones descubiertas, y agradecidas, y en ese niño inocente que liba en sus hojas la rica miel de la educación sólida y buena, han estado reconcentrados los odios y los ataques de la impiedad.

¡Guerra al alma de los niños! Ese ha sido su grito y su lema.

Y son tantos los hechos y dichos de sus hombres, que demuestran Sto, que me parece inútil insistir en confirmarlo.

La situación de nuestros adversarios con respecto a nosotros es ésta:

Frente al grito dulce y enérgico dado por Nuestro Señor Jesucristo de «Dejad que los niños se acerquen a mí», ellos no han cesado de gritar por medio de sus periódicos, discursos, mítines, instituciones libres de enseñanza, escuelas laicas o neutras, reformas de Catecismo voluntario, cines, cuentos, novelitas endemoniadas, etc. etc. «Hay que impedir a toda costa que los niños se acerquen a Cristo; que no conozcan ni su nombre siquiera.»

Triunfante la España católica sobre la España laica, nuestra situación ¿cuál debe ser?

El remedio.

El consabido del refrán:

Al que no quiere caldo, tres tazas...

Y ese es mi proyecto de propuesta: propinarle al demonio y a toda su real familia, llenas de caldo de la Doctrina cristiana todas las tazas habidas y por haber. Hay que empezar por desenvenenar las almas de los niños.

¿Y cómo?

1° Trabajando todos y cada uno en esa propaganda del Catecismo.

Leedlo bien: *todos y cada uno*.

Es muy cómodo y frecuente decir hay que que enseñar el Catecismo al pueblo; y es menos cómodo y menos frecuente aún, *ponerse* a enseñar Catecismo.

Y conste que *todos podemos y debemos* enseñar Catecismo, aunque no del mismo modo.

Y conste también que si un poco de Doctrina enseñada por mí a una sola persona es bien poca cosa comparada con la masa general de adoctrinados, no puede haber masa general de adoctrinados si no hay muchos pocos de aquellos; y

2° Descendiendo más a pormenores.

Podemos redoblar y centuplicar nuestra propaganda del Catecismos 1.° Si los Párrocos no dejan de ir, o mandan a sus Coadjutores, una vez a la semana a las Escuelas a enseñar Doctrina; 2.° Si los Sacerdotes y seglares piadosos ayudan personalmente a los Párrocos en la Obra del Catecismo parroquial; 3.° Si las señoras católicas dedican diez minutos diarios a enseñar

la doctrina a sus criados; 4.° Si cada joven o mujer de Acción Católica, cada Hija de María, cada María de los Sagrarios Calvarios o socia de otras Congregaciones se dedican a dar lección de doctrina a un solo niño pobre de su calle o de su casa; 5.° Si fomentamos todos la divulgación de hojas de propaganda catequística. 6.° Y esto es eficacísimo y al alcance de todos, si conservamos o renovamos laS costumbres cristianas españolas, de poner la cruz al frente de nuestros escritos, de saludar con el «vaya usted con Dios», «Dios guarde a usted», «Ave María», etc.; de usar frases cristianas desterrando las paganas modernas para felicitar, dar pésames, etc.; Stas costumbres cristianas son el Catecismo practicado y connaturalizado, son como la quinta esencia del Catecismo digerido y asimilado; 7.° Contribuir, aunque sea con cinco céntimos, a la creación y sostenimiento de las escuelas netamente católicas; 8.° Ayudar con cariño y generosidad a la formación de Internados para formar maestros católicos (¡qué importante es ésto!); Que todo católico o católica ponga sobre su mesa de escribir o de trabajar un Catecismo para repasarlo con frecuencia y para dar al que entre ese ejemplo.

Con estos modos y con los que a cada cual le dicte su celo, ¡cuánto prodríamos hacer!

— ¿Y qué digo *podíamos hacer* y no *haremos*? Eso es: ¡cuánto bien haremos!

Resumen de todo el libro

Catequizar es enseñar gradualmente la letra del Catecismo, viviendo su espírutu y haciéndolo vivir, con gracia sobrenatural y natural, de estos cuatro modos,

Orando y haciendo orar. Narrando y haciendo narrar. Representando y haciendo representar y practicando por la Piedad y la Liturgia y haciendo practicar.

Mi última palabra y mi postrer deseo

Lo copio de un gran Obispo:

«Os declaro, hermanos míos, que compareceré, lleno de confianza, delante del Juez supremo para darle cuenta de mi episcopado si logro que en cada parroquia de la Diócesis se diga una Misa con participación frecuente o cotidiana de niños pequeñitos a la Santa Comunión.

Eso sería el retorno a la piedad eucarística de los primeros siglos del cristianismo y al mismo tiempo para las generaciones de mañana una preparación excelente, a la verdadera fraternidad, honor y fuerza de los tiempos apostólicos.»

Cardenal Mercier

AMEN, AMEN, AMEN.

ÍNDICE

Prólogo 11
I - El principio 17
II - Los refranes 19
III - Segundo refrán 43
IV - Tercer refrán 111
V - El gran secreto 171
VI - Propósitos 215